

INDICE
Panamá, enero - abril 2007

HEGEMONIAS

Enoch Adames M.	Hegemonía y cultura científica	5
Javier Balsa	Hegemonías, sujetos y revolución pasiva	29
Ramón Grosfoguel	La descolonización de la economía política y los estudios post-coloniales	53
Héctor Alimonda	La ecología política de Mariátegui	75

CULTURA

Margarita Vásquez	Entre <i>Los clandestinos</i> y <i>El perseguido</i>	89
César Young Núñez	El otro mundo de Ernesto Endara	107
Luis C. Reyes	Loa a Bolívar	113

TAREAS SOBRE LA MARCHA

Ligia Herrera J.	La historia de nuestra prehistoria	119
Carlos Vallarino	Carta de intención del Gobierno al Banco Mundial	131
<i>Buscando Camino</i>	Tragedia e impunidad en el sistema de salud	141

CELA

“Justo Arosemena”
Apartado 0823-01959
Panamá, R. de Panamá

Comité directivo: Marco A. Gandásegui, h., Carmen A. Miró G., y Miguel A. Candanedo. **Secretaría administrativa:** Linda Santana D. **Publicaciones:** Valeria Neumann G. y Enrique Chuez. **Documentación:** Azael Carerra y Samuel Pinto. **Investigadores asociados:** Gerardo Maloney, Juan Jované, Raúl Leis, Hildebrando Araica A., Ligia Herrera J., Enoch Adames M., Françoise Guionneau, George Priestley, Juana Camargo, Alvaro Uribe, Dídimo Castillo, Magela Cabrera A., Giancarlo Soler T., Bolívar Franco R., Kurt Dillon E., Janio Castillo C., Jorge Ventocilla y Luis Pulido R.

Teléfono: 223-0028
Fax: 269-2032

cela@cableonda.net
www.clacso.org.ar/cela

Presentación

La revista *Tareas* cumple un nuevo hito con la entrega de su número 125. Fundada en 1960 por un grupo de jóvenes intelectuales socialistas, encabezado por Ricaurte Soler, la publicación ha superado persecuciones, cierres y penurias económicas. También ha conocido divisiones y rompimientos internos provocados por las crisis políticas panameñas de los últimos 40 años.

En este número la revista le presenta a sus lectores un documento de enorme valor que el Gobierno nacional ha hecho público recientemente. Se trata de la carta de intención que enviara el Ministro de Economía y Finanzas al Presidente del Banco Mundial. El documento expone en forma clara y precisa el plan de desarrollo (antinacional) que pretende ejecutar el Gobierno hasta 2009. En un escrito muy breve, el Ministro de Economía propone una estrategia de ajustes que contempla incrementar la deuda externa, aumentar la desigualdad social y económica, así como debilitar los cimientos de la Nación panameña.

Las páginas de *Tareas* se abren en esta ocasión con cuatro artículos que abordan los retos políticos más importantes que enfrenta América latina. Los autores enfocan los problemas de “dominación política” y de “hegemonía intelectual”. Los aportes son encabezados por el trabajo del sociólogo panameño, Enoch Adames, quien se introduce en el mundo de la producción del conocimiento y del uso del conocimiento. Hace una clara distinción entre la ciencia al servicio del conocimiento y de la ciencia al servicio de los intereses. Para las distintas variantes del positivismo y las concepciones científicas hegemónicas, Adames subraya que esta relación se diluye en una propuesta irreal de ciencia carente de intereses y al servicio de un concepto abstracto de conocimiento.

Javier Balsa, profesor universitario argentino, presenta el concepto de “revolución pasiva” que puede ser útil para explorar los procesos políticos “progresistas” de la región que han sorprendido a muchos observadores. Ramón Grosfoguel, profesor puertorriqueño de la Universidad de California en Berkeley, aborda el problema de la “colonialidad”. Grosfoguel apunta al hecho de que, a pesar de que la región es políticamente independiente desde hace dos siglos, sigue colonizada desde adentro y desde afuera. A su vez, Héctor Alimonda, quien ha honrado las páginas de *Tareas* en el pasado, rescata el pensamiento de José Carlos Mariátegui en torno a la ecología política. Mariátegui apunta a principios del siglo XX, a la contradicción inherente entre capitalismo y naturaleza.

En la sección “Cultura” de este número de *Tareas* se presentan dos trabajos de crítica literaria que rescata la obra de dos grandes escritores panameños. Por un lado, la obra clásica de César A. Candanedo que es tratada con maestría por la docente universitaria Margarita Vásquez. Por el otro, el poeta César Young Núñez recorre las calles y los imaginarios que dan forma a la obra de Ernesto “Neco” Endara, clarín de la vida urbana panameña.

La sección “Tareas sobre la Marcha” cierra las páginas de este número de la revista con tres trabajos. En primera instancia, un testimonio de la geógrafa panameña, Ligia Herrera, quien aborda la obra de la investigadora Dolores Piperno quien convierte en historia lo que hace poco era prehistoria. A su vez, se publica el último editorial de la más exitosa revista virtual panameña *Buscando Camino* que se refiere a la muerte trágica de un elevado número, aún desconocido, de personas víctimas de medicamentos envenenados. El tercer trabajo es la “Carta de intención” gubernamental ya reseñado.

**Un ejemplo del Plan de
Desarrollo Nacional del Gobierno:**

**20 ISLAS PANAMEÑAS AL
MEJOR POSTOR***

“Unas veinte islas panameñas están a la venta en un sitio de internet. El precio va de B/. 395 mil a B/.4 millones. Las islas ofrecidas en venta están ubicadas en el archipiélago de Las Perlas, en Bocas del Toro, Colón, Chiriquí y Darién. La venta de islas en el país está regulada por la ley 2 de 2006, conocida como la “ley insular”. La norma contempla concesiones de hasta 90 años”.

*Tomado de el “Resumen de Noticias Vamaga”, del 12 de diciembre de 2006, que reproduce información del *Panamá América*.

HEGEMONIAS

HEGEMONIA Y CULTURA CIENTIFICA

Base para un debate entre ciencias*

Enoch Adames Mayorga**

Introducción

Para la ciencia en general (incluyendo a las ciencias sociales) toda su práctica, como se sabe, está encaminada a producir conocimientos. Sin embargo, la estructura de la ciencia como la de sus objetos de conocimiento es un armazón que se configura a partir de un conjunto de convenciones sobre el cual se funda una comunidad científica institucionalizada y con el cual ella está de acuerdo. Los discursos científicos son, entonces, discursos avalados institucionalmente, no solo porque ellos son discursos de conocimiento, sino porque también son discursos *performativos*, esto es, discursos ten-

*Conferencia presentada en el XI Congreso Nacional de Ciencia y Tecnología, organizado por la Asociación Panameña para el Avance de la Ciencia (APANAC), realizado del 4 al 7 de octubre de 2006.

**Profesor de Sociología de la Universidad de Panamá, miembro del Comité editorial de *Tareas*.

dientes a producir el acontecimiento del que hablan, y esto es lo crucial en el discurso científico. (Derrida, Jacques, 2005:52).

Es por lo anterior, que en la moderna estructuración de la ciencia, nada preexiste, excepto el conocimiento acumulado, siempre puesto a prueba, y las condiciones sociales e institucionales en las cuales se realiza el proyecto científico moderno. Todo lo que contiene la ciencia es siempre un presente sometido a crítica en función de un futuro, que en la *performativa* del discurso científico hace que los acontecimientos por ella anunciados, sobrevengan. Sin embargo, en este proceso de estructuración de la ciencia, el sujeto que conoce no estaba simplemente ahí, esperando para comprender y explicar, tenía que ser construido a igual que su objeto. En esta construcción del proceso del conocimiento se exigía, además de los instrumentos del conocimiento (la ciencia misma), un componente esencial, el acoplamiento del sujeto que conoce, elemento co-constitutivo de todo el programa institucional de la ciencia moderna.

Denominamos moderno a este conocimiento, especialmente en referencia a aquellas formas del mismo que se han constituido en *hegemónicas*, tanto por su orientación epistémica, su estructura de valores, como por sus modos de institucionalización. Nos estamos refiriendo a aquel cuerpo de conocimientos que estructurados y orientados al control y dominio de la naturaleza y de la sociedad han adquirido legitimidad gracias a la aceptación que tanto la comunidad científica tiene de su orientación cognoscitiva como de la percepción que la sociedad tiene de él. En ese sentido *el científico* o la comunidad científica no solo organiza y respalda el conocimiento que de ella emerge, sino que la inscribe como una relación de fuerza en su vínculo con la naturaleza a través de la sociedad, formando parte también de una estructura cognoscitiva de carácter hegemónica.

No está demás recordar, que en este proceso de institucionalización, el sujeto del proceso de conocimiento (el científico) está inserto en determinadas relaciones sociales de poder y de dominación culturalmente situadas. Estas relaciones sociales que de alguna manera lo anteceden no permiten en ninguna de sus formas posibles, que el sujeto del co-

nocimiento esté en un vínculo de “exterioridad” con la sociedad en la cual está inscrito y por cuanto también, él es un producto social. Esta inserción en relaciones sociales y de significación (cultura) son, a su vez, complejas relaciones de poder, marcadas por una determinada historicidad social, donde las mediaciones culturales e institucionales, y en ella los proyectos políticos de convivencia y conflicto, preexisten a la labor del científico. Recordemos que el científico e inventor del Renacimiento aún en su aislamiento, no escapaba a esta red de relaciones, como tampoco escapa a ello el científico contemporáneo (el Da Vinci colectivo moderno).

Teniendo en cuenta esta perspectiva de encaje en redes institucionales y empresariales de conocimiento, es que la moderna comunidad científica- dotada de un cierto capital intelectual y cultural, según el caso- se inscribe en complejas redes de poder que generalmente se ocultan o se disimulan. Relaciones de poder que la lanzan también a un campo de luchas “científicas” para detentar los no muy simbólicos capitales económicos y de financiamiento. No obstante lo anterior, el positivismo como tradición cognoscitiva enmarca estos procesos dentro de una racionalidad formalmente altruista, simulando una desconexión entre conocimiento e “interés” e intentando con ello, esterilizar con sus prácticas las condiciones históricas e institucionales de nuestro crítico momento científico actual.

Del siglo XIX y XX hemos heredado la discusión, si la ciencia por su propia capacidad de movimiento y de arrastre pueda tirar o remolcar una sociedad resolviendo en ella los problemas más urgentes de desigualdad y del medio ambiente, en definitiva, de la sociedad y de la relación sociedad y naturaleza. Sin embargo, como se ha planteado de manera reiterada en la literatura especializada, la tecnología científica sólo puede satisfacer las necesidades y los propósitos para los cuales fue diseñada y esos propósitos están dispuestos y delineados por las necesidades de una organización socio-económica mediada por estructuras de poder y de dominación. ¿Es posible que una sociedad fundada en una desigual e injusta distribución de recursos de poder (social, económica, política, cultural y simbólica) pueda diseñar adecuadas estructuras de conocimiento y tecnología, para tratar eficazmen-

te los problemas de la sociedad, entre ellas la desigualdad y la exclusión?

Salvador Edward Luria, premio Nobel de Medicina 1969, plantea en su libro, *Autobiografía de un hombre de ciencia* “que la ciencia ni es responsable ni puede ser absuelta de los problemas de la sociedad. Las preocupaciones de la sociedad, aún las que se originan por los avances de la ciencia, como las armas nucleares y el agotamiento de materiales esenciales, reflejan males estructurales que causan unas aplicaciones imprudentes del conocimiento científico”. Por supuesto que el impacto de estas “aplicaciones imprudentes del conocimiento” y las percepciones que desde la sociedad se construyan en torno al desempeño de la ciencia, no son ajenas a la concepción que la ciencia tiene de sí misma.

Delineados los contornos del problema, el propósito de este trabajo, es el de problematizar o *deconstruir* (en el código de Derrida), esos “males estructurales” a los cuales hace mención Luria, y que pesan como una impronta perversa en la aplicación social y productiva de los productos científicos. Sin embargo, es importante implicar como lo hemos manifestado, que parte del problema es la misma estructura del conocimiento científico, que sesga desde su génesis la posible orientación e intencionalidad de su producto. Se desprenden de lo anterior, un conjunto de interrogantes:

¿Cuál es el papel de la ciencia y su relación con la sociedad de la cual forma parte?

¿La aplicación de los productos de la ciencia y la tecnología, satisfacen necesidades sentidas o deseadas socialmente?

¿Qué es lo que está en crisis, una forma de hacer ciencia o una modalidad hegemónica de ciencia asociada a una forma concreta de demandas socioeconómicas y de estilo de crecimiento y de desarrollo?

¿Existe conciencia ciudadana de derechos o de modalidades de resistencia que lo preserven de las llamadas consecuencias “no intencionales o no deseadas” de la aplicación de determinadas tecnologías?,

¿Existe alguna percepción de riesgo por la instrumentación o el desarrollo de determinadas tecnologías?

¿La crisis es el efecto de inadecuados vínculos institucionales y comunicacionales entre el sistema científico-tecnológico y la sociedad?

¿Qué canales son los más apropiados para que fluya una información científica adecuada para la toma de posiciones críticas frente al sistema científico-tecnológico?

Se trata de ejercer la crítica en el conocimiento pero también en el reconocimiento que una determinada sociedad le concede a un conjunto de *ciencias institucionalmente organizadas* como asimismo a sus agentes, sean estas instituciones científicas y/o académicas, incluyendo a sus científicos/as. Sin embargo, este hegemónico reconocimiento -para situarlo como problema- es un reconocimiento históricamente construido que obliga a ejercer la crítica sobre el concepto mismo de ciencia, como también sobre la noción de crítica, inscrita en la estructura explicativa y cuestionadora de la ciencia misma. Se trata en definitiva de determinar, de cómo sabemos que lo que sabemos es una información científica apropiada para legitimar y no para ejercer la crítica reflexiva sobre las prácticas de científicos y especialistas.

La construcción conceptual del problema, descansaría sobre tres líneas de pensamiento:

- a. Sobre la validación del conocimiento científico por las estructuras que lo producen;
- b. la validación de las relaciones sociales asumidas implícitamente en las lógicas del pensamiento científico, y legitimadas por la comunidad de científicos y
- c. la validación que “desde afuera”, esto es desde la sociedad, se elaboran sobre la ciencia: sus conocimientos, habilidades, usos y competencias, desempeños y responsabilidades de sus practicantes o agentes.

I. Las estructuras del conocimiento científico

El concepto que nos permite elaborar una concepción crítica de la práctica científica hegemónica, -esto es la de sus

“arreglos” institucionales, modalidades organizativas, estructuras teóricas de conocimiento, como también de sus practicantes, competencias, desempeños e impactos de sus productos dominantes en una sociedad determinada-, es el concepto de *racionalidad*.

Recordemos que Max Weber elabora el concepto de *racionalidad*, específicamente el de “racionalidad con arreglo a fines”, para caracterizar al capitalismo como sistema, particularmente la dinámica e intensidad de su actividad económica, el intercambio social presidido por el derecho privado burgués y la dominación racional-legal burocrática. Sin embargo, en lo que concierne a este trabajo, nos interesa hacer extensivo el concepto a la aplicación de criterios de decisión racional en el ámbito de las estructuras del conocimiento científico. Se hablará entonces de una *racionalidad instrumental*.

En una concepción “dura” de ciencia, esta se constituye a partir de un conjunto sistemático y coherente de conocimientos cuya validez es de carácter universal, ya que se construye en articulación con una metodología única y fiable, cuya capacidad instrumental es la de extraer del caos circundante una racionalidad que de cuenta del orden subyacente a todas las cosas. Entenderemos, entonces, por racionalidad científica a la organización de una determinada estructura de conocimiento articulada a una *modalidad de acción*, que es racional con respecto a sus fines. Se desprende de lo anterior, y como efecto de la creciente y escalonada “racionalización” de la sociedad, que esta sería también el resultado de las consecuencias “benéficas” de la institucionalización de la modernidad científico-técnica.

No obstante lo anterior, “las aplicaciones imprudentes del conocimiento científico” de la cual nos habla Luria, solo serían “perturbaciones” que se interpretarían como consecuencias no deseadas o no intencionales, y no tendrían porqué contradecir la objetividad de la ciencia y su “espíritu” altruista. Veamos este aspecto.

El contexto societal entendido como un proceso de institucionalización de relaciones sociales mediadas por una cultura cuyo contenido es el de la modernidad científica técnica, obliga analíticamente a conectar el concepto de *racionalidad* con el concepto de *cultura científica*. Habermas expresa que

este concepto de cultura científica, nada dice sobre el contenido cognoscitivo de las teorías, sino sobre la configuración de un determinado “hábito reflexivo e ilustrado” en los agentes individuales de la producción científica, asentada en convenciones institucionalmente decantadas.

En otra línea de argumentación, Michel Foucault define estos procesos en lo que él denomina *voluntad de verdad*, procesos que descansan en un soporte institucional que, como todo sistema delimita, acota y excluye prácticas. Este armazón institucional tiene a su vez, como elementos que lo solidifican, un conjunto de prácticas de naturaleza formativa, sistemas de referencia bibliográfica, bibliotecas y centros de documentación, laboratorios e institutos de investigación, además de los clásicos y vidas ejemplares dignos de imitar. Sin embargo, esta voluntad de saber es escoltada por una estructura de poder, que tiene que ver con la forma en que ese saber se relaciona con la sociedad, y por la manera en que es legitimado, valorado, socializado, distribuido y por supuesto, a que instituciones o prácticas esa “verdad” es atribuida (Foucault, 1999:22).

En ese sentido, hablar de *cultura científica*, exige hacer referencia a un conjunto de representaciones colectivas, creencias que penetran la matriz básica de una estructura de conocimiento, estilos cognitivos y giros semánticos y de lenguajes, que una comunidad científica institucionaliza como parte de su identidad. Sin embargo, esta cultura científica tal como la entendemos aquí rebasa en parte a la misma comunidad científica porque está anclada en las propias estructuras del conocimiento. De manera que los efectos del progreso científico-técnico, considerados en los análisis de la propia ciencia, no conllevan una perspectiva crítica-reflexiva del proceso social que da origen a la relación sociedad-naturaleza. De esta forma es prácticamente imposible a juicio de Habermas, que se pueda derivar de la propia ciencia “un control autoconsciente” (Habermas, 1989: 60).

En realidad, parte de la crisis de la ciencia no está solo, como dice Luria, en “las aplicaciones imprudentes del conocimiento científico”, sino en la estructura del proceso del conocimiento mismo. Dicho de otra manera, no solo es una crisis de vínculos de la ciencia con la sociedad (*interés*), sino

que es también una crisis desde adentro, de la propia estructura del conocimiento y que descansa en ese conjunto de creencias que hunden sus raíces en la matriz básica de la ciencia (*conocimiento*). Sin embargo, el análisis de la interrelación entre *conocimiento e interés* desarrollado por Habermas, se apoya en la concepción de que una crítica radical del conocimiento solo es aceptable en cuanto teoría de la sociedad (Habermas, 1989: 9). Descifrando el problema, este comenzaría en la aparente desconexión que se produce entre *conocimiento e interés* (Habermas, 1984:161).

Para desarrollar la idea de la *desconexión*, Habermas clasifica a las ciencias en tres categorías:

Las *ciencias empírico-analíticas*, que contienen a las ciencias de la naturaleza y segmentos de las ciencias sociales con pretensiones nomotéticas, cuyo propósito es el de producir, obviamente, conocimiento nomológico. Dado el carácter *lógico* de este conjunto de ciencias, el interés que las orienta es *técnico*, tendientes al cálculo y control de la realidad tanto natural como social, orientación que bajo determinadas condiciones permiten hacer pronósticos. Por tanto, la intención de estas ciencias es someter la realidad a la voluntad humana.

Las *ciencias histórico-hermenéuticas*, que comprenden a las humanidades, en ellas, a las ciencias históricas y a las “gramáticas” simbólico culturales y del lenguaje, cuyo objetivo es el conocimiento ideográfico. Estas disciplinas están concebidas y orientadas por un interés *práctico*, ya que su propósito es la comunicación, el reconocimiento y la interacción social.

Y las *ciencias de la acción* sistemáticas (las ciencias sociales) que como ciencias configuradas en torno a la crítica, tienen como finalidad un interés emancipador. Estos saberes científicos, en tanto se orientan hacia la crítica de los sistemas de alienación y dominación, lo hacen por medio de una razón cuya conciencia es esencialmente autoreflexiva. (Habermas, 1984:169-171). Para los propósitos de este trabajo vamos a prestarle atención a la primera, ya que a diferencia de las ciencias de la acción cuya razón está vinculada explícitamente al interés emancipador, en las ciencias empírico-analíticas este vínculo con el control y la dominación a través del cálculo, se nos presenta escamoteado.

La concepción preeminente de las ciencias empírico-

analíticas, está en esa caracterización que el eminente historiador argentino Rodolfo Puiggrós señalaba al manifestar que el “positivismo sumaba el empirismo al racionalismo y ofrecía a sus adeptos un frío instrumento de investigación que divorciaba la ciencia de la vida y hacía del cosmos un gigantesco cadáver” (Puiggrós, 1972: 54). Esta concepción científica que con fruición describe Puiggrós, compromete una actitud teórica que exime al conocimiento científico (particularmente a su estructura) de la fastidiosa presencia de los intereses habituales o prácticos del mundo de la vida. Concepción que como dijera Bruno Latour, configuró *la solución moderna* e inscribió el conocimiento como un conocimiento de seres vivos y de cosas, en donde el primero pertenece a la sociedad y el segundo a la naturaleza (Latour, Bruno, 2001:231).

Este conocimiento al describir conceptualmente sus universos de acuerdo a un orden compatible con la enunciación de determinaciones, invariantes y leyes, entendía que lo que describía es tal como es. Bajo el rótulo de la “neutralidad valorativa” se codificó, en su praxis, la moderna ciencia y se sancionó un compromiso incondicional de la ciencia con la ciencia misma que descansaba en una premisa epistemológica que separaba el conocimiento del interés; y con ello simuló haber develado el orden esencial de las cosas en conexión ideal con la naturaleza y la sociedad. En el plano lógico esto corresponde, siguiendo a Habermas, a una tajante distinción entre enunciados descriptivos y normativos, distinción semántica que segrega los *contenidos* propiamente *cognitivos* de los *afectivos* o simbólicos expresivos. Insertas estas estructuras de conocimientos en la cotidianidad de nuestras sociedades, se construía de manera paralela y yuxtapuesta una “realidad de excepción” que contraponía “al puro ser a un abstracto deber” (Habermas, 1984:163). Esta *utopía objetivista* dispara hacia delante un imaginario científico que ha configurado realidades que son *duras*, porque están estructuradas de acuerdo a leyes concebidas como inmanentes a la realidad misma.

Por supuesto que con este modo de presentar el conocimiento en relación con la sociedad, el positivismo disfraza y disimula el carácter esencialmente social de las experiencias científicas, ya que estas se constituyen de manera previa a nuestra

práctica, al insertarse en un mundo social que nos antecede y que moldea culturalmente nuestras orientaciones de acción. Con ello obscurece y escamotea la posibilidad que la conciencia científica debele la íntima conexión “del conocimiento con los intereses del mundo de la vida” (Habermas, 1984: 165).

Esta orientación de acción que en la esfera del conocimiento científico designamos como *racionalización*, tiene en el ámbito de la acción colectiva de los grupos o sectores de la sociedad el calificativo de ideología. Una “ideología científica” que se exterioriza en “la irreflexiva vinculación a intereses por parte de una conciencia solo en apariencia autónoma” (Habermas, 1984: 173). Con Habermas entendemos por *objetivismo* a la concepción que de manera candorosa identifica los enunciados con el estado de las cosas. Dicha concepción equipara los modelos matemáticos o las magnitudes empíricas que se personifican en los enunciados teóricos, como existentes “en sí”. En consecuencia, los productos científicos se desencajan del marco cultural de la sociedad, al haber dispensado al conocimiento de cualquier vínculo con la sociedad de la cual forma parte.

Esta *ilusión objetivista* inscribe en la estructura de la ciencia la idea de que existe en la realidad “un en-sí de hechos estructurados conforme a leyes”, escamoteándole al conocimiento la posibilidad de descifrar procesos sociales en la constitución de estos hechos, al no permitirle tomar conciencia de la profunda interrelación que tiene el conocimiento con los intereses prácticos de la sociedad. Dice Habermas: “El error está al alcance de la mano: si la teoría, en el sentido de la gran tradición, incidió en la vida, es porque fingió haber descubierto en el orden cósmico una conexión ideal del mundo”. (...) “La teoría no quedaba instalada en la cultura por haber emancipado al conocimiento respecto del interés, sino, inversamente, por tener que agradecer *el encubrimiento de su propio interés a una fuerza pseudo normativa*”. (Las cursivas son del autor) (Habermas, 1984:165-166).

Las metáforas: Herramienta analítica o instrumento de mistificación

El uso acrítico de *metáforas* en la ciencia ilustra este proceso de fetichización o cosificación del conocimiento al que

hemos aludido. Recordemos que la idea de la *selección natural* de Charles Darwin o de la “gravedad” como fuerza de Isaac Newton, son metáforas. Igualmente es la idea de la “mano invisible” de Adam Smith.

En su trabajo, *El uso trascendente de las metáforas en la ciencia*, nos dice Galaty, que en el esfuerzo del conocimiento por abarcar y explicar la realidad de las cosas más allá de los límites que establece la estructura del conocimiento científico, la ciencia recurrirá a la metáfora y desarrollará un lenguaje que poco tiene que ver con la experiencia sensorial directa; experiencia sensorial que, como se sabe, está mediada instrumentalmente por la tecnología. La metáfora es entonces el lenguaje que nos permite articular lo conocido con lo desconocido.

Volviendo a algunos de nuestros ejemplos, la metáfora de la *idea de la gravedad como fuerza*, descansa en el concepto de fuerza como un “empuje activo”, donde la fuerza se entiende a modo de un movimiento físico como en el fútbol, a la manera que el balón sale disparado por la determinación y energía de una “patada”. Pero la idea de una fuerza de la gravedad, como expresa Galaty, sin un mecanismo físico es en realidad una metáfora. También es famosa la metáfora de Galileo, al manifestar con la ingenua convicción de un científico de época (renacentista) en *Il Saggiatore*, que el libro del universo “está escrito en lengua matemática y los caracteres son triángulos, círculos y otras figuras geométricas, en las cuales es imposible entender humanamente algo. Sin esta lengua todo es un agitarse vanamente en un oscuro laberinto”.

Como se sabe, esta idea de que el lenguaje de la naturaleza es el lenguaje de las matemáticas, es el fundamento de una cientificidad que ha orientado el quehacer y desarrollo de las ciencias hasta ahora. La idea que la estructura de la naturaleza (y de la sociedad para algunos científicos sociales positivistas) es intrínsecamente matemática, -algo así como su código oculto que permite leerla científicamente-, está fuertemente implantada en algunas de las corrientes más duras y ortodoxas de la ciencia. Por supuesto, que el problema no es la mediación matemática en la estructura del conocimiento, el problema es creer que la estructura interior, inherente a la naturaleza de las cosas, es realmente el de las

matemáticas. La realidad de las cosas humanas y no humanas se ha mistificado en virtud de la metáfora y la vida se ha inmolado en el altar de la cuantificación.

Este proceso de mistificación y desencaje de la ciencia con respecto a la sociedad tiene como corolario la última de las metáforas científicas trascendentes, que es la de la ciencia desplegada no en la estructura de la sociedad, sino en sí misma. Otra lectura de esta metáfora, en una perspectiva desmistificadora, es el enunciado de que “ciencia es todo aquello que hacen los científicos social y culturalmente situados”. Sin embargo esta sólo puede ser comprendida en el marco de las concepciones constructivistas que, como reacción anti-positivista, no consideran al conocimiento científico como un dato exterior que bastaría observarlo para aprehenderlo, en tanto esté el resultado de la interacción del científico con su medio social. Sobre esto nos referiremos al final del trabajo.

II. La comunidad de científicos.

Es importante subrayar la necesidad de construir *una ciencia crítica en el ejercicio de una crítica de la ciencia*, para que esté en capacidad de develar siempre las específicas conexiones existentes entre las reglas lógico-metódicas e intereses que guían el conocimiento. En ese sentido, hay que interpretar que el saber empírico-analítico, es continuamente “un saber de posibles pronósticos” cuya *viabilidad técnica* no sólo está en las pretensiones de dominio y control de la realidad, sino que se expresa también, y no siempre de manera explícita, en el protocolo implícito de la estructura del conocimiento mediante la cual aplicamos la teoría a la realidad. Lo anterior sólo puede ser comprendido en la perspectiva de una creciente *racionalización* de la sociedad como sociedad moderna y que depende por ello, de la institucionalización del incesante y expansivo progreso científico técnico. La referencia en este acápite es expresa, es ahora la referencia a las comunidades científicas organizadas institucionalmente.

En este progresivo y creciente proceso de institucionalización de saberes, tecnologías y sistemas, la racionalidad que se impone, es una racionalidad que es sospechosa de ocultar el dominio de lo político, a través de una razón técnica que al encajar con un tipo de acción racional (con arreglo a fines)

despliega como si fuera parte de su propia estructura, el control y dominio sobre la naturaleza o sobre la sociedad, mediante una institucionalización de saberes y controles que hace irreconocible, por tanto, el dominio de lo político. El reconocimiento de la naturaleza como sujeto y no como objeto, tal como lo argumenta Morin, requiere de un proyecto alternativo que inscriba la acción en una nueva estructura científica, de una *ciencia con conciencia y con ética*. (Morin, 1984: 35).

Como se ha argumentado, la concepción tradicional de la ciencia éticamente reflexiva es impensable dada la existencia de una estructura de conocimiento cuyas determinaciones y relaciones (de causalidad) están siempre afuera, como causas externas. Inscrita en una estructura monológica de pensamiento, la concepción tradicional de la ciencia “se basa en la firme convicción de que hay algo completamente objetivo ‘ahí afuera’ (por ejemplo las leyes sociohistóricas) y que la mente podrá comprenderlas sólo si se inventan las teorías adecuadas y se inventan los métodos adecuados”. (Heller.2000. 15)

Desde las perspectivas de la ciencia tradicional, esto es del canon clásico, el científico tenía que descomponer la materia y examinar sus componentes uno tras otro. Este proceder denominado como *analítico*, proporcionaba una visión de la realidad en su estado puro. El fundamento de este programa de investigación de la ciencia clásica descansaba en el axioma de la progresión inexorable hacia el saber absoluto que aunado a la certeza de que los logros son acumulativos, iluminaba tanto los objetivos como los procedimientos de la investigación científica, siempre en una relación de exterioridad con respecto al objeto de conocimiento.

Hoy disponemos de una nueva perspectiva que rompe con el canon clásico y en su lugar propone como objeto de estudio lo que en la ciencias de la complejidad denominan *sistemas dinámicos*, que se caracterizan por un comportamiento irregular, variable y discontinuo, dado que estos sistemas conllevan niveles más crecientes y complejos de organización. Como se sabe, la física clásica tenía en sus aspiraciones descifrar las regularidades, expresión de lo inmutable y afirmación del comportamiento estable y ordenado. Esta concepción newtoniana del universo conllevaba la concepción de entender el desorden como destructor versus el orden como creación.

Para la visión del cientista del siglo XVII y XVIII, el reloj es la metáfora perfecta de este universo mecanizado, es la imitación ideal de una naturaleza que se despliega mediante automatismos y cuyo orden es inmutable, condición dada en conformidad con las leyes de su movimiento. Sin embargo, el siglo XIX va a reemplazar esta imagen por la máquina de vapor que va a inscribir en la visión del mundo una representación del movimiento fundado en una energía transformadora que se desborda en un tiempo irreversible y que expresa el fundamento de una nueva potencia que es creadora y destructora a la vez (Balandier, 1993: 45-55).

Es con la aparición de los paradigmas evolutivos en el siglo XIX de ciencias como la biología y la termodinámica, cuando se muestra, como se ha manifestado, la necesidad de replantear el concepto del tiempo. Lo que los sistemas evolutivos han redefinido es el concepto de *sistemas cerrados*, propios de la física clásica, proponiendo en su sustitución el de *sistemas abiertos*; es decir aquellos sistemas que intercambian materia y energía con el mundo exterior. Estos son los sistemas más numerosos y por ende los más complejos, ya que son los constituidos fundamentalmente por los sistemas vivos.

No olvidemos que con la termodinámica se cuestionan principios básicos de la física clásica. Ya la segunda ley de la termodinámica establece una clara distinción entre procesos reversibles e irreversibles; estos últimos adquieren importancia decisiva ya que con ellos entran el tiempo y el cuestionamiento al mundo determinista de la ciencia clásica. La ciencia evoluciona y con ella la aparición de nuevas interrogantes y desafíos. La existencia de contradicciones en la estructura del conocimiento no es hoy signo de error en el razonamiento, sino señal que hay hechos que no son reducibles a la lógica clásica, a sus axiomas de identidad y de no-contradicción. (Morin, 2001.18).

No hay duda de que el desarrollo del conocimiento científico desde perspectivas alternativas, nos ha planteado un dilema ético, absolutamente intrínseco a la misma producción de conocimiento: el agregado de seres humanos que no incorpore a través de los soportes materiales e institucionales la conservación de la vida de sus miembros como parte de su

definición operativa, no puede concebirse como sistema social. (Maturana, 1997:15-18)

Pero también significa tomar conciencia de que en un mundo cada vez más complejo, heterogéneo e interdependiente entre los sistemas de seres vivos, ya sean los de la naturaleza o de la sociedad, la aplicación de modelos de conocimiento fundamentados en teorías mecanicistas o no centradas en el ser humano y en los seres vivos en general, representa una ruta segura hacia nuevas y más peligrosas frustraciones. De igual manera, no pueden subsistir los territorios institucionales del conocimiento, configurados más como espacios corporativos que académicos y que con sentido de propiedad y feudo legitiman la acriticidad, la abulia, y la inercia académica.

Un enfoque sobre instituciones de saber, producción de ciencia y tecnología, discusión y participación ciudadana sobre la orientación social de la ciencia (*conocimiento e interés*), debe concederle suma importancia a la apropiación del conocimiento como un saber útil en la resolución de *cuestiones prácticas*. Este debe necesariamente partir de la directriz epistemológica que reconozca no sólo las limitaciones de la racionalidad instrumental, sino que asuma el programa emancipador de la ciencia y la tecnología desde la *conciencia práctica del mundo*.

Sin embargo, estos obstáculos que emergen de la racionalidad del poder y del dinero, se constituyen en infranqueables, dada también su imposibilidad ética de decidir sobre *cuestiones humanas y no humanas*, en la medida en que por ejemplo, no se consideran los traslados sociales o generacionales (externalidades) de los costos económicos y ecológicos no deseados (o deseados) en la reflexión científica. Ello como lo hemos argumentado, es el producto de una lógica subordinada a un *orden social instrumental* que regula las relaciones sociales por la racionalidad del intercambio mercantil y el poder.

Las concepciones sobre el contenido colonial de las estructuras de saber/poder afirmadas en un sistema-mundo, no sólo obligan a introducir desde lo social la política como sentido crítico de las políticas públicas en las orientaciones de la ciencia y de la tecnología, sino que también deben defi-

nir las directrices fundamentales para la reconstrucción ontológica de sus objetos de estudio y de su nueva orientación epistemológica.

Hemos intentado poner en evidencia para nuestro medio que, de los objetos de la reflexión científica, la reestructuración de los dominios del saber es la que constituye una línea de fuerza política de primer orden, no sólo en su *episteme* sino también en lo que tiene de implicancia para los ordenamientos institucionales del conocimiento en la configuración de disciplinas, la orientación de la investigación y la docencia, y la metodología de la enseñanza de la ciencia.

No obstante, en la ruta hacia una ciencia crítica que problematice la fragmentación del conocimiento en saberes especializados inconexos, se exige como condición indispensable develar la escondida estructura de conocimiento que corresponde a nuestro período histórico particular de producción de verdad, y que teje una red de suposiciones y prejuicios casi siempre inconscientes, organizando y limitando objetivamente el pensamiento tanto en el tiempo histórico como social. Como lo ha manifestado Foucault, “el problema no es ‘cambiar la conciencia’ de las gentes o lo que tienen en la cabeza, sino el régimen político, económico e institucional de producción de la verdad”, de la cual las comunidades científicas son armazones legitimadores. (Foucault, 1992: 189).

III. La validación desde “afuera”

El llamado paradigma científico propio de la civilización occidental se constituye fundamentalmente como un campo articulado y coherente, más o menos estable durante determinados períodos de tiempo, de modelos de problemas y soluciones, que una determinada comunidad científica define y reconoce como realizaciones científicas. Esta visión de ciencia como se admite, debe ser consistente con la perspectiva histórica que la comunidad científica experimenta en cada sociedad en particular y afecta por lo tanto, en dimensiones sociales variadas, no solamente el desarrollo de nuestras sociedades, sino también la manera en que una determinada sociedad percibe el conocimiento científico, su aplicación y sus resultados en la sociedad.

Sin embargo, pareciera que el debate en la llamada “con-

ceptualización de la ciencia” no debe reducirse a lo que las comunidades de científicos puedan establecer sobre la ciencia, sus estructuras y propósitos; sino que deben incorporarse, también, las llamadas visiones “desde afuera”, es decir, las imágenes que desde la sociedad se edifican entorno a la ciencia, sus prácticas, instituciones y agentes.

En cualquier caso, en este debate, existen dos circunstancias nuevas que hacen que este debate se mueva de perspectiva en lo concerniente a las relaciones, ciencia-tecnología-sociedad. Por una parte, los profundos cambios producidos en el ámbito de la actividad científico-tecnológica durante la segunda mitad del siglo XX; y por la otra, la percepción crítica o de riesgo que de la actividad científica o de la instrumentación de ciertos artefactos tecnológicos tienen determinados sectores de la sociedad.

Los cambios en el carácter organizativo de la producción científico-tecnológica, especialmente en la estructura corporativa de los procesos de investigación, además del vínculo cada vez más estrecho con los sistemas de poder y de dinero, han mercantilizado pero también burocratizado dichos procesos en los últimos decenios. Esta nueva concepción de ciencia requiere de una dimensión organizativa distinta a las organizaciones profesionales propias de las fases de institucionalización de las disciplinas y de las prácticas profesionales. Surge a su vez, una nueva concepción organizativa que supera el individualismo y la organización profesional, para colocarse como la gestión necesaria y requerida por las complejas demandas de la sociedad y de las grandes empresas.

Siguiendo a Habermas, estaríamos frente a una “colonización del mundo” de la ciencia por procesos, cuya racionalidad económica y administrativa desnaturalizan o distorsionan el objetivo originario de la modernidad, esto es, la de su carácter emancipatorio. Sin embargo, es de esta resonancia, de este eco de una modernidad que se anuncia como proyecto de la “razón” y de una promesa incumplida de valores emancipatorios, de donde se alimentan los cada vez más numerosos movimientos sociales y ambientales preocupados por los impactos “*no deseados o no intencionados*” de las actividades o de las aplicaciones de los productos de la ciencia y de sus artefactos tecnológicos.

Estas diversas organizaciones de intelectuales y científicos como también los diversos grupos ecológicos y ambientales, tanto locales como internacionales, han dejado patente su preocupación y alarma por las orientaciones que una ciencia burocratizada y mercantilizada, sin capacidad de reacción frente a los riesgos y peligros que su actividad pueden engendrar. Ulrich Beck el sociólogo de la “Sociedad del Riesgo” ante estas insuficiencias de la ciencia, manifiesta:

Mi tesis es que el origen de la crítica y del escepticismo de la ciencia y de la tecnología no yace en la “irracionalidad” de los críticos, sino en la *negación* de la racionalidad tecnocientífica, teniendo en cuenta el incremento de los riesgos y de los peligros de la civilización”. Más adelante, en un sentido de prevención, expresa: “Tampoco es la negación individual de científicos o disciplinas, sino que se halla fundamentada *sistemáticamente* en la intervención metódico-institucional de las ciencias sobre los riesgos. Las ciencias, tal como están concebidas -en su división sobre-especializada del trabajo, en su comprensión metódica y teórica, en su abstinencia práctica ajena a la determinación, *no están en situación* de reaccionar adecuadamente ante los riesgos de la civilización, ya que se forman y participan de manera notable en el crecimiento de los riesgos. Más bien las ciencias devienen -en parte, con la buena conciencia de “cientificidad pura”, en parte con el creciente remordimiento de conciencia- en un *proyecto legitimador* del embrutecimiento y envenenamiento industriales a escala mundial del aire, agua, alimentos, etc., así como de la caquexia y muerte generalizadas y vinculadas a ello de plantas, animales y seres humanos. (Las cursivas son del autor en el texto citado) (Beck, Ulrich, 1998:66).

Hemos citado en extenso a Beck, tanto por su prominencia institucional como por su importancia intelectual, siendo además autor de una obra que, por su importancia, se inscribe en una de las líneas de crítica que pone entre paréntesis el tiempo y el espacio de la ciencia y de la tecnología, como también la de sus agentes. Esta atmósfera crítica en relación a la ciencia y la tecnología no sólo tiene receptividad en las instituciones del saber (en universidades e institutos de investigación) como en el hábitat de algunas comuni-

dades de científicos sociales e intelectuales que promueven su uso seguro y acorde a las necesidades sociales más inmediatas de la sociedad. No perdamos de vista que esta disposición de científicos sociales y humanistas los anima el reconocimiento de que la ciencia y la tecnología son factores decisivos en la estructuración de las sociedades contemporáneas.

Sin embargo, este clima debe tener alguna receptividad en la sociedad, en el hombre y mujer de la calle que de alguna manera está expuesto a la circulación y al consumo de objetos, conceptos e imágenes que emanan de los ámbitos científicos y que se incorporan de algún modo como orientaciones o percepciones sobre dichas actividades y agentes.

Ahora bien, la ciencia y las tecnologías se relacionan con la sociedad de formas diversas y asumen para su estudio distintos niveles o dimensiones analíticas. Ya sea en sus variadas dimensiones (económicas, políticas o culturales); en sus diferentes espacios institucionales (producción, salud, educación); o en las diversas disposiciones u orientaciones (conocimientos, valores, creencias, sentimientos y actitudes). Estas dimensiones y disposiciones relacionan a los diversos individuos y diferentes grupos, con los objetos y artefactos de la ciencia y las tecnologías que impactan a la sociedad de las más variadas formas. Todas ellas constituyen de manera reciente, un amplio espectro de preocupaciones no solamente para los productores o gestores de conocimientos especializados de naturaleza científica, como también para quienes diseñan y ejecutan políticas públicas. (Vogt, Carlos y Polino, Carmelo. 2005: 28).

Estas preocupaciones anteriormente mencionadas organizan un importante campo de estudios que bajo la denominación de *percepción pública de la ciencia y de la tecnología*, indagan sobre la imagen que la ciencia y la tecnología originan en la sociedad y que configuran a su vez, un imaginario culturalmente situado de representaciones sociales, a nivel de los procesos sociales, a nivel de instituciones de saber y de políticas públicas y a nivel de individuos y colectivos.

Este imaginario culturalmente situado de representaciones sociales construye o produce, modelos de “quehacer científico”; formas de legitimación y/o confianza de la ciencia, sus productos y agentes; actitudes en torno los criterios de

autoridad que la ciencia elabora y la relación que ella establece con el poder y el bienestar de la sociedad; como también, con las formas de distanciamiento crítico (o meramente intuitivo) que actores de la sociedad establecen con la ciencia, sus productos, instituciones y agentes. No obstante lo anterior, estos estudios sobre un imaginario cultural e históricamente situado de representaciones sociales sobre ciencia y tecnología, rozan de manera inevitable otro espacio de representaciones sociales orientadas científicamente. Estas se subsumen de manera inadvertida en la identificación y construcción conceptual de la cuestión cultural. Nos estamos refiriendo a los conceptos de cultura en general (como pauta de significaciones o percepciones) y el de *cultura científica*, ya problematizado en el acápite I.

Diversos análisis sobre los estudios de percepción pública de la ciencia, han alertado de los riesgos analíticos que conlleva un tratamiento indeterminado o indiferente de los contenidos a los que se refieren las denominaciones de percepción pública de la ciencia y los de cultura científica. El concepto de percepción pública se ocupa básicamente de los procesos de producción, difusión y circulación de contenidos de naturaleza simbólica y se relacionan fundamentalmente, con disposiciones u orientaciones que tienen que ver con conocimientos, valores, creencias, sentimientos, predisposiciones, actitudes y expectativas que los miembros de una sociedad tienen sobre el papel de la ciencia y la tecnología.

El concepto de cultura científica, como lo hemos expresado, tiene una estructura distinta, imputable a un proceso formativo de naturaleza reflexiva e ilustrada que una comunidad científica elabora y certifica. Esta concepción de cultura científica en tanto convención y hábitos reflexivos, puede ser asimilada a alguna de las tantas acepciones que Thomas Kuhn tiene del concepto de paradigma, pero poniendo siempre de relieve en su contenido, una concepción hegemónica tanto en lo cultural como en lo institucional. Como se sabe, esta concepción de ciencia, como la de sus instituciones y prácticas está generalmente legitimada por una sociedad determinada históricamente.

Sin embargo, esta representación “reflexiva e ilustrada” que la comunidad científica tiene de lo social se reduce ge-

neralmente, a una relación de fuerza, a la tradicional relación *episteme versus doxa*. En la medida en que esta concepción omite como dimensión importante en el conocimiento que ella produce el soporte social del mismo, desconoce a su vez dos elementos esenciales del conocimiento. En primer lugar, puesto que si el registro cognoscitivo que se hace desde el mundo social no lo reconociera en algunas de sus formas como un conocimiento legítimo este sería incapaz de convertirse en un conocimiento operativo. Y en segundo lugar, porque lo que la comunidad científica olvida es que la representación subjetiva que la sociedad tiene del mundo social, es parte integrante de la verdad completa de ese mundo (Bourdieu, 2000: 27).

En términos de alternativas nos interesa acercarnos, a las valoraciones que la sociedad realiza sobre el desempeño que las instituciones y agentes asociados a la ciencia y la tecnología tienen localmente, desde un conjunto socialmente determinado de pautas de significaciones. Esto se haría entre variadas opciones (investigaciones cualitativas y de análisis de contenido) por medio de encuestas de percepción que produzcan insumos aunadas a las decisiones de los responsables del diseño y gestión de políticas públicas, desde perspectivas críticas y autoreflexivas socialmente. De esta forma, es posible aproximarnos de manera crítica al contenido hegemónico de la ciencia y la tecnología, a través de los niveles o grados de legitimidad, confianza, receptividad, predisposición, de los miembros de la sociedad.

Este desempeño de la ciencia y la tecnología se hace a través del ejercicio que de sus productos cognoscitivos, actividades, instituciones y agentes, tienen para la sociedad dado los impactos que producen en la satisfacción de sus necesidades sociales. Ahora bien, la adopción de esta perspectiva conlleva también la crítica a una modalidad de cultura científica que dado el carácter hegemónico de la misma, *disciplina y normaliza* determinadas percepciones sobre el quehacer de la ciencia y la tecnología a nivel de la sociedad.

La anterior perspectiva es también una manera de establecer los niveles de implantación cultural y consolidación institucional de los modelos hegemónicos de naturaleza organizativa de las estructuras de saber e investigación científica

ca, de las normas de excelencia y calidad que la rigen, las formas de reclutamiento y formación de su personal, como también -y de manera preeminente- su pertinencia en relación con las exigencias y demandas sociales. La utilidad de esta perspectiva se mostrará en el foco de atención colocado en torno a tres ejes analíticos:

1. Medir el interés que el ciudadano común tiene de algunas manifestaciones calificadas de la ciencia y la tecnología, como forma de acceder a la importancia que se le concede a las concepciones y a los temas de investigación y desarrollo en la sociedad.
2. Establecer niveles de comprensión que el gran público tiene de algunos objetos científicos establecidos convencionalmente como básicos. Diferencias entre el conocimiento científico y el que no lo es (intuición, tradición, etc.); tipos o modalidades de investigación (pura y aplicada), etc.
3. Codificar actitudes que se relacionan con aspectos de naturaleza pública, asociadas a la viabilidad de los procesos de producción científica y tecnológica, como son la de su financiamiento, el tipo de investigaciones y su relación con la agenda nacional de necesidades, y las percepciones sobre eventuales beneficios. (Vogt, Carlos y Polino, Carmelo. 2005: 48).

Comentarios finales

Ante la permanente referencia que hace el discurso científicista a “objetos científicos establecidos convencionalmente como básicos”, es importante reconocer entre otras cosas, el carácter hegemónico de una concepción de ciencia que hace valer en los estudios de la ciencia y la tecnología sobre percepción pública, un discurso de “ciencia dura” solamente comprensible para el profesional o académico especializado. Este discurso se estructura fundamentalmente a partir de *hechos científicos* y de *artefactos técnicos*, utilizando usualmente un lenguaje de carácter hermético e impenetrable para el hombre o la mujer “común”. Sin embargo, esta concepción se de-

fine como hemos argumentado, por la exclusión de quienes no están formalmente habilitados o certificados según los códigos hegemónicos de la ciencia; se desdobra a su vez, como una concepción lineal e ideológica de la producción, circulación y socialización de las pautas de significación y valoración de los atributos del conocimiento científico.

Es una concepción *lineal* porque asume el proceso de manera unidireccional en términos de la existencia de un “polo” activo equivalente a *episteme*, que descansa en un principio de autoridad y de conocimiento “verdadero”. Este “polo” hace fluir conocimientos e información científica al “polo” del sentido común y de la tradición (doxa), que es por definición pasivo. Es *ideológico*, porque representa una estructura jerárquica que se adjudica la capacidad de interpretar y anticipar las necesidades “sentidas” o “deseadas” de la sociedad, a través de un único lenguaje del cual fluyen objetos de conocimiento, conceptos y artefactos (Vogt, Carlos y Polino, Carmelo).

Este discurso que tiene una forma y un destino para ambientes especializados, asume de manera inadvertida, -porque es acrítica-, que el gran público debe ser portador de saberes y modalidades de razonamiento propio de la comunidad científica, y en caso de no exhibirlos, “el otro razonamiento” se interpretaría como de distancia cultural en términos de déficit o ignorancia. Lo anterior solo resalta, el carácter lineal, científicista y hegemónico de este tipo de concepción que no hace más que subrayar una distorsión mistificadora que la comunidad científica y especializada reitera en aras de su identidad y no para el conocimiento de la sociedad.

Bibliografía

- Balandier, Georges, 1993, *El desorden. La teoría del caos y las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa Editorial.
- Beck, Ulrich, 1998, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Madrid, Paidós Ibérica.
- Bourdieu, Pierre, 2000, *Cuestiones de sociología*, Madrid, Ediciones Istmo.
- Derrida, Jacques, 2005, “El Futuro de la profesión o la universidad sin condición” en Cohen, Tom, (Coord.), *Jacques Derrida y las humanidades*, México, Siglo XXI.
- Foucault, Michel, 1992, *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones La Piqueta.
- Foucault, Michel, 1999, *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets Editores.

- Galaty, David, 2001, "El uso trascendente de las metáforas en la ciencia, en Vega, M., C.E. Maldonado y A. Marcos, coord., *Racionalidad científica y racionalidad humana. Tendiendo puentes entre ciencia y sociedad* (Valladolid: Universidad de Valladolid).
- Heller, Agnes, 2000, *Historia y futuro. ¿Sobrevivirá la modernidad?* Barcelona, Ediciones Península.
- Habermas, Jürgen, 1984, *Ciencia y técnica como "ideología"*, Madrid, Tecnos, S.A.
- Habermas, Jürgen, 1990, *Conocimiento e interés*, Argentina, Taurus Humanidades.
- Latour, Bruno, 2001, *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, Barcelona, Gedisa.
- Luria, S. E., 1996h *Autobiografía de un Hombre de ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Maturana, Humberto, 1997, *La realidad: ¿Objetiva o construida? I. Fundamentos biológicos de la realidad* (Barcelona: Anthropos).
- Morin, Edgar, 1984 *Ciencia con Consciencia* (Barcelona: Anthropos).
- Morin, Edgar, 2001, "Autonomía y dependencia de la ciencia" en Roca, José M., ed., *Imaginación democrática y globalización*, Madrid, La Catarata.
- Puiggrós, Rodolfo, 1972, "Los modos de producción en Iberoamérica" en Gunder Frank, André, Rodolfo Puiggrós y Ernesto Laclau, *América Latina: ¿Feudalismo o capitalismo?* Colombia, Oveja Negra.
- Vogt, Carlos y Carmelo Polino, 2003, *Percepción pública de la ciencia*, Sao Paulo, Editora Unicamp.

HEGEMONIAS, SUJETOS Y REVOLUCION PASIVA

Javier Balsa*

Más allá de su historia previa, el concepto de hegemonía se encuentra ineludiblemente ligado a las teorizaciones de Antonio Gramsci.¹ De hecho, fue durante la segunda posguerra cuando, a través de un trabajo de exégesis de su obra (en especial de sus *Cuadernos de la Cárcel*), se avanzó en la teorización de la hegemonía, convirtiéndose en una piedra angular de la teoría marxista de la política y la ideología, al tiempo que un concepto sumamente utilizado por diversas corrientes de las ciencias sociales. Paradójicamente, algunas de las más agudas observaciones acerca de la obra gramsciana acabaron tomando una distancia crítica con respecto a sus posiciones. Así por ejemplo, la minuciosa lectura de los *Cuadernos* que emprendiera Perry Anderson (1978) terminó en cierta desvalorización de la utilidad del concepto de hegemonía para dar cuenta de la dominación en las sociedades capitalis-

*Universidad Nacional de Quilmes y Universidad Nacional de La Plata, CONICET, Argentina.

tas desarrolladas. Desde otra tradición, inspirada por la lectura del Wittgenstein tardío, José Nun (1989) señaló los límites que la visión intelectualista-racionalista le impuso al propio Gramsci, a pesar de todo su esfuerzo por incorporar el sentido común dentro de la filosofía de la praxis.

También teniendo como uno de sus puntos de partida esta fase del filósofo austríaco, Laclau y Mouffe (1987) elaboraron una relectura que se propuso superar las limitaciones que, a la línea de reflexión gramsciana, le generaba su inscripción dentro de la tradición marxista. Para ellos, la profundidad de la teorización de Gramsci se ubicó en torno a la lógica de la contingencia, en oposición a una lógica de la necesidad. El determinismo (tan presente en los discursos de la Segunda Internacional) concluía reconociendo una dualidad para poder procesar la dinámica política, en la que lo indeterminado no sólo era meramente suplementario, sino que además resultaba imposible de conceptualizar. En cambio, en Gramsci, la contingencia histórica alcanza una expansión máxima, “ya que los elementos sociales han perdido la conexión esencial que los constituía en momentos del paradigma etapista, y su *sentido* mismo depende de articulaciones hegemónicas cuyo éxito no está garantizado por ninguna ley de la historia” (Laclau y Mouffe, 1987: 80). Y rescatan que “cada una de estas extensiones [del concepto de hegemonía desde su uso por la socialdemocracia rusa hasta Gramsci] fue acompañada de una expansión de lo que provisoriamente podríamos llamar una ‘lógica de lo contingente’ –resultante, a su vez, de la quiebra y retracción al horizonte explicativo de lo social de la categoría de ‘necesidad histórica’-, que había constituido la piedra angular del marxismo de la Segunda Internacional” (Laclau y Mouffe, 1987: 7-8).

Sin embargo, estos autores afirman que Gramsci no logró superar plenamente el dualismo del marxismo clásico. Para ellos se debe abandonar no sólo su certeza teleológica (tanto en cuanto a la segura victoria del proletariado ante un capitalismo herido de muerte por sus propias contradicciones, como en términos de su propia unidad como sujeto político a partir de algún tipo de determinación estructural) sino que, incluso, la contingencia también abarcaría la definición de los planos en los que se disputa la hegemonía. Este desplaza-

miento tiene, como primer resultado, el habilitar el uso del concepto de hegemonía para dar cuenta de otro tipo de luchas sociales, como las de género, étnicas, generacionales, ecológicas, culturales, entre otras. Pero el razonamiento anti-determinista avanza un poco más y afirma que la propia definición de los sujetos se produce dentro de las diversas disputas discursivas de la lucha hegemónica, y por lo tanto, no escapa a la lógica de la contingencia. Entonces, pueden ser sujetos sociales de muy diversa índole, según los planos donde se constituyan y, dentro de ellos, según cómo se construyan discursivamente. Para ser consecuentes con esta línea de razonamiento, no es posible saber *a priori* quiénes disputarán la hegemonía, ni siquiera de qué hegemonía vamos a hablar. En este sentido, una teoría pos-marxista de la hegemonía pareciera quedar huérfana de criterios para comenzar una investigación social y deja al analista en una posición cuasi-empirista frente a la vastedad de discursos y prácticas que componen la realidad. Al mismo tiempo, este enfoque, limitado al análisis de las disputas que predominan en el juego interdiscursivo de cada coyuntura, corre el riesgo de no tener elementos para formular una crítica global a la dinámica social. Así en un contexto como el actual, de indiscutida hegemonía burguesa, la teoría pareciera transmitir cierto aire de resignación frente a la realidad capitalista.² Queda el interrogante de si sería posible combinar una lógica de la contingencia con una tradición de pensamiento marxista. Un segundo interrogante surge en torno de si, ante las múltiples hegemonías en los diversos planos de lo social, hay que contentarse con una visión fragmentada de las mismas, o si es posible integrarlas en un análisis global.

En este sentido, el presente artículo se propone explorar dos líneas de pensamiento en torno a la teorización de la hegemonía. Por un lado, analizar algunas cuestiones vinculadas a la reflexión posmarxista sobre el concepto de hegemonía, desde una mirada más próxima a la tradición materialista. Y, por otro lado, formular algunas hipótesis en torno a una teoría de la hegemonía que permitan abordar el estudio de múltiples planos de disputas hegemónicas y pensarlas de modo integrado.

Aunque pueda parecer paradójico, para avanzar en estas

direcciones es necesario dar un paso más y desembarazarnos por completo de cierta ilusión realista que contienen las conceptualizaciones marxistas tradicionales y, entonces, plantear que la hegemonía no existe.³

Algunas precisiones epistemológicas

Decir que la hegemonía no existe significa no otorgarle una entidad real (ontologizarla), más allá del constructo de los analistas sociales. La hegemonía no es una cosa que, como tal, o está presente o está ausente, sino que es sólo una conceptualización sobre parte de la complejidad de lo real que elaboran los hombres, en tanto investigadores. Siempre es útil recordar que el conocimiento no reproduce lo real, son sólo palabras que lo describen de un modo accesible a nuestra mente y lo vinculan con nuestras capacidades (por cierto muy limitadas) para percibir la complejidad de lo real. Tener presente este carácter meramente teórico del concepto de hegemonía facilita avanzar en su conceptualización gradual. Es decir, no pensar la sociedad en situación de "hegemonía" o en situación de "no-hegemonía", sino concebir cada coyuntura histórica como la existencia de diferentes grados de hegemonía e incluso de distintos tipos de hegemonía, analizables, a su vez, en distintos planos de la realidad social. De modo que habría que pensar la hegemonía como una cuestión de grados que casi nunca serían totales (la hegemonía se caracteriza, justamente, por no poder suturar el espacio social), ni tampoco completamente ausentes (aunque en este caso, el tipo de dominación se basaría en otras estrategias). En la mayoría de los trabajos encontramos una lógica binaria que deriva en forzadas descripciones en términos de ausencia/presencia de hegemonía.⁴ Esta cuestión de grados encierra dos dimensiones: la extensión social (que hace referencia a la cantidad y tipo de los sujetos hegemónizados) y la profundidad de la aceptación. En los *Cuadernos de la Cárcel*, Gramsci menciona la búsqueda, desde el Estado, de la obtención de un consenso activo⁵ y, en otro fragmento, sostiene indirectamente que la hegemonía social?, a diferencia del "gobierno político", se basa en el "consenso espontáneo" y [que] los grupos *consienten* [...] activa [o] pasivamente"⁶ Podríamos pensar un gradiente que comenzase con el "consenso pasivo", que se

caracterizaría porque los sujetos no manifiestan, ni directa ni indirectamente, su acuerdo con la situación, si bien piensan que no existen alternativas mejores y viables. Por debajo del "consenso pasivo" está la inacción por el temor a la violencia física (es decir, una situación de "no aceptación"). Por encima del "consenso pasivo" se encuentra un "consenso activo", en el cual los sujetos sí manifiestan su valoración positiva de la situación de dominación (en cuyo extremo se encontraría el proselitismo abierto).

En segundo lugar, la no ontologización ayuda a pensar la hegemonía no como una situación estática. La hegemonía es siempre un proceso, una lucha, con un final no escrito. Por lo tanto nunca está asegurada; ésta es justamente la posición riesgosa en que queda un actor que intenta construir su dominación con una base de tipo hegemónica. Aquí se hace necesaria una aclaración: no toda dominación es hegemónica; existen otras formas de dominar, no basadas en la hegemonía.⁷ Ni siquiera en el caso del capitalismo resulta necesaria una dominación hegemónica. De allí la enorme distancia conceptual entre el liberalismo político y el pensamiento democrático, tal como lo ha demostrado Losurdo (2004). Los grupos dominantes pueden dominar de muy distintas formas, y la dominación hegemónica es sólo una de ellas.⁸ Tal vez sea necesaria una segunda aclaración: una dominación no hegemónica no implica sólo el recurso de la coerción. Puede lograrse un amplio consenso acerca de la dominación e incluso de la dirección. Sin embargo, el grupo dominante no se arriesga a construir y poner en juego esta dominación en una arena democrática.

Esta reflexión nos conduce a llamar a atención sobre ciertos razonamientos tautológicos (que equiparan la existencia de hegemonía con la presencia de una situación de dominación), en los que la palabra hegemonía o bien no cumple ninguna función real o se convierte, por su mero halo semántico, en un sustituto de la explicación científica.⁹ Esto es lo que ocurre en algunos trabajos: los fenómenos parecieran explicarse porque había una hegemonía que nunca se probó que existiera, y luego, si ocurrieron dichos fenómenos, se confirma que había hegemonía.

En tercer lugar, como la hegemonía es sólo un concepto teórico, no tiene sentido discutir si es válido aplicarla a cues-

tiones diferentes de las relaciones entre clases, como las configuraciones políticas o la disputa en torno a determinado tópico. Cada investigador podrá explorar la utilidad de su uso para dar cuenta de distintas cuestiones, y será recién al final de su proceso investigativo que podrá dilucidar la pertinencia de este concepto para estudiar su objeto. En la investigación social las teorías tienen, en primer lugar, una función heurística al proponer campos de observación, y no de proveer las respuestas anticipadas a los interrogantes (Saltalamacchia, 1994). La no ontologización significa reconocer el papel activo del sujeto en la construcción del objeto de conocimiento. Es él quien construye un objeto de conocimiento que busca describir la realidad en términos de luchas hegemónicas y, por lo tanto, escoge los planos que pretende analizar.

Ahora bien, evidentemente, estas elaboraciones no serán realizadas desde un vacío conceptual sino que, más explícita o más implícitamente, tendrán como puntos de partida las opciones teóricas de poseer cada sujeto de conocimiento. La teoría de la hegemonía quedaría, entonces, en un nivel teórico intermedio, pudiendo articularse con diferentes macro teorías de lo social.¹⁰ De este modo es posible re-introducir dentro de la corriente de pensamiento marxista, una teoría de la hegemonía que reconozca un lugar destacado a la contingencia. Pero esta combinación de teorías macro-sociales, como el marxismo, y una teoría de la hegemonía (de nivel medio) no tiene que significar la subsunción de ésta en aquéllas, que podría significar la negación de la contingencia en todos los aspectos ya reseñados. Por otra parte, con esta operación se logra, sin otorgarle un lugar de verdad al marxismo, mantener abierta una de las principales tradiciones que posibilitan formular una crítica a la ideología y a la hegemonía.¹¹

Entonces, es el sujeto de conocimiento el que diseña qué tipo de hegemonías se propone investigar: si las de clase, si las de fracciones de clase, si las de géneros, si las de ideologías o tradiciones intelectuales, si las de disciplinas, con un largo etcétera. Decimos “diseña” pues, por un lado, estas decisiones deberían ser solo puntos de partida para explorar si efectivamente el concepto de hegemonía resulta fructífero (o no) para analizar las dinámicas de poder en un determinado plano y, por otro lado, más específicamente, si son los sujetos

propuestos para comenzar la indagación los que realmente construyen y son sometidos por la hegemonía. Aquí subyace un nuevo interrogante: las hegemonías constituyen relaciones de poder de unos sujetos sociales sobre otros sujetos, o son hegemonías de ideologías, tradiciones de pensamiento o formaciones discursivas, en una línea interpretativa en la cual los sujetos quedan disueltos o sometidos a las determinaciones de entidades estructurales.

La cuestión de los sujetos

Evidentemente esta es una cuestión que excede a una teoría de la hegemonía, pero que la atraviesa. En la opción de raíz foucaultiana que reduce a los sujetos a efectos de las formaciones discursivas (Foucault, 1970), la hegemonía sería una hegemonía de formaciones discursivas sobre otras formaciones discursivas.¹² Este descentramiento de la figura del sujeto puede ser útil para, por un lado, desmistificar un humanismo excesivo y, por otro, promover un nivel de análisis que ilumina el problema desde un ángulo sumamente interesante y que, a la vez, metodológicamente facilita su investigación. Si nos centramos en los discursos emitidos y si los recortamos a los emitidos con cierto alcance en la opinión pública, el universo de lo necesario de analizar para estudiar la hegemonía queda relativamente acotado. No importa lo que los sujetos piensen, sino lo que han dicho (o mejor aun, escrito) públicamente.

Sin embargo, consideramos que el estudio de la hegemonía no debe acotarse a los fenómenos discursivos. No hay que esencializar las formaciones discursivas, pues no son más “reales” que las clases. No debe sobreestimarse la cuestión de la materialidad del discurso. Es claro que las formaciones discursivas son generalizaciones construidas por el investigador a partir de una selección y análisis de los discursos emitidos por los integrantes de una sociedad. Considero que es posible integrar este análisis de las formaciones discursivas y de las estrategias de enunciación como parte de un estudio de la construcción de la hegemonía, sin la necesidad de adherir a la idea de un “desmigajamiento” del sujeto. Como plantea Hall (2003) el descentramiento no requiere un abandono o una abolición del “sujeto”, sino una reconceptualización.¹³

Sin lugar a dudas, el análisis de los enunciados y su articulación dentro de formaciones discursivas, y el estudio de la inter-discursividad nos brindará elementos para ver las ideologías que intentan imponerse, pero también los grados en que las mismas son eficaces para entrar en los discursos de los otros. Sin embargo, el nivel del discurso no disuelve ni agota, entre otros, el plano mental de la hegemonía. Como lo plantea van Dijk (1999), este plano mental no se puede reducir a un nivel discursivo, ya que la gente no dice todo lo que piensa. Hay cosas que nunca se dicen, pues están implícitas en una cultura o una ideología grupal, y por ello mismo muchas de estas cosas no dichas son elementos claves en la construcción de una hegemonía; de algún modo es un plano no conciente de las creencias. También hay cosas que no se dicen porque no conviene decirlas, aunque los sujetos están concientes de saberlas.¹⁴

Además, acordamos con Fairclough en que frente al "sabor pesadamente estructuralista" del planteo foucaultiano (como también del althusseriano), hay que reconocer que los "sujetos sociales están moldeados por las prácticas discursivas, pero también son capaces de remodelar y reestructurar esas prácticas" (Fairclough, 2001: 70 y 89). Asimismo, no puede negarse una materialidad en la corporeidad del sujeto biológico socializado; resulta necesario reconocer la existencia de sujetos sociales que operan dentro y sobre estas formaciones discursivas y que además hacen otras cosas además de producir discursos.

Se ha impugnado la idea de que los grupos sociales se encuentran contruidos *ex-ante* la disputa hegemónica. Es decir, los grupos no están contruidos desde un lugar previo a la enunciación social, sino que en la dinámica discursiva se constituyen como tales. En esta línea, se complica la utilidad de emplear categorías como "clase", "sexo", o cualquier otro tipo de agrupamientos entendidos de modo pre-discursivo, ya que en la disputa hegemónica se constituyen distintos grupos "al calor de la lucha" que pueden o no articularse como clases, géneros, razas, etc. De hecho, si mantuviéramos este razonamiento no tendría mucho sentido seguir empleando estas categorías.¹⁵

Sin embargo, existen ciertos elementos pre-discursivos

que, si bien pueden ser "superados" por algunos individuos, juegan un papel fuerte en la determinación de las conductas y la dinámica social. No sólo porque existe una materialidad corporal desde donde se aceptan o no las interpelaciones, y que dicha materialidad presenta algunas marcas difíciles de borrar, sino porque se vinculan con procesos de socialización temprana y, por lo tanto, son menos electivas que las interpelaciones posteriores (Berger y Luckman, 1968). Por lo tanto, si bien es cierto que el sujeto no es totalmente previo a la disputa hegemónica, y que se termina de constituir dentro de este juego interdiscursivo, las marcas de posición de clase de sus padres y los diferentes contextos de socialización primaria, junto con sus pertenencias de sexo y raza (por mencionar sólo dos) juegan un papel clave en dicha construcción. Pre-construyen las subjetividades que se van a articular con los procesos de socialización e interpelación ideológicos y la propia dinámica social. Aunque esto no implica una instancia previa cronológicamente, pues no existe el sujeto humano asocializado. La ideología ha siempre-ya interpelado a los individuos como sujetos (Althusser, 1970: 148).

Queda por analizar la cuestión de la exterioridad del sujeto frente a la construcción de la hegemonía. De algún modo, el sujeto hegemónico es parcialmente exterior a la operación hegemónica. Para organizar la hegemonía es necesario que los dominantes tengan, más o menos concientemente, un "plan de dominación", una ideología que los agrupe y organice la manipulación y las estrategias de construcción de la hegemonía, de uso de los aparatos y los discursos. La unificación y la elaboración de discursos y prácticas hegemónicas indudablemente también cambiarán a los dominadores. Tanto porque primero deben organizarse como clase, pero también porque al elaborar una propuesta para los otros, están modificando parcialmente su subjetividad. Tiene que "despojarse de todo residuo corporativo", según ya lo había conceptualizado Gramsci en sus notas sobre la cuestión meridional (CM: 193). Como afirma Portantiero (1987: 171), "la hegemonía es el proceso a través del cual una clase se produce a sí misma como sujeto histórico". Entonces el sujeto hegemónico es parcialmente exterior a la operación hegemónica, no porque exista completamente fuera de la misma, sino porque, en parte,

la elabora desde fuera y, en parte, porque termina de constituir su subjetividad no-corporativa en la propia operación.¹⁶

Por último, algunos autores se refieren a los *sujetos* dominados más bien en términos de *objetos* manipulados. Si bien el concepto de "manipulación" puede resultar fructífero para analizar algunos procedimientos de construcción de la hegemonía (van Dijk, 1999: 342), consideramos que los seres humanos son siempre *sujetos* (con una cuota de "buen sentido" difícil de borrar, según recuerda Nun, 1989). Nuevamente, la cuestión de "grados de" permite escapar de la lógica binaria *sujeto* u *objeto*, y pensar sujetos con distintas capacidades para articular niveles de resistencia ideológica y de autonomía política.¹⁷

Las lógicas de la construcción de las hegemonías

Hasta aquí no se han abordado las formas en que operan los procesos de la construcción de hegemonía. Podrían discernirse tres lógicas que intervendrían en la construcción de la hegemonía. Aclaramos que se trata de un proceso por demás complejo y que estas lógicas no funcionan en forma aislada sino de manera articulada. Sin embargo, a fines analíticos resulta fructífero distinguirlas, pues sus fundamentos son claramente distintos.¹⁸ En primer lugar, la hegemonía podría ser construida tan sólo en términos de "alianza (de clases)", como mero acuerdo político entre sujetos sociales inmodificados por dicha alianza y que la efectúan a partir del análisis de las ventajas que obtienen de su constitución. Este sería la concepción leninista de hegemonía.

En segundo lugar, la hegemonía podría ser organizada a partir del reconocimiento de la "dirección intelectual y moral" de un sector social dominante. Este sería el plano más tradicionalmente gramsciano de la construcción de la hegemonía, en el que se diferencia una hegemonía intelectual, en tanto complejo de ideas o doctrina, y una hegemonía "moral", en tanto conjunto más amplio de valores y representaciones sociales compartidos dentro de una cultura. Un instrumento clave en la consolidación de este tipo de hegemonías es la realización de "revoluciones pasivas". Antes de abordar la tercera lógica de la construcción de hegemonías, debemos prestar especial atención a este instrumento. La "revo-

lución pasiva" es un proceso de internalización de las "demandas" de los subalternos dentro de una formación hegemónica.¹⁹ Pero, las "demandas" no son internalizadas en el sistema tal como son formuladas por los grupos dominados, como tampoco la autorepresentación que formulan tales grupos se incorpora a la ideología dominante. Las demandas, antes de ser internalizadas, son sometidas a tres procesos: (1) negación, (2) desvalorización, en el sentido de un cambio de valencia, y (3) utopización, en la concepción negativa del término utopía, pues se las tacha de irrealizables.²⁰ Recién después de ser aplicados estos procedimientos, lo que queda de estas "demandas" es parcialmente considerado e incluido dentro de la formación hegemónica. Este procedimiento sería el núcleo de una "revolución pasiva": un proceso de transformación "desde lo alto" en el que se recupera una parte de las demandas "de abajo", pero quitándoles toda iniciativa política autónoma; lo cual genera consenso, sin dar poder político.²¹

Entonces en la "revolución pasiva" las "demandas" son profundamente re-conceptualizadas, y recién luego incluidas. Este proceso presenta distintos grados según la correlación de fuerzas. Sectores subalternos más organizados y con mayor capacidad de formular autónomamente sus demandas, necesitan para ser hegemonizados de una "revolución pasiva" que les contemple de un modo más genuino, esto es, sin tantas reformulaciones-negaciones.²² En cambio, en los casos en que los sectores subalternos cuenten con una menor capacidad para formular y luchar por sus demandas concretas, puede alcanzar para hegemonizarlos con una integración simbólica (sin otorgar concesiones materiales). Lo cual, algunas veces, no deja de ser un salto cualitativo frente a situaciones previas en las que estos sectores eran completamente excluidos y tenían negado todo reconocimiento social (pudiéndose abrir, entonces, la posibilidad de su constitución como sujetos sociales legítimos).²³ Sin embargo, esto no debería oscurecer la existencia de distintas intensidades en los procesos de "revoluciones pasivas" que en su límite mínimo de reconocimiento de las "demandas", dejaría de ser una "revolución pasiva".

En todo caso, para llevar adelante una "revolución pasiva" se debe reformular la subjetividad de los subalternos, en tan-

to debe negarse su capacidad de autodefinición de las demandas, de autovalorización de las mismas y de avanzar en organizaciones propias que tiendan a su realización. Es por ello que en la disputa hegemónica son cuestiones centrales el control del discurso público, de los aparatos ideológicos y de las instancias de auto-organización de los grupos, pero también de acceso (relativamente) autónomo a espacios estatales desde donde podría avanzarse en la concreción de las demandas.

La importancia de estas disputas por los sentidos y significados de las distintas demandas y la interpelación/constitución de los sujetos sociales, no debería oscurecer la existencia de una tercera lógica en la construcción de la hegemonía. La hegemonía puede ser estructurada a partir de la difusión de un "modo de vida" que favorezca la aceptación de la situación de dominación. La dinámica social (sólo parcialmente controlada por la clase dominante) puede transformar las condiciones de vida de las clases subalternas. Según la tradicional idea marxista, estos cambios en los modos de vivir tienen claros efectos sobre los modos de pensar. Luego, existe la posibilidad de que estos cambios en los modos de pensar tengan un sentido favorable a la hegemonía de la clase dominante. Esta sería entonces una forma posible de consolidación de una hegemonía a partir de un cambio en los modos de vida, y no en base a una operación centralmente de tipo ideológico-intelectual. En el cuaderno dedicado a *Americanismo y Fordismo*, Gramsci avanza sobre este tipo de hegemonía: “[En Estados Unidos] A partir de la existencia de estas condiciones preliminares [sin “tradiciones históricas y culturales” que agregasen amplias capas ociosas], ya racionalizadas por el desarrollo histórico, fue relativamente fácil racionalizar la producción y el trabajo, combinando hábilmente la fuerza (destrucción del sindicalismo obrero de base territorial) con la persuasión (altos salarios, diversos beneficios sociales, propaganda ideológica y política muy hábil); se logró así hacer girar toda la vida del país alrededor de la producción. *La hegemonía nace de la fábrica y para ejercerse sólo tiene necesidad de una mínima cantidad de intermediarios profesionales de la política y de la ideología*” (Gramsci, NM: 291).

El concepto de "modo de vida" permite pensar esta tercera lógica de la construcción de la hegemonía no sólo a partir de

atender cuestiones estructurales sino también destacar otras desde una perspectiva fenomenológica.²⁴ Es posible pensar esta tercera lógica como similar a lo que Zizek (2003a: 24) describe como “la elusiva red de actitudes y presupuestos implícitos, cuasi ‘espontáneos’, que constituyen un momento irreductible de la reproducción de las prácticas ‘no ideológicas’ (económicas, legales, políticas, sexuales...)”. De hecho, señala que “es altamente cuestionable si el término ‘ideología’ es en alguna medida apropiado para designar este terreno” (Zizek, 2003a: 16).

Es probable que en cada uno de los planos, en que sea posible estudiar la construcción de hegemonías, la intervención de estas tres lógicas sea diferencial. Así, por ejemplo, en el caso de la dominación patriarcal, ésta ha sido históricamente una dominación basada en altos niveles de coerción. Sin embargo, con mayor o menor grado, existe un componente consensual en dicha dominación. Así, en la actualidad, puede vislumbrarse la existencia de algunos mecanismos de una lógica de concesiones que harían más tolerable la dominación. También sería posible rastrear características de una hegemonía construida a través de la ideología, con un discurso que integra "demandas" femeninas sin desarmar la subordinación de género. Es que la construcción de una hegemonía "moral" patriarcal es realizada en los procesos de socialización primaria a partir de los discursos que sancionan la división de roles dentro del hogar. Y así nos deslizamos hacia el terreno de las formas de vida como el plano en el que esta hegemonía cobra mayor fuerza. Más allá de la existencia de discursos críticos, hombres y mujeres crecen vivenciando una división de roles, que luego se refuerzan por cierta celebración autobiográfica.

Otras hegemonías seguramente tienen como lógica central de su resolución la disputa ideológica-intelectual. Tal sería el caso de las hegemonías de tradiciones de pensamiento o de disputas inter o intra-disciplinarias. Sin embargo, no debería olvidarse que Gramsci sostiene una “concepción ‘institucionalista’ de la hegemonía que aleja los esquemas gramscianos de otros modelos de legitimidad erigidos exclusivamente sobre el consenso ideológico [...]. *Ninguna situación puede ser analizada fuera de las relaciones de fuerza al interior de las*

instituciones” (Portantiero, 1987: 186-187). Incluso deberían explorarse las determinaciones que las formas de vida tienen sobre estas disputas. Más allá del sentimiento de omnipotencia que padecemos muchos intelectuales, no podríamos ser ajenos a los efectos de formas de vida sumamente diferentes.²⁵

Los planos de la hegemonía y sus articulaciones. Las constelaciones hegemónicas

En cada plano que se reconoce/construye se pueden indagar las formas y los resultados de la resolución de la disputa por los significados y los sentidos finales de las acciones, y las consiguientes interpelaciones/construcciones de subjetividades que surgen de modo más o menos explícito. Más específicamente, es posible analizar los juegos discursivos para captar la construcción de las identidades sociales (Fairclough, 2001: cap. 5). También resulta muy útil prestar atención a las formas como las palabras claves y las frases formulísticas son reproducidas repetidamente a través de los textos en iguales o similares posiciones textuales, de modo que ellas terminan teniendo una connotación precisa dentro de un discurso específico (Phillips, 1998). Esta autora propone analizar el rango de estabilidad/flujo en los discursos. El foco se coloca en el rango de los modos y las formas en los cuales los discursos son reproducidos en los textos, transformados para producir un discurso híbrido o resistidos por parte de discursos opositores (Phillips, 1998: 857). Y luego aplica esta metodología para ver la penetración del discurso thatcherista en el discurso laborista. De este trabajo también recuperamos la idea de trabajar no sólo con los discursos ya emitidos, sino producir nuevos discursos, a través de entrevistas, que permitan explorar la discursividad de los sujetos más anónimos. Incluso, podríamos agregar nosotros, intentar aproximarnos a lo que piensan los sujetos, más allá de lo que habitualmente enuncian.

Ahora bien, hasta aquí el análisis de la lucha hegemónica en un determinado plano. Sin embargo, también podríamos reconocer un supra-plano en el que se articulan (o se buscan articular) las diferentes disputas hegemónicas. En este sentido, para Angenot podrían distinguirse hegemonías sectoriales (él enumera las hegemonías “en las letras, las

ciencias, la filosofía”) y también una hegemonía global, que sobredetermina una gran parte de lo que es pensable/enunciable, y sobre todo priva de medios de enunciación a lo impensable (Angenot, 1983). También en el caso de Fairclough, se diferencia entre órdenes de discurso locales y un orden discursivo societal. Para él estos distintos órdenes son en la práctica potencialmente estructurados de manera contradictoria y, de este modo, están abiertos para ser investidos política e ideológicamente como focos de disputa en luchas para desinvertirlos o reinvertirlos; y es ésta *la* lucha hegemónica (Fairclough, 2001: 97-98).

Otra posibilidad es pensar (más que un plano global, abstracto e indeterminado) que uno de los planos cumpla esta función de eje de las articulaciones. Y aquí, nuevamente, tal vez no tengamos otra justificación que nuestros presupuestos teóricos para proponer y explorar (aunque el resultado final deberá estar validado luego) la posibilidad de que alguno de los planos juegue un papel central en la articulación. Así, desde el marxismo, éste será el nivel de la lucha de clases, y las clases, los sujetos claves en estas articulaciones.

La articulación sería la capacidad para orientar/recortar los sentidos que se disputan en cada uno de los planos a fin de hacerlos coincidir con las disputas en el plano central.²⁶ En sus aspectos discursivos, la hegemonía implica una rearticulación de elementos que son contradictorios. Así Fairclough analizando el thatcerismo señala que elementos autoritarios coexistieron con elementos democráticos e igualitarios, y elementos patriarcales con elementos feministas. A lo que agrega que la rearticulación de las órdenes del discurso fue obtenida no solo en la práctica discursiva productiva, sino también en la interpretación: se requiere de intérpretes que sean capaces de establecer conexiones coherentes entre sus elementos heterogéneos, y parte del proyecto hegemónico es la constitución de sujetos intérpretes para quienes tales conexiones sean naturales y automáticas (Fairclough, 2001: 124). En términos de van Dijk (1999: 106-119), cuando esto ocurre se ha logrado que los sujetos perciban los discursos dominantes como descripciones de lo que ocurre (y no como opiniones “ideológicas” sobre los hechos), por lo cual se los almacena en el “modelo de acontecimiento”, y no en los “mo-

delos de contexto" (los modelos mentales de los eventos comunicativos).²⁷

Estas articulaciones son, en parte, el resultado de estrategias y tácticas de los sujetos, pero también son el resultado de una dinámica más estructural (funcional, tal vez). Ni están totalmente determinadas, ni son el entero producto del voluntarismo. Y aquí querría reintroducir el concepto de contingencia. Obviamente existen múltiples puntos de contacto entre los planos, pero considero que lo interesante es que más allá de ciertas afinidades históricas y/o estructurales, las articulaciones no están definidas de antemano. Por ejemplo, lo que en la actualidad podría ser etiquetado como una posición "progresista" en cada uno de estos planos, no siempre ha estado articulada con las posiciones "progresistas" en los otros (comenzando, por ejemplo, con la propia idea de "progreso"). De hecho, esto obliga a repensar en términos globales, complejizando el análisis de qué es "progresista" en cada plano en particular, a partir de una evaluación general.

Aquí quisiera sugerir el concepto de constelaciones hegemónicas como una perspectiva para abordar la cuestión de la articulación entre diferentes planos de lo social. Este concepto encerraría la articulación de distintas hegemonías, tanto aquéllas que resultan claves para la definición de los "grandes temas sociales" y que regulan la constitución y la relación entre las clases, los partidos, los géneros, las etnias, entre otras cuestiones (que serían las "macro-hegemonías" y entre las cuales podría identificarse un plano clave); pero también las hegemonías que abordan las disputas por cuestiones más "puntuales" (que podrían denominarse "micro-hegemonías"), en tanto no ligadas de una manera prefijada con los "grandes temas sociales", sino que justamente es en la articulación entre ambos planos donde se construye el sentido de su inscripción. Son los proyectos hegemónicos macro-sociales los que persiguen articular los distintos planos de las disputas.

Así por ejemplo, una "constelación hegemónica" como la neoliberal-menemista en la Argentina de los noventa, podría pensarse como la articulación de varias hegemonías. En primer lugar, se habría constituido la hegemonía "de la gran burguesía" con sus vinculaciones internacionales) sobre buena parte de las clases subalternas. Este podría ser el plano

central, eje de las articulaciones en tanto otorgador de sentido a la propia constelación y a todas las transformaciones sociales profundas operadas en esa década. Pero también habría existido otras hegemonías, por ejemplo, la hegemonía "del peronismo" (por cierto, cooptado por la ideología liberal-conservadora) sobre el resto de los partidos. Ahora, la hegemonía de clase se articuló con una hegemonía "conservadora" en una serie de temas (como, por ejemplo, el aborto). En un plano más filosófico podría hablarse de una hegemonía "posmoderna", en una exaltación de la diversidad y la tolerancia, pero que también se articuló de un modo sutil con una hegemonía "modernizante" que realizó, fundamentalmente desde la "ciencia económica", la crítica de lo tradicional-populista (sintetizada en la frase "se quedó en el 45", como mote adjudicado a aquéllos que mantenían las ideas del peronismo clásico). Por último, ésta fue también una constelación que más allá de estas cuestiones ideológicas en su sentido filosófico-político, incluyó una hegemonía en el plano de las prácticas cotidianas de un "consumismo profundo", que fue permeando incluso hasta los individuos ideológicamente opuestos al menemismo, modificando sus hábitos de vida, sus formas de ser, con previsibles consecuencias sobre sus modos de pensar y actuar (Balsa, de Martinelli y Erbeta, 2004).

Las articulaciones internas a una constelación hegemónica no están funcionalmente aseguradas, tanto por la contingencia de la construcción de las articulaciones, como por la propia evolución histórica. Incluso cuando fueron planificadas, la compleja dinámica social genera que elementos que pueden haber sido funcionales a la articulación en un momento, luego se tornen disfuncionales. Es por ello que algunos elementos de las constelaciones pueden contener tendencias disruptivas. Para seguir con el ejemplo anterior, el consumismo fue muy funcional para producir consenso hacia las políticas neoliberales en el momento en que se generaron cambios estructurales en Argentina, sin embargo para fines de la década del noventa una retracción en el consumo hubiera, tal vez, facilitado el ajuste necesario para darle viabilidad macroeconómica a políticas neoliberales que la habían perdido, en parte por los desequilibrios en la balanza de pagos producidos, entre otros factores, por niveles muy altos de demanda de bienes de consumo de origen externo.

Sería, entonces, posible pensar la realidad social en términos de constelaciones hegemónicas que intentan articular disputas hegemónicas en múltiples planos. Sin embargo, no deberían confundirse las constelaciones con toda formación social: no toda realidad social está resuelta en términos del predominio de una constelación hegemónica.²⁸ Tampoco debe entenderse que existan ajustes "automáticos" (de tipo funcionalista). De allí que cobra especial importancia la figura de los intelectuales orgánicos. Estos sujetos serían los encargados de pensar la totalidad de lo social (especialmente los más preparados para ello) y de otorgarle un sentido global a las acciones y discursos en los planos específicos. Pero el análisis del papel de los intelectuales en la construcción de las hegemónicas²⁹ y, especialmente, en sus articulaciones en constelaciones hegemónicas es un tema que excede las posibilidades del presente artículo y quedará para futuras elaboraciones.

Notas

1. En Anderson (1978) encontramos un rastreo de la idea de hegemonía en Lenin, pero es en Laclau y Mouffe (1987: 57-64) donde se establece una clara diferenciación entre la idea leninista de hegemonía como alianza de clases y la posición gramsciana que involucra un proceso de articulación y modificación de los sujetos.
2. Tal como lo criticara, desde una línea argumental diferente, Zizek (2003b: 106 y 2003c: 225).
3. De algún modo se dará un paso adelante, para dar dos pasos atrás (y habilitar la reinscripción de estas elaboraciones en la tradición de pensamiento marxista).
4. Así por ejemplo en uno de los pocos trabajos preocupados por la operacionalización de la teoría de la hegemonía, el valioso artículo de Phillips (1998), se cae en esta visión dicotómica, y se termina negando la existencia de hegemonía tan sólo porque el thatcherismo nunca acabó con "la presencia de discursos híbridos".
5. "Estado es todo el conjunto de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino que logra obtener el *consenso activo* de los gobernados..." (Gramsci, CC: 15 (10), p. 186 [subrayado mío]).
6. "...las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político, esto es: 1] del consenso 'espontáneo' dado por las grandes masas [...]; 2] del aparato de coerción estatal que asegura 'legalmente' la disciplina de aquellos grupos que no 'consienten' ni activa ni pasivamente, pero que está constituido por toda la sociedad en previsión de los momentos de crisis en el mando y en la dirección en que el consenso espontáneo viene a fallar" (CC, 12 (1), p. 357)
7. Sobre la cuestión de dominaciones no hegemónicas, puede consultarse el apartado "¿Qué hay cuando no hay hegemonía?" en Balsa (2006a).
8. Entonces, de acuerdo con esta conceptualización, en los casos en que las masas son dominadas sólo en base a la coerción no hay "hegemonía", o al menos podríamos decir que la dominación no es centralmente hegemónica. Por ello consideramos que es un error enfatizar la importancia de la frase de Gramsci donde plantea que "un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a *liquidar* o a someter incluso con la fuerza armada y es dirigente de los grupos afines y aliados" (CC, 19 (24), p. 387). Esta frase es, justamente, retomada por Portelli (1985: 75 y 89) para plantear que la hegemonía solo se da sobre una parte minoritaria de la sociedad. Sin embargo, en esa frase de Gramsci debe destacarse el hecho que el autor señala que a los adversarios se los somete *incluso con la fuerza*, lo cual significa que no sólo se hace con la fuerza, sino también con el consenso. De hecho, aquí hay una diferencia entre las primeras notas en el Cuaderno 1 (44), y la redacción definitiva en el Cuaderno 19 (24), según analiza Ferreira (1986: 12). Además, Gramsci en varios apartados afirma que la hegemonía se da sobre el conjunto de la sociedad. Por ejemplo, cuando habla de la "hegemonía política y cultural de un grupo social sobre la sociedad entera" (CC, 6 (24), p. 28). Consideramos que debe hacerse una opción conceptual, y nosotros nos inclinamos por esta última. Es decir, se puede dominar dirigiendo sólo a las clases auxiliares y reprimiendo a las clases subalternas, pero ésta no sería una dominación (centralmente) hegemónica.
9. Sobre la cuestión del "halo semántico" y su relación con la explicación científica ver Bourdieu, Chamboredon y Passeron (1975).
10. No confundir con la propuesta de Merton (1964) de "teorías de alcance intermedio".
11. Al respecto, ver la proposición de Zizek (2003a: 26) acerca de que es posible suponer una posición (vacía, que interpretamos como no ocupada de modo esencialista) desde la que se puede denunciar la ideología (y, agregamos, la hegemonía). Sobre la tensión entre verdad y marxismo resultan muy sugerentes las reflexiones presentes en Palti (2005).
12. De modo similar, en algunos pasajes de los textos de Laclau (2003 y 2005) las "demandas" parecieran no tener sujetos que las enuncian, sino solo un plano discursivo en el que se inscriben.
13. Es que como el enfoque deconstructivo sometió a una "borradura" los conceptos claves, pero no proveyó de otros conceptos que puedan reemplazarlos, "la línea que los tacha permite, paradójicamente, que se los siga leyendo" (Hall, 2003: 13-14). De algún modo, Foucault en sus últimos trabajos habría comprendido que hay que "complementar la descripción de la regulación discursiva y disciplinaria con una descripción de las prácticas de la autoconstitución subjetiva" (Hall, 2003: 32).
14. Como lo analiza van Dijk, "es importante distinguir cuidadosamente entre creencias y la expresión de las creencias en el discurso. La

- última también es una función de las restricciones del contexto, incluyendo las creencias personales o experiencias, y no solamente de la estructura subyacente de la memoria social". Y luego agrega que el construccionismo social radical que niega las creencias mentales es inconsistente con sus propias afirmaciones sociales, y reduce las creencias (y las ideología y la cultura) al solipsismo de individuos interactuando en contextos únicos (van Dijk, 1999: 64-67).
15. El texto de Laclau y Mouffe (1987) es un claro ejemplo de una decisión de avanzar en esta última dirección, pero con ciertas vacilaciones que los llevan a situaciones, a nuestro entender, contradictorias al mantener el uso del concepto de "clase", cuando su línea argumental la niega. Una crítica interesante a los presupuestos de Laclau e Mouffe es formulada por Shantz: frente a la atomización del sujeto que potencia la interpretación de estos autores, él afirma que en la articulación de las luchas y las demandas no existe una simple acumulación de identidades individuales, sino una construcción identitaria, resultado de relaciones y articulaciones, y que modifica las identidades de aquellas fuerzas que se vuelven una nueva, amalgamando esas identidades subjetivas (Shantz, 2000).
 16. Sobre esta cuestión resulta muy interesante la reflexión que producen Laclau y Mouffe: "el sujeto hegemónico, como el sujeto de toda práctica articuladora, debe ser parcialmente exterior a lo que articula -de lo contrario no habría articulación alguna-". Aunque inmediatamente aclaran que para ellos "esa exterioridad no puede ser concebida como la existente entre dos niveles ontológicos diversos [...] ... tanto la fuerza hegemónica como el conjunto de los elementos hegemónicos se constituirían en un mismo plano -el campo general de la discursividad-, en tanto que la exterioridad sería la correspondiente a formaciones discursivas diversas [...] Se trata, por tanto, de la exterioridad existente entre posiciones de sujeto situadas en el interior de ciertas formaciones discursivas, y 'elementos' que carecen de una articulación discursiva precisa. Es esta ambigüedad la que hace posible a la articulación como institución de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido de lo social en un sistema organizado de diferencias" (Laclau y Mouffe, 1987: 155-156).
 17. Resultan muy sugerentes las reflexiones de Coutinho (2003) acerca de que todas las formas de praxis, incluso aquellas que no tienen una relación directa con la formación de conciencia y de acción de las clases sociales, contienen la potencialidad del momento catártico, pues salen de la recepción pasiva de la realidad.
 18. Para un mayor desarrollo sobre estas tres lógicas en la construcción de la hegemonía ver Balsa (2006b).
 19. Las comillas buscan señalar que estas "demandas" no tienen una existencia independiente de la lucha discursiva.
 20. Este esquema tiene como inspiración una reformulación de los tres modos de interpelación que propusiera Therborn (1991) para analizar el sometimiento ideológico.
 21. Por el contrario, para Kebir (2003: 148-149) las revoluciones pasivas contienen elementos auténticamente progresistas.
 22. Tal vez el caso más típico fue el del primer peronismo (y de allí su diferencia principal con el varguismo), o el de la socialdemocracia europea posterior a la segunda guerra mundial.
 23. Esta reflexión creemos que es particularmente importante en contextos como los actuales en los cuales sectores sociales enteros son "excluidos por indiferencia", tal como lo conceptualiza Fontes: "no se trata, en absoluto, de la admisión de diferencias y de una coexistencia pacífica, sino de un profundo desprecio por sus condiciones de existencia" (Fontes, 2005: 45).
 24. En este sentido Schütz (1974: 43) afirma que cada endogrupo posee un modo de vida que considera natural, bueno y correcto, en tanto sus miembros comparten un sistema de significaciones. Para Berger y Luckmann (1968), compartir un modo de vida implica participar de un mismo mundo intersubjetivo del sentido común; tener en común una forma de ver el mundo, de nombrarlo, de valorarlo, que normalmente se internaliza durante el proceso de socialización primaria. En este sentido, la continuidad de un modo de vida también implica la re-producción de un mundo social diferenciado, en tanto los sujetos y las instituciones reproducen y legitiman determinadas formas de actuar, y de percibir y comprender el orden social.
 25. Como lo analiza Eagleton (2003: 220), "es con Gramsci que se efectúa la crucial transición de la ideología como 'sistema de ideas' a la ideología como una práctica social habitual y vivida, que supuestamente debe incluir las dimensiones inconscientes y no articuladas de la experiencia social, así como el funcionamiento de las instituciones formales".
 26. Un ejemplo típico es el de las cuestiones ecológicas y el modelo societal capitalista (o no). Así, en los noventa, el neoliberalismo pudo, en algún punto, articular un tipo de discurso ecologista dentro de su hegemonía. Así, algunas ONG y todo un campo de discurso ecologista, no se caracterizaron por una posición irreconciliable con el neoliberalismo.
 27. Por lo tanto, "la comunicación ideológica puede ser más efectiva cuando los receptores no esperan, o casi no esperan, implicancias ideológicas, por ejemplo, en historias para niños, libros de texto o noticias en la televisión, cuyas funciones principales habitualmente se consideran como desprovistas de opiniones persuasivas. Para el caso de las noticias, en la mayor parte de los medios occidentales, uno de los más importantes criterios (ideológicos) es que los 'hechos' deberían separarse de las "opiniones". No necesita comentario que cuando se efectúan esas afirmaciones, esto es, cuando se niega la ideología, es especialmente relevante hacer un análisis ideológico" (van Dijk, 1999: 331).
 28. Véase las reflexiones de Palti (2005: 115) sobre la aporía que surge para los posmarxistas de suponer que la idea de práctica hegemónica indica un horizonte objetivo.
 29. Un detallado análisis de la elaboración gramsciana del rol de los intelectuales en la constitución de los bloques históricos se encuentra en Portelli (1985: cap. IV).

Bibliografía

- Althusser, Louis, 1970, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión. Las citas corresponden a la edición contenida en Zizek, *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE.
- Anderson, Perry, 1978, *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en Occidente*, Barcelona, Editorial Fontamara.
- Angenot, Marc, 1983, "Intertextualité, interdiscursivité, discours social", *Texte*, Reveu de critique et de théorie littéraire, 2.
- Balsa, Javier, 2006a, "Notas para una definición de la hegemonía", *Nuevo Topo*, 3.
- Balsa, Javier, 2006b, "Las tres lógicas de la construcción de la hegemonía", *Theomai*, 14 (<http://revista-theomai.unq.edu.ar/>).
- Balsa, J. G. de Martinelli y C. Erbetta, 2004, "Modelos de consumo y construcción de la hegemonía en la Argentina reciente", ponencia publicada en las Actas (CD-Rom) de las *XIX Jornadas de Historia Económica*, San Martín de los Andes, Argentina.
- Berger, Peter y T. Luckmann, 1968, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Bourdieu, Pierre, J.C. Chamboredon y J.C. Passeron, 1975, *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Coutinho, Carlos Nelson, 1999, *Gramsci. Um estudo sobre seu pensamento político*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Coutinho, Carlos Nelson, 2003, "O conceito de política nos *Cadernos do cárcere*", en Coutinho y de Paula Teixeira (comp.), *Ler Gramsci, entender a realidade*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Eagleton, Terry, 2003, "La ideología y sus vicisitudes en el marxismo occidental", en Zizek, *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE.
- Fairclough, Norman, 2001, *Discurso e mudança social*, Brasilia, Editora Universidade de Brasilia.
- Ferreira, Oliveiros S., 1986, *Os 45 cavaleiros húngaros. Uma Leitura dos Cadernos de Gramsci*. San Pablo, HUCITEC / Editora Universidade de Brasilia.
- Fontes, Virginia, 2005, *Reflexões Im-pertinentes*. Río de Janeiro, Bom Texto.
- Foucault, Michel, 1970, *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI.
- Gramsci, Antonio (CM), "Algunos temas de la cuestión meridional", en A. G. *Antología*, Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.
- Gramsci, Antonio (CC), *Cuadernos de la Cárcel*. México, Editorial Era, 1987.
- Gramsci, Antonio (NM), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.
- Hall, Stuart, 2003, "¿Quién necesita 'identidad'?", en S. Hall y P. du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Kebir, Sabine, 2003, "Revolução-restauração' e 'revolução passiva': conceitos de história universal", en Coutinho y de Paula Teixeira (comp.), *Ler Gramsci, entender a realidade*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira.
- Laclau, Ernesto, 2003, "Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la constitución de lógicas políticas", en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*. Buenos Aires, FCE.
- Laclau, 2005, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, C., 1987, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. España, Siglo XXI editores.
- Losurdo, Domenico, 2004, *Democracia ou Bonapartismo. Triunfo e decadência do sufrágio universal*, Río de Janeiro, Editora UFRJ/Editora UNESP.
- Merton, Robert, 1964, *Teoría y estructura social*. México, FCE.
- Nun, José, 1989, *La rebelión del coro*. Estudios sobre la racionalidad política y el sentido común. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.
- Palti, Elías, 2005, *Verdades y saberes del marxismo*, Buenos Aires, FCE.
- Phillips, Louise, 1998, "Hegemony and Political Discourse: the lasting impact of Thatcherism", *Sociology*, 32 (4).
- Portantiero, Juan Carlos, 1987, *Los usos de Gramsci*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Portelli, Hugues, 1985, *Gramsci y el bloque histórico*, México, Siglo XXI.
- Saltamacchia, Homero, 1994, "Historia de vida y reconstrucción articulada: reflexiones teórico-metodológicas a partir de una experiencia de investigación", en *Suplementos*, 45 (Círculos de reflexión latinoamericana en Ciencias Sociales. Cuestiones de teoría y método), Barcelona.
- Schütz, Alfred, 1974, *El problema de la realidad social*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Shantz, Jeffrey, 2000, "A post-sorelian theory of social movement unity: social myth reconfigured in the work of Laclau and Mouffe", *Dialectical anthropology*, vol. 25, n°1. (Institute for Critical Anthropology) INT'L Journal.
- Thernborn, Göran, 1991, *La ideología del poder y el poder de la ideología*, México, Siglo XXI.
- van Dijk, Teun, 1999, *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*, Barcelona, Gedisa.
- Zizek, Slavoj, 2003a, "El espectro de la ideología", en Zizek, *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires, FCE.
- Zizek, Slavoj, 2003b, "Lucha de clases o posmodernismo? ¡Sí, por favor!", en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*, Buenos Aires, FCE.
- Zizek, Slavoj, 2003c, "Da Capo senza Fine", en J. Butler, E. Laclau y S. Zizek, *Contingencia, hegemonía, universalidad*. Buenos Aires, FCE.

LA DESCOLONIZACION DE LA ECONOMIA POLITICA Y LOS ESTUDIOS POSTCOLONIALES

Transmodernidad, pensamiento fronterizo y
colonialidad global*

Ramón Grosfoguel**

Notas de Población, N°80, junio 2006, publicación semestral del Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE), de las Naciones Unidas, Santiago de Chile.

Postcolonialidad y sistemas mundiales: un llamado al diálogo

Repensar el mundo moderno/colonial desde la diferencia colonial modifica presupuestos importantes en nuestros paradigmas. En este punto quisiera centrarme en la implicación de la perspectiva de la “colonialidad del poder” para los paradigmas del sistema mundo y la teoría post-colonial. La mayoría de los análisis sobre el sistema mundo se centran en cómo la división internacional del trabajo y las luchas geopolíticas militares son constitutivas de los procesos de acumulación de capital a escala global. Aunque uso este enfoque como punto de partida, pensar desde la diferencia colonial nos obliga a adoptar más seriamente estrategias ideológicas/

*Extracto del artículo aparecido en *Tabula Rasa*, No.4, enero-junio de 2006, pp. 17-48, Bogotá. (Traducción del manuscrito en inglés “Decolonizing Political-Economy and Post-Colonial Studies: Transmodernity, Border Thinking, and Global Coloniality” de María Luisa Valencia)

**University of California, Berkeley, EEUU.

simbólicas así como la cultura colonial/racista del mundo moderno/colonial. El análisis del sistema mundo ha desarrollado recientemente el concepto de geocultura para referirse a las ideologías globales. Sin embargo, el uso de la "geocultura" en la perspectiva del sistema mundo está enmarcada en el paradigma marxista de la infraestructura-superestructura. Contrario a esta conceptualización, adopto estrategias ideológicas/simbólicas globales y la cultura colonial/racista como constitutivas, junto con los procesos de acumulación capitalista y el sistema interestatal, de las relaciones centro-periferia a escala mundial. Estas diferentes estructuras y procesos forman una heterarquía (Kontopoulos, 1993) de jerarquías imbricadas, heterogéneas y complejas que no puede contarse en el paradigma de la infraestructura/superestructura.

El enfoque de la postcolonialidad comparte con el del sistema mundial una crítica al desarrollismo, a las formas eurocéntricas del conocimiento, a las desigualdades de género, a las jerarquías raciales y a los procesos culturales/ideológicos que promueven la subordinación de la periferia en el sistema mundo capitalista. Sin embargo, las interpretaciones críticas de ambos enfoques hacen énfasis en determinantes diferentes. Mientras que las críticas postcoloniales hacen énfasis en la cultura colonial, la perspectiva del sistema mundo se fija en la acumulación incesante de capital a escala mundial. Mientras las críticas postcoloniales hacen énfasis en la agencia, la perspectiva del sistema mundo se centra en las estructuras. Algunos intelectuales de la teoría postcolonial, como Gayatri Spivak (1988) reconocen la importancia de la división internacional del trabajo como constitutiva del sistema capitalista mientras que algunos académicos del enfoque del sistema mundial, como Emmanuel Wallerstein reconocen la importancia de procesos culturales, como el racismo y el sexismo, como inherentes al capitalismo histórico. Sin embargo, las dos campos siguen en general divididas sobre las oposiciones binarias de cultura contra economía y la agencia contra la estructura. Esto es en parte una herencia de las «dos culturas» del conocimiento occidental, que dividen las ciencias de las humanidades, basado en el dualismo cartesiano de mente contra materia.

Con muy pocas excepciones, la mayoría de los teóricos

postcoloniales vienen de campos de las humanidades, como literatura, retórica y estudios culturales. Sólo un reducido número de intelectuales en el campo de la postcolonialidad viene de las ciencias sociales, en especial de la antropología. Por otro lado, los académicos del sistema mundo pertenecen básicamente a disciplinas de las ciencias sociales, como la sociología, la antropología, las ciencias políticas y la economía. Muy pocos vienen de las humanidades, con excepción de los historiadores, que tienden a tener más afinidades con el enfoque del sistema mundo, y muy pocos provienen de la literatura. He hecho énfasis en las disciplinas que predominan en ambos puntos de vista porque creo que estas limitaciones disciplinarias son constitutivas de algunas de las diferencias teóricas entre ambas aproximaciones.

La crítica postcolonial caracteriza el sistema capitalista como un sistema cultural. Sus partidarios creen que la cultura es el elemento constitutivo que determina las relaciones económicas y políticas en el capitalismo global (Said, 1979). De otro lado, la mayoría de los académicos del sistema mundial hacen énfasis en las relaciones económicas a escala mundial como constitutivas del sistema mundo capitalista. Las relaciones culturales y políticas se conceptualizan como instrumentales para los procesos de acumulación capitalista o como un epifenómeno de aquéllos. El hecho es que los teóricos del sistema mundo tienen dificultades para teorizar la cultura, mientras que los teóricos postcoloniales encuentran dificultades para conceptualizar los procesos político-económicos. La paradoja es que muchos académicos del sistema mundo reconocen la importancia de la cultura, pero no saben qué hacer con ella ni cómo articularla en una forma no reduccionista, mientras que muchos académicos postcoloniales reconocen la importancia de la economía política pero no saben cómo integrarla al análisis cultural sin reproducir un tipo de reduccionismo "culturalista". De este modo, ambas literaturas fluctúan entre el peligro del reduccionismo económico y el peligro del culturalismo. Los estudios postcoloniales y el análisis del sistema mundial tienen necesidad de una intervención descolonial.

Pienso que la dicotomía cultura contra economía es un dilema del "huevo o la gallina", es decir, un falso dilema, que

proviene de lo que Immanuel Wallerstein ha llamado el legado del liberalismo del siglo XIX (Wallerstein, 1991a:4). Este legado implica la división de lo económico, lo político, lo cultural y lo social como arenas autónomas. Según Wallerstein, la construcción de estas arenas "autónomas" y su materialización en esferas de conocimiento separadas, como la ciencia política, la sociología, la antropología y la economía en las ciencias sociales, así como las diferentes disciplinas en las humanidades son un resultado pernicioso del liberalismo como geocultura del sistema mundo moderno. En un juicio crítico del análisis del sistema mundo, Wallerstein afirma que: "El análisis del sistema mundo pretende ser una ciencia social crítica del siglo XIX. Pero es una crítica incompleta, inacabada. Aún no ha podido encontrar una forma de superar el legado más persistente (y falso) de la ciencia social del siglo XIX: la división del análisis social en tres arenas: tres lógicas, tres niveles: lo económico, lo político y lo sociocultural. Esta trinidad se mantiene en medio del camino, en granito, bloqueando nuestro avance intelectual. Para muchos es insatisfactorio, pero en Mi opinión nadie ha encontrado aún la forma de prescindir del lenguaje y sus implicaciones, algunas de las cuales son correctas, pero la mayoría de ellas probablemente no lo sean"(1991a:4). "Todos nosotros recurrimos al uso del lenguaje en las tres arenas en casi todo lo que escribimos. Es hora de que abordemos seriamente la cuestión... estamos persiguiendo falsos modelos y menoscabando nuestra argumentación al seguir usando dicho lenguaje. Es urgente que comencemos a elaborar modelos alternativos". (1991: 271)

Aún debemos desarrollar un nuevo lenguaje descolonial para dar cuenta de los complejos procesos en el sistema mundo moderno/colonial sin depender del viejo lenguaje liberal de las tres arenas. Por ejemplo, el hecho de que este teórico define el sistema mundo moderno como una economía mundial desorienta a muchas personas en tanto las lleva a pensar que el análisis de dicho sistema explora la llamada "lógica económica" del sistema. Éste es precisamente el tipo de interpretación que Wallerstein trata de evitar en su crítica a las esferas autónomas.

Sin embargo, como él mismo lo reconoce, el lenguaje usa-

do en el análisis sobre el sistema mundo sigue atrapado en el viejo lenguaje de la ciencia social del siglo XIX y prescindir de él es un gran reto. ¿Qué sucedería si el capitalismo fuera una economía mundial, no en el sentido limitado de un sistema económico, sino en el sentido del sistema histórico definido por Wallerstein como "una red integrada de procesos económicos, políticos y culturales, la suma de los cuales mantiene junto el sistema"? (Wallerstein, 1991a:230) Debemos hallar nuevos conceptos y un nuevo lenguaje para dar cuenta de la compleja imbricación de las jerarquías de género, raciales, sexuales y de clase en procesos globales geopolíticos, neoculturales y geoeconómicos del sistema mundo moderno/colonial donde la incesante acumulación de capital se ve afectada por estas jerarquías, está integrado por ellas, es constitutivo de ellas y está constituido por las mismas. Con el fin de hallar un nuevo lenguaje descolonial para esta complejidad, debemos ir "fuera" de nuestros paradigmas, enfoques, disciplinas y campos de trabajo. Sugiero que examinemos la noción metateórica de "heterarquías" desarrollada por el teórico social, sociólogo y filósofo griego Kyriakos Kontopoulos (1993), al igual que la noción de "colonialidad del poder" desarrollada por Anibal Quijano. (1991; 1993; 1998)

El pensamiento heterárquico (Kontopoulos, 1993) es un intento de conceptualizar estructuras sociales con un nuevo lenguaje que rompe con el paradigma liberal de la ciencia social del siglo XIX. El antiguo lenguaje de las estructuras sociales es un lenguaje de sistemas cerrados, es decir, de una sola lógica abarcante que determina una jerarquía única. Definir un sistema histórico como una "jerarquía entramada", como lo propuso Wallerstein en el informe de la Comisión Gulbenkian "Abrir las ciencias sociales", debilita el enfoque del sistema mundo al seguir usando un modelo metateórico que corresponde a sistemas cerrados, precisamente lo opuesto a lo que intenta hacer el enfoque del sistema mundo. En contraste, las heterarquías nos llevan más allá de las jerarquías cerradas para introducirnos en un lenguaje de complejidad, sistemas abiertos, imbricación de jerarquías múltiples y heterogéneas, niveles estructurales y lógicas estructuradoras. El concepto de "lógica" se redefine aquí para designar la imbricación heterogénea de estrategias de múltiples agentes.

La idea es que no se trata de una lógica autónoma ni de una sola lógica, sino de procesos múltiples, heterogéneos, imbricados y complejos dentro de una sola realidad histórica. La noción de imbricación es esencial aquí y cercana al concepto de sistemas históricos desarrollado por Wallerstein, entendidos como "redes integradas de procesos económicos, políticos y culturales". Se considera que las múltiples relaciones jerárquicas del momento están imbricadas, según Kontopoulos, o integradas, según Wallerstein; no se conserva ninguna lógica ni dominios autónomos. La noción de una sola lógica corre el riesgo de ser reduccionista, algo contrario a la idea de los sistemas complejos, mientras que la noción de múltiples lógicas corre el riesgo de ser dualista. La solución a estas cuestiones ontológicas (el dilema reduccionista/ autonomista) en el pensamiento heterárquico es ir más allá de la oposición binaria monismo/dualismo y hablar de un materialismo emergentista que implica múltiples procesos imbricados en diferentes niveles estructurales dentro de una sola realidad material histórica (que incluye lo simbólico/ideológico como parte de la realidad material). Las heterarquías conservan el uso de la noción de "lógica" sólo con propósitos analíticos con el fin de hacer ciertas diferenciaciones o abstraer ciertos procesos que una vez integrados o imbricados en un proceso histórico concreto adquieran un efecto y un significado estructurales diferentes.

El pensamiento heterárquico es un lenguaje para lo que Immanuel Wallerstein llama una nueva forma de pensamiento que puede romper con las ciencias sociales liberales del siglo XIX y centrarse en sistemas históricos complejos.

La noción de la "colonialidad del poder" también es útil en términos de descolonizar el dilema cultura versus economía. La obra de Quijano proporciona una nueva forma de pensar en este dilema que sobrepasa los límites del análisis postcolonial y el del sistema mundo. En Latinoamérica, la mayoría de los teóricos dependentistas privilegiaban las relaciones económicas en los procesos sociales a costa de las determinaciones ideológicas y culturales. La cultura era concebida por la escuela dependentista como instrumental a los procesos de acumulación capitalista. En muchos aspectos, los dependentistas y el analista del sistema mundo reproducían

algo del reduccionismo económico de los enfoques ortodoxos marxistas. Esto llevó a dos problemas: primero una subestimación de las jerarquías coloniales/raciales, y, segundo, un empobrecimiento analítico que no podía explicar las complejidades de los procesos económicos heterárquicos globales.

Las ideas de dependencia deben entenderse como parte de la "longue durée" de las ideas de la modernidad en Latinoamérica. El desarrollo autónomo nacionales es un tema ideológico central del sistema mundo moderno desde finales del siglo XVIII.

Los dependentistas reprodujeron la ilusión de que la organización y el desarrollo racionales pueden lograrse a partir del control del Estado-nación. Esto contradecía la posición de que el desarrollo y el subdesarrollo son resultado de relaciones estructurales dentro del sistema mundo capitalista. Aunque los dependentistas definieron el capitalismo como un sistema global más allá del Estado-nación, seguían creyendo que era posible desvincular o romper con el sistema mundo en el plano del Estado-nación (Frank, 1970: 11, 104, 150; Frank, 1969: capítulo 25).

Esto implicaba que un proceso socialista revolucionario en el plano nacional podía aislar el país del sistema global. Sin embargo, como lo sabemos hoy, es imposible transformar un sistema que opera a escala mundial privilegiando el control/administración del Estado-nación (Wallerstein, 1992b). Ningún control "racional" del Estado-nación alteraría la posición de un país en la división internacional del trabajo. La planeación y el control "racionales" del Estado-nación contribuyen a la ilusión desarrollista de que es posible eliminar las desigualdades de un sistema mundial capitalista desde un plano del Estado-nación.

En el sistema mundo capitalista, un Estado-nación periférico puede experimentar transformaciones en su forma de incorporación a la economía mundial capitalista, una minoría de los cuales puede incluso moverse a una posición semiperiférica.

Sin embargo, romper con el sistema total desde un plano del Estado-nación o transformarlo está más allá de su rango de posibilidades (Wallerstein, 1992a; 1992b).

Por esta razón, un problema global no puede tener una

solución nacional. Con esto no se pretende negar la importancia de las intervenciones políticas en el plano del Estado-nación. El punto aquí no es reificar el Estado-nación y entender los límites de las intervenciones políticas en este plano para la transformación a largo plazo de un sistema que opera a escala mundial. El Estado-nación, aun cuando sigue siendo una institución importante del capitalismo histórico, es un espacio limitado para las transformaciones políticas y sociales radicales. Las agencias colectivas en la periferia necesitan un alcance global para hacer una intervención política efectiva en el sistema mundo capitalista. Las luchas sociales por debajo y por encima del Estado-nación son espacios estratégicos de intervención política que a menudo se ignoran cuando el enfoque de los movimientos privilegia al Estado-nación. Las conexiones globales y locales de los movimientos sociales son cruciales para que haya intervenciones políticas efectivas. Los dependentistas descuidaron esta obligación, en parte, por su tendencia de privilegiar el Estado-nación como unidad de análisis y por el énfasis economicista de sus enfoques. Esto tuvo consecuencias políticas terribles para la izquierda latinoamericana y para la credibilidad del proyecto político dependentista.

Para la mayoría de los dependentistas y para el analista del sistema mundial, la "economía" era la esfera privilegiada del análisis social. Categorías como "género" y "raza" eran ignoradas a menudo y cuando se usaban se reducían (instrumentalizaban) a los intereses económicos o de clase. Quijano (1993) es una de las pocas excepciones a esta crítica. La "colonialidad del poder" es un concepto que busca integrar como parte del proceso heterogéneo estructural las múltiples relaciones en las que los procesos culturales, políticos y económicos se ven imbricados en el capitalismo como sistema histórico. Quijano emplea la noción de "heterogeneidad estructural" que está muy cercana a la de "heterarquía" que se analizó anteriormente. De manera similar al análisis del sistema mundo, la noción de "colonialidad" conceptualiza el proceso de colonización del continente americano y la constitución de una economía mundial capitalista como parte del mismo proceso imbricado. Sin embargo, al contrario del enfoque del sistema mundo, la "heterogeneidad estructural" de

Quijano implica la construcción de una jerarquía racial/étnica global de carácter simultáneo, coetáneo en el tiempo y el espacio, para la constitución de una división internacional del trabajo con relaciones centro-periferia a escala mundial. Desde la formación inicial del sistema mundo capitalista, la incesante acumulación de capital estuvo imbricada con ideologías globales racistas, homofóbicas y sexistas. La expansión colonial Europea fue dirigida por hombres europeos heterosexuales. Dondequiera que fueron, llevaron sus prejuicios culturales y formaron estructuras heterárquicas de desigualdad sexual, de género, clase y raza. Así, en el "capitalismo histórico", entendido como un "sistema heterárquico" o como una «estructura heterogénea», el proceso de la incorporación periférica a la acumulación incesante de capital estuvo constituido por con jerarquías y discursos homofóbicos, sexistas y raciales e imbricado con ellos. En oposición a un análisis del sistema mundo, lo que Quijano recalca con su noción de "colonialidad del poder" es que no hay una lógica de acumulación capitalista abarcante que pueda instrumentalizar las divisiones étnicas/raciales y que preceda a la formación de una cultura global, colonial, eurocéntrica. La perspectiva "instrumentalista" de la mayor parte de los análisis del sistema mundo es reductiva y sigue atrapada en el viejo lenguaje de las ciencias sociales del siglo XIX. Para Quijano, el racismo es constitutivo de la división internacional del trabajo y la acumulación capitalista a escala mundial y está imbricado con ellas. La noción de "heterogeneidad estructural" implica la coexistencia de múltiples formas de trabajo dentro de un proceso histórico. Contrario a los enfoques marxistas ortodoxos, no hay una sucesión lineal de modos de producción (esclavitud, feudalismo, capitalismo, etc.). Desde una perspectiva periférica latinoamericana, como tendencia general estas formas de trabajo se articularon todas simultáneamente en el tiempo y se imbricaron en el espacio entre formas "libres" de trabajo asignado al centro o a las poblaciones de origen europeo y formas "oprimidas" de trabajo asignadas a la periferia o a las poblaciones no europeas. La acumulación capitalista a escala mundial opera usando de manera simultánea formas diversas de trabajo divididas, organizadas y asignadas de acuerdo con la racionalidad eurocéntrica racista de

la "colonialidad del poder". Más aún, para Quijano no existe una teleología lineal entre las diferentes formas de acumulación capitalista (primitiva, absoluta y relativa, en este orden según el análisis eurocéntrico marxista). Para Quijano, las múltiples formas de acumulación también coexisten en forma simultánea, son coetáneas en el tiempo. Como tendencia a largo plazo, las formas de acumulación "violentas" (llamadas acumulación "primitiva" en el marxismo eurocéntrico) y "absolutas" predominan en la periferia no europea, mientras que las formas de acumulación "relativa" predominan en las zonas de trabajo "libre" del centro europeo.

El segundo problema con la subestimación dependista de las dinámicas culturales e ideológicas radica en que empobreció su propio enfoque político-económico.

Las estrategias ideológicas/simbólicas así como las formas de conocimiento eurocéntricas son constitutivas de la economía política del sistema mundo capitalista. Las estrategias simbólicas/ideológicas globales son un proceso de estructuración importante de las relaciones centro-periferia en el sistema mundo capitalista. Por ejemplo, los Estados del centro desarrollan estrategias ideológicas/simbólicas promoviendo las formas de conocimiento "occidentalistas" (Mignolo, 1995) que privilegiaban el "occidente sobre el resto". Esto se observa con claridad en los discursos desarrollistas que se convirtieron en una llamada forma de conocimiento «científico» en los últimos cincuenta años. Este conocimiento privilegiaba a "Occidente" como modelo de desarrollo. El discurso desarrollista ofrece una receta colonial sobre cómo convertirse en "Occidente".

Aunque los dependentistas luchaban contra estas formas de conocimiento universalistas/occidentalistas, percibían este conocimiento como una "superestructura" o un epifenómeno de alguna "infraestructura económica".

Los dependentistas nunca percibieron tal conocimiento como constitutivo de la economía política de América Latina. La creación de zonas periféricas como África y Latinoamérica, en calidad de "regiones" con un "problema" o con una "etapa de desarrollo atrasada" ocultó la responsabilidad europea y euroamericana en la explotación de estos continentes. La creación de regiones "patológicas" en la periferia en oposi-

ción a los llamados patrones de desarrollo "normal" de "Occidente" justificó una intervención política y económica aún más intensa por parte de los poderes imperiales. Al tratar al "Otro" como "subdesarrollado" y "atrasado", se justificaba la explotación y la dominación metropolitanas en nombre de la "misión civilizadora".

La superioridad atribuida al conocimiento europeo en muchas esferas de la vida era un aspecto importante de la colonialidad del poder en el sistema mundo moderno/colonial. Los conocimientos subalternos se excluían, omitían, silenciaban o ignoraban. Éste no es un llamado a una misión de rescate de la autenticidad de tipo fundamentalista o esencialista. El punto aquí es poner la diferencia colonial (Mignolo, 2000) en el centro de un proceso de producción de conocimiento. Los conocimientos subalternos son aquellos que se encuentran en la intersección de lo tradicional y lo moderno. Son formas de conocimiento híbridas, transculturales, no simplemente en el sentido del sincretismo tradicional o "mestizaje", sino en el que les da Aimé Césaire de "armas milagrosas" o lo que he llamado "complicidad subversiva" (Grosfoguel, 1996) contra el sistema. Son modalidades de resistencia que resignifican y transforman las formas de conocimiento dominantes desde el punto de vista de la racionalidad no eurocéntrica de subjetividades subalternas que piensan desde epistemologías fronterizas. Constituyen lo que Walter D. Mignolo (2000) llama una crítica de la modernidad desde las experiencias geopolíticas y las memorias de la colonialidad. Según Mignolo (2000), éste es un nuevo espacio que merece ser explorado más a fondo tanto como un nueva dimensión crítica de la modernidad/colonialidad y, al mismo tiempo, como un espacio desde donde pueden diseñarse nuevas utopías. Esto tiene implicaciones importantes para la producción de conocimiento. ¿Vamos a producir un nuevo conocimiento que repita o reproduzca la visión del ojo de dios eurocéntrica y universalista? Decir que la unidad de análisis es el sistema mundo, no el Estado-nación, no equivale a una visión del ojo de dios del mundo con pretensión de neutralidad. Creo que el análisis del sistema mundo necesita descolonizar su epistemología tomando en serio el lado subalterno de la diferencia colonial: el lado de la periferia, los trabajadores, las mujeres, los

sujetos racializados/coloniales, los homosexuales y lesbianas y los movimientos antisistémicos en el proceso de producción de conocimiento. Esto significa que aunque el sistema mundo tome el globo como unidad de análisis, está pensando desde una perspectiva particular en el mundo. Sin embargo, el análisis del sistema mundo no ha hallado un camino para incorporar conocimientos subalternos en procesos de producción de conocimiento. Sin ello no puede haber descolonización del conocimiento ni utopística más allá del eurocentrismo. La complicidad de las ciencias sociales con la colonialidad del poder en la producción del conocimiento y en los diseños globales imperiales hace un llamado a nuevos lugares institucionales y no institucionales desde los cuales lo subalterno puede hablar y ser escuchado.

Pensamiento fronterizo

Hasta aquí, la historia del sistema mundo moderno/colonial capitalista/patriarcal ha privilegiado la cultura, el conocimiento y la epistemología producidas por Occidente (Spivak, 1988; Mignolo, 2000). Ninguna cultura en el mundo permaneció intocada por la modernidad europea. No hay un afuera absoluto en este sistema.

El monologismo y el diseño global monotópico de Occidente se relaciona con otras culturas y personas desde una posición de superioridad y es sorda a las cosmologías y epistemologías del mundo no occidental.

La imposición del cristianismo con el fin de convertir los llamados salvajes y bárbaros en el siglo XVI, seguido de una imposición del "deber del hombre blanco" y la "misión civilizadora" en los siglos XVIII y XIX, la imposición del "proyecto desarrollista" en el siglo XX y, más recientemente, el proyecto imperial de las intervenciones militares bajo la retórica de la "democracia" y los "derechos humanos" en el siglo XXI, todas han sido impuestas mediante el militarismo y la violencia bajo la retórica de la modernidad que habla de salvar al otro de sus propios barbarismos. Dos respuestas a la imposición colonial eurocéntrica son los nacionalismos y fundamentalismos del tercer mundo. El nacionalismo ofrece soluciones eurocéntricas a un problema eurocéntrico global. Reproduce la colonialidad del poder interna en cada Estado-nación

y reifica el Estado-nación como el lugar privilegiado del cambio social (Grosfoguel, 1996). Las luchas por encima y por debajo del Estado-nación no se consideran estrategias políticas nacionalistas. Más aún, las respuestas nacionalistas al capitalismo global refuerzan el Estado-nación como forma política institucional por excelencia del sistema mundo moderno/colonial capitalista/patriarcal. En este sentido, el nacionalismo es cómplice del pensamiento y las estructuras políticas eurocéntricas. De otro lado, los fundamentalismos de diferentes tipos del tercer mundo responden a la retórica de un «espacio exterior puro» esencialista o de una "exterioridad absoluta" la modernidad. Son fuerzas "modernas antimodernas" que reproducen las oposiciones binarias del pensamiento eurocéntrico. Si este pensamiento asevera que la "democracia" es un atributo natural occidental, los fundamentalismos del tercer mundo aceptan esta premisa eurocéntrica y aseguran que la democracia no tiene nada que ver con lo no occidental. De esta forma, es un atributo europeo inherente impuesto por occidente. Ambos niegan el hecho de que muchos de los elementos que hoy consideramos hacen parte de la modernidad, como la democracia se formaron en una relación global entre el Occidente y el no Occidente. Los europeos tomaron mucho de su pensamiento utópico de los sistemas históricos no occidentales que encuentran en las colonias y se los apropiaron como parte de la modernidad eurocentrada. Los fundamentalismos del tercer mundo responden a la imposición de la modernidad eurocentrada como un diseño global/imperial con una modernidad antimoderna eurocéntrica, jerárquica, autoritaria y antidemocrática como la anterior.

Una de las muchas soluciones plausibles al dilema eurocéntrico contra fundamentalista es lo que Walter Mignolo, siguiendo a pensadores chicanos(as) como Gloria Anzaldúa (1987) y José David Saldivar (1997), llama el "pensamiento fronterizo crítico" (Mignolo, 2000). Dicho pensamiento es la respuesta epistémico de lo subalterno al proyecto eurocéntrico de modernidad. En lugar de rechazar la modernidad para retirarse en un absolutismo fundamentalista, las epistemologías fronterizas subsumen/redefinen la retórica emancipatoria de la modernidad desde las cosmologías y las epistemologías de lo subalterno, localizado en el lado oprimido y ex-

plotado de la diferencia colonial, hacia una lucha por la liberación descolonial por un mundo más allá de la modernidad eurocentrada. Lo que el pensamiento fronterizo produce es una redefinición/subsunción de la ciudadanía, la democracia, los derechos humanos, la humanidad, las relaciones económicas más allá de las estrechas definiciones impuestas por la modernidad europea. El pensamiento fronterizo no es un fundamentalismo antimoderno. Es una respuesta descolonial transmoderna de lo subalterno a la modernidad eurocéntrica.

Un buen ejemplo de esto es la lucha zapatista en México. Los zapatistas no son fundamentalistas antimodernos. No rechazan la democracia ni se encierran en cierta forma de fundamentalismo indígena. Por el contrario, los zapatistas aceptan la noción de democracia, pero la redefinen desde la práctica y las cosmología indígenas, definiéndola como "el que quiera mandar debe obedecer" o "todos somos iguales porque todos somos distintos". Lo que parece ser una consigna paradójica es en realidad una redefinición crítica de la democracia a partir de las prácticas, las cosmologías y las epistemologías de lo subalterno. Esto nos lleva a la cuestión de cómo trascender el monólogo imperial establecido por la modernidad europeo-céntrica.

Transmodernidad o cosmopolitanismo crítico como proyectos utópicos

No puede lograrse un diálogo intercultural Norte-Sur sin una descolonización de las relaciones de poder en el mundo moderno. Un diálogo horizontal en oposición al monólogo vertical de Occidente requiere una transformación en las estructuras globales de poder. No podemos asumir un consenso habermasiano o una relación horizontal igual entre culturas y pueblos divididos en los dos polos de la diferencia colonial. Sin embargo, podemos empezar imaginando mundos alternativos más allá del eurocentrismo y el fundamentalismo. La transmodernidad es el proyecto utópico del filósofo de la liberación latinoamericano Enrique Dussel para trascender la versión eurocéntrica de la modernidad (Dussel, 2001). En oposición al proyecto de Habermas de que lo que necesita hacerse es completar el proyecto incompleto de la modernidad, la

transmodernidad de Dussel es el camino para completar el proyecto de descolonización inconcluso e incompleto en el siglo XX. En lugar de una sola modernidad centrada en Europa e impuesta como un diseño global al resto del mundo, Dussel aboga por una multiplicidad de respuestas críticas descoloniales a la modernidad eurocentrada desde las culturas subalternas y el lugar epistémico de los pueblos colonizados en todo el mundo.

En la interpretación que Walter Mignolo hace de Dussel, la transmodernidad sería equivalente a la "diversidad como proyecto universal", lo cual es resultado de un "pensamiento fronterizo crítico" como una intervención epistémica desde, los subalternos diversos (Mignolo, 2000). Las epistemologías subalternas podrían proporcionar, siguiendo al redefinición que hace Walter Mignolo (2000) del concepto del pensador caribeño Edward Glissant, una "diversidad" de respuestas a los problemas de la modernidad que conduce a la "transmodernidad".

Para Dussel, la filosofía de la liberación sólo puede venir de pensadores críticos de cada cultura en diálogo con otras culturas. Una implicación es que las diversas formas de democracia, derechos civiles o liberación femenina sólo pueden salir de las respuestas creativas de las epistemologías locales subalternas. Por ejemplo, las mujeres occidentales no pueden imponer su noción de liberación a las mujeres islámicas. Los hombres occidentales no pueden imponer su noción de democracia a los pueblos no occidentales. Este no es un llamado a una solución fundamentalista o nacionalista a la persistencia de la colonialidad ni un particularismo parroquial.

Es un llamado a un pensamiento fronterizo crítico como estrategia o mecanismo hacia un "mundo transmoderno" descolonizado como un proyecto universal que nos lleva más allá del eurocentrismo y el fundamentalismo.

Durante los últimos 510 años del "sistema mundo europeo /euroamericano capitalista/patriarcal moderno/colonial» pasamos del "cristianízate o te disparo" del siglo XVI al "civilízate o te disparo" del siglo XIX, al "desarróllate o te disparo" del siglo XX, al "neoliberalízate o te disparo" de finales del mismo siglo y al "democratízate o te disparo" de comienzos del XXI. Sin respeto ni reconocimiento a las formas de demo-

cracia indígenas, africanas, islámica u otras no europeas. La forma liberal de la democracia es la única aceptada y legitimada. Las formas de alteridad democrática son rechazadas. Si la población no europea no acepta los términos euroamericanos de la democracia liberal entonces se les imponen por la fuerza en nombre de la civilización y el progreso. Es preciso reconceptualizar la democracia en una forma transmoderna con el fin de descolonizarla de la democracia liberal, es decir, de la forma de democracia de occidente, racializada y centrada en el capitalismo.

Al radicalizar la noción levinasiana de la exterioridad, Dussel ve un potencial radical en los espacios relativamente exteriores no colonizados por completo por la modernidad europea. Estos espacios exteriores no son puros o absolutos. Han sido afectados y producidos por la modernidad europea, pero nunca subsumidos o instrumentalizados por completo. Es desde la geopolítica del conocimiento de esta exterioridad relativa, o estos márgenes, que surge el "pensamiento fronterizo crítico" como una crítica a la modernidad hacia un mundo transmoderno pluriverbal (Mignolo, 2000) de proyectos ético-políticos múltiples y diversos en los que podría existir un diálogo y una comunicación horizontales reales entre todos los pueblos del mundo. Sin embargo, para alcanzar este utópico proyecto es fundamental transformar los sistemas de dominación y explotación del patrón de poder colonial actual del sistema mundo moderno/colonial capitalista/patriarcal.

Las luchas anticapitalistas hoy

La perniciosa influencia de la colonialidad en todas sus expresiones a diferentes niveles (global, nacional, local), así como sus conocimientos eurocéntricos se han reflejado en movimientos antisistémicos y pensamiento utópico por todo el mundo. Así, la primera tarea del proyecto de izquierda renovada es confrontar las colonialidades eurocéntricas no sólo de la derecha sino también de la izquierda. Por ejemplo, muchos proyectos izquierdistas dentro de sus organizaciones y cuando estuvieron en control de las estructuras estatales subestimaron las jerarquías raciales/étnicas y reprodujeron la dominación blanca/eurocentrada sobre los pueblos no europeos. La "izquierda" internacional nunca problematizó en

forma radical las jerarquías raciales/étnicas creadas durante la expansión colonial europea y que siguen presentes en la "colonialidad del poder" mundial. Ningún proyecto radical puede tener éxito hoy sino desmantela estas jerarquías coloniales/raciales.

La subestimación del problema de la colonialidad ha contribuido en gran medida a la desilusión popular con los proyectos "izquierdistas". No puede alcanzarse por completo una democracia (liberal o radical) si la dinámica colonial/racista mantiene una gran parte o, en algunos casos, a la mayoría de la población como ciudadanos de segunda clase.

La perspectiva que aquí se articula no es una defensa de la "política de la identidad". Las identidades subalternas podrían servir como un punto de partida epistémico para una crítica radical a los paradigmas y las formas de pensar eurocéntricos. Sin embargo, "la política de la identidad" no equivale a la alteridad epistemológica. El alcance de la "política de la identidad" es limitado y no puede lograr una transformación del sistema y de su patrón de poder colonial. Dado que todas las identidades modernas son una construcción de la colonialidad del poder en el mundo moderno/colonial, su defensa no es tan subversiva como podría parecer a primera vista. Las identidades "negra", "indígena", "africana" o las nacionales como la "colombiana", "keniana" o "francesa" son construcciones coloniales. La defensa de estas identidades podría servir a algunos propósitos progresivos dependiendo de lo que esté en juego en ciertos contextos. Por ejemplo, en las luchas contra una invasión imperialista o en las pugnas antirracistas contra la supremacía blanca estas identidades pueden servir para unificar a los oprimidos contra un enemigo común. Pero la política de la identidad sólo atiende las metas de un solo grupo y demanda igualdad dentro del sistema en lugar de desarrollar una lucha radical anticapitalista contra el sistema. El sistema de explotación es un espacio de intervención crucial que requiere alianzas más amplias a lo largo de líneas no sólo raciales y de género, sino también a lo largo de líneas de clase y entre una diversidad de grupos oprimidos en torno a la radicalización de la noción de igualdad social. Pero en lugar de la noción de igualdad, limitada, abstracta y formal, de la modernidad eurocéntrica, la idea aquí

es extender la noción de igualdad a toda relación de opresión, como la racial, de clase, sexual o de género. El nuevo universo de significado o el nuevo imaginario de la liberación necesita un lenguaje común a pesar de la diversidad de culturas y de formas de opresión. Este lenguaje común puede ofrecerse radicalizando las nociones liberatorias que surgen del patrón de poder moderno/colonial, como la libertad (de prensa, credo o expresión), las libertades individuales o la igualdad social y que los vinculan a la democratización radical de las jerarquías políticas, epistémicas, de género, sexuales, espirituales y económicas a escala global.

La propuesta que hace Quijano (2000) de una "socialización del poder" en oposición a una "nacionalización estatista de la producción" es crucial aquí. En lugar de de proyectos "socialistas de Estado" o "capitalistas de Estado" centrados en la administración del Estado y en las estructuras de poder jerárquicas, la estrategia de la "socialización del poder" en todas las esferas de la existencia social privilegia las luchas globales y locales de las formas colectivas de autoridad pública.

Las comunidades, empresas, escuelas, hospitales y todas las instituciones que en la actualidad regulan la vida social estarían autoadministradas por la gente bajo la meta de extender la igualdad social y la democracia a todos los espacios de la existencia social. Es un proceso de empoderamiento y una democratización radical desde abajo que no excluye la formación de instituciones públicas globales para democratizar y socializar la producción, la riqueza y los recursos a escala mundial.

La socialización del poder implicaría también la formación de instituciones globales más allá de los límites nacionales o estatales para garantizar la justicia y la igualdad social en la producción, reproducción y distribución de los recursos mundiales.

Esto implicaría cierta forma de organización democrática global autoadministrada que funcionaría como una autoridad global colectiva para garantizar la justicia y la equidad sociales a escala mundial. La socialización del poder en los planos local y global implicaría la formación de una autoridad pública que está por fuera de las estructuras estatales y contra ellas.

Basándose en las antiguas comunidades indígenas de los Andes y en las nuevas comunidades marginales urbanas en las que la reciprocidad y la solidaridad son las principales formas de interacción social, Quijano ve el potencial utópico de una alternativa social privada a la propiedad privada y un público alternativo no estatal que esté por fuera de las nociones eurocéntricas capitalistas/socialistas de lo público y lo privado. Este público no estatal (en oposición a la equivalencia de lo estatal y lo público en las ideologías liberal y socialista) no está, según Quijano, en contradicción con un privado social (en oposición a la propiedad privada capitalista y corporativa). Lo privado social y su autoridad pública institucional no estatal no están en contradicción con las libertades personales/individuales y el desarrollo colectivo. Uno de los problemas con los discursos liberales y socialistas es que el Estado es siempre la institución de la autoridad pública que está en contradicción con el desarrollo de un crecimiento alternativo "privado" y de los "individuos".

Los proyectos desarrollistas que se centran en cambios de políticas a nivel del Estado-nación son obsoletos en la economía mundial de hoy en día y desembocan en ilusiones desarrollistas. No puede darse una "solución nacional" a un sistema de explotación y dominación que funciona a escala global como lo hace el sistema mundo capitalista. Un problema global no puede resolverse en el plano del Estadonación.

Requiere soluciones descoloniales globales. Así, la descolonización de la economía política del sistema mundo moderno/colonial capitalista /patriarcal requiere la erradicación de la transferencia continua de riqueza del Sur al Norte y la institucionalización de la redistribución global y la transferencia de riqueza de Norte a Sur. Después de siglos de "acumulación por expropiación" (Harvey, 2003), el Norte tiene una concentración de riqueza y recursos inaccesible al Sur.

Los mecanismos globales de redistribución de riqueza de Norte a Sur podrían implementarse mediante la intervención directa de organizaciones internacionales o imponiendo gravámenes a los flujos globales de capital. Sin embargo, esto requeriría una lucha de poder descolonial global a escala mundial cuyo propósito fuera transformar el patrón de poder colonial global y, en consecuencia, transformar el sistema

mundo moderno/colonial capitalista/patriarcal. El Norte es reacio a compartir la concentración y la acumulación de riqueza producida por el trabajo no europeo del Sur después de siglos de explotación y dominación de los últimos por parte de los primeros. Incluso hoy, las políticas neoliberales representan una continuación de la "acumulación por expropiación" (Harvey, 2003) iniciada por la expansión colonial europea con la conquista del continente americano en el siglo XVI. Muchos países periféricos fueron despojados de su riqueza y sus recursos nacionales durante los últimos veinte años del neoliberalismo a escala mundial bajo la supervisión y la intervención directas del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Estas políticas han llevado a la bancarrota a muchos países en la periferia y han causado la transferencia de riqueza del Sur hacia corporaciones transnacionales e instituciones financieras en el Norte. El espacio de maniobra para las regiones periféricas es muy limitado dadas las limitaciones a la soberanía que ha sido impuesta a los Estados-nación periféricos por el sistema interestatal global. En suma, la solución a las desigualdades globales requiere imaginar alternativas utópicas descoloniales globales anticapitalistas más allá de las formas de pensamiento binarias fundamentalistas eurocéntricas, nacionalistas y colonialistas así como las fundamentalistas del Tercer Mundo.

Hacia un proyecto de "diversalidad anticapitalista descolonial, universal y radical"

La necesidad de un lenguaje crítico común de descolonización requiere una forma de universalidad que haya dejado de ser un diseño global/universal monológico, monotópico e imperial, de la derecha o la izquierda, impuesto por persuasión o por la fuerza al resto del mundo en nombre del progreso y la civilización. Llamaré a esta nueva forma de universalidad una "diversalidad radical universal descolonial anticapitalista" como proyecto de liberación. En oposición a los universales abstractos de las epistemologías eurocéntricas, que subsumen/diluyen lo particular en lo mismo, una "diversalidad radical universal descolonial anticapitalista" es un universal concreto que construye un universal descolonial respetando las múltiples particularidades locales en las luchas

contra el patriarcado, el capitalismo, la colonialidad y la modernidad eurocentrada desde una diversidad de proyectos históricos descoloniales epistémicos/éticos. Esto representa una fusión entre la "transmodernidad" de Dussel y la "socialización del poder" de Quijano. La transmodernidad de Dussel nos conduce a lo que Walter Mignolo (2000) ha descrito como "la diversalidad como proyecto universal" para descolonizar la modernidad eurocentrada, mientras que la socialización del poder de Quijano aboga por una nueva forma de imaginario universal radical anticapitalista que descolonice las perspectivas marxistas/socialistas de sus límites eurocéntricos. Tal lenguaje común debe ser anticapitalista, antipatriarcal, antiimperialista y contra la colonialidad del poder hacia un mundo donde el poder esté socializado, pero abierto a una diversalidad de formas institucionales de socialización del poder dependiendo de las diferentes respuestas éticas/epistémicas descoloniales de grupos subalternos en el sistema mundial. El llamado de Quijano hacia una socialización del poder podría convertirse en otro universal abstracto que conduzca a un diseño global si no se redefine y reconfigura desde una perspectiva transmoderna. Las formas de las luchas anticapitalistas y la socialización del poder que emergen de los pueblos indígenas en toda América o de los Bantúes en África Occidental. Todos ellos comparten un proyecto descolonial anticapitalista, antipatriarcal y antiimperialista, pero ofreciendo formas institucionales y concepciones diversas al proyecto de socialización del poder según sus epistemologías diversas y múltiples. Reproducir los diseños globales socialistas eurocéntricos del siglo XX, que partieron de un centro unilateral epistémico y eurocentrado simplemente repetiría los errores que llevaron a la izquierda a un desastre global. Éste es un llamado a un universal que sea pluriversal (Mignolo, 2000), a un universal concreto que incluiría todas las particularidades epistémicas hacia un universal que incluya todas las particularidades epistémicas hacia una "socialización del poder descolonial transmoderna". Como dicen los zapatistas, "luchar por un mundo donde otros mundos sean posibles".

Bibliografía

- Anzaldúa, Gloria, 1987, *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza*, San Francisco: Spinsters/ Aunt Lute.
- Dussel, Enrique, 2001, *Hacia una filosofía política crítica*, Bilbao, Desclée de Brouwer.
- Grosfoguel, Ramón, 1996, "From Cepalismo to Neoliberalism: A World-System Approach to Conceptual Shifts in Latin America", *Review*, 19 (2), pp. 131-154.
- Harvey, David, 2003, *The New Imperialism*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.
- Kontopoulos, Kyriakos, 1993, *The Logic of Social Structures*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Mignolo, Walter, 1995, *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality and Colonization*, Ann Arbor, The University of Michigan Press.
- Mignolo, Walter, 2000, *Local Histories/Global Designs: Essays on the Coloniality of Power, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton, Princeton University Press.
- Quijano, Anibal, 1993, "Raza, etnia y nación en Mariátegui", en Roland Forgues, ed., *José Carlos Mariátegui y Europa: El Otro Aspecto del Descubrimiento*. Lima: Amauta S.A., 167-187.
- Quijano, Anibal, 2000, "Coloniality of Power, Ethnocentrism, and Latin America", *Nepantla*, vol. 1, No. 3: 533-580.
- Said, Edward, 1979, *Orientalism*, N. York, Vintage Books.
- Saldívar, José David, 1997, *Border Matters*, Berkeley, University of California Press.
- Spivak, Gayatri, 1988, *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*, N. York, Routledge, Kegan and Paul.
- Wallerstein, Immanuel, 1991a, *Unthinking Social Science*, Cambridge, Polity Press.
- Wallerstein, Immanuel, 1992b, "The Collapse of Liberalism", en Ralph Miliband and Leo Panitch, *The Socialist Register 1991*, The Merlin Press, London, 96-110.

LA ECOLOGIA POLITICA DE MARIATEGUI

Buscando una herencia en Lima

Héctor Alimonda*

"Con previo fervor y una misteriosa lealtad". Es ésta la actitud, según Jorge Luis Borges, con la que nos aproximamos a la lectura de "los clásicos". Y es ésta la predisposición de lectura que continúa provocándonos la obra de José Carlos Mariátegui, tanto sus textos profusos, informados e inspirados como la producción de su "editorialismo programático" (Beiguel, 2003).

Sin duda, la obra de esos "clásicos" está inscrita en un tiempo determinado. Sin embargo, lo que constituye su potencialidad es su carácter reverberante, su proyección más allá de su tiempo. Con seguridad, es éste el carácter de la obra de Mariátegui, como autor y como editor. Decididamente enraizada en su época, al mismo tiempo nos continua interpelando, continúa abriendo interrogantes y, sobre todo, intercambia ecos

**Profesor del Curso de Postgrado en Ciencias Sociales, Universidad Federal Rural de Río de Janeiro; investigador de FLACSO Brasil y coordinador del Grupo de Trabajo en Ecología Política del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

con los problemas del presente, a ochenta años de distancia.

Sirvan estas consideraciones para matizar, entonces, el riesgo de anacronismo en que pueden caer las exploraciones que vienen a seguir. Son inquietudes del presente las que nos convocan, pero para responderlas creemos que no podemos desechar la herencia dejada por José Carlos Mariátegui y sus compañeros de generación. En el escenario actual, frente a la agresividad del proyecto de reorganización global de las sociedades y de la naturaleza, se manifiesta la eclosión también global de movimientos plurales que podríamos denominar anti-sistémicos, y cuya unidad efectiva está dada precisamente por el ímpetu de los procesos de globalización. Diferentes foros sociales, mundiales y regionales, por ejemplo, han dado cita a esta pluralidad de actores y han constituido al mismo tiempo un palco y una caja de resonancia para sus reivindicaciones.

Pero con demasiada frecuencia, el entusiasmo provocado por esta aparición de pluralidades críticas produce una especie de espejismo de la propia novedad. La diversidad de situaciones y la multiplicidad de experiencias que son convocadas simultáneamente, porque están siendo agredidas al mismo tiempo por la misma lógica de la mercantilización de lo inmercantizable, el propio espectáculo del movimiento, por decirlo de alguna forma, produce un efecto apariencial de absoluta novedad, en muchos registros, inclusive en el epistemológico. Sin duda, la experiencia histórico-social de lo que podríamos denominar “el movimiento de movimientos” es nueva; al mismo tiempo, no es nueva la globalización capitalista, como no son nuevos los procesos de mercantilización de la naturaleza y de los seres humanos. Es así que nos parece de una importancia estratégica, no solo teórica, sino también política, asumir como nuestra la herencia crítica del pensamiento latinoamericano, continuar haciendo preguntas a nuestros clásicos, dejar que ellos mismos desafíen a nuestras arduas certezas del presente. Esto supone, desde luego, un punto de lectura al mismo tiempo laico y plural, justamente informado de la historicidad de nuestra tradición, para no caer en anacronismos simplificadores y en última instancia dogmáticos.

Esta convicción se fundamenta en dos perspectivas si-

multáneas y convergentes. Desde un punto de vista político, creemos que nada puede ser más peligroso que el autodeslumbramiento que produce el creer que se está inaugurando un momento absolutamente novedoso en la historia. Así como la humanidad se enfrenta con la globalización mercantilizante desde hace siglos, el “movimiento de movimientos” es heredero, aunque no por filiación directa, de una enorme pluralidad de esfuerzos parciales de resistencia, de diferente magnitud, grado de elaboración intelectual, destino, etc. (que constituyen, en última instancia, la propia historia de la humanidad en los últimos 500 años, que no es la historia del capital). El lugar donde nos asentamos hoy tiene también una profunda densidad histórica, y esa densidad es el fundamento posible de todas las nuevas utopías que puedan ser imaginadas.

La otra perspectiva que propongo, la clave de lectura a partir de la cual abro hoy las páginas escritas por José Carlos Mariátegui o las editadas en *Amauta* es la de la Ecología Política. Desde hace un tiempo, soy coordinador de una comunidad intelectual, el Grupo de Trabajo en Ecología Política del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Desde ese lugar oriento mi diálogo con José Carlos Mariátegui y con la generación de *Amauta*. Voy a comenzar revisando un poco esa experiencia, para establecer las bases de ese diálogo.

En las ciencias sociales, donde no es posible formular paradigmas organizadores del conocimiento, como en las ciencias de la naturaleza, el pensamiento de los “clásicos” constituye el fundamento de la interdiscursividad posible de todo el campo del conocimiento. Habrá tantas listas posibles de clásicos como sectores del conocimiento o como trayectorias intelectuales individuales, inclusive, pero la acumulación del conocimiento sobre la sociedad como tarea colectiva exige la referencia, desde luego que con un sentido crítico, no escolástico, a una trama discursiva compartida, aunque sea resignificada según diferentes estrategias de disputa epistemológica y política.

Para poner un ejemplo: ¿Cómo introducir legítimamente la problemática referida a las relaciones complejas entre sociedad y naturaleza en las ciencias sociales latinoameri-

canas? Una estrategia posible y pretenciosa sería anunciar que estamos aquí con algo decididamente nuevo, que hasta ahora no fue reflexionado por el pensamiento social de la región. Realizaríamos eventos y publicaciones a partir de una perspectiva de ruptura, marcando nuestras diferencias con el resto del campo intelectual. Pero quedaríamos configurados como un sector particular de ese campo, y en cuanto tales sujetos a la “moral del espectáculo” y, por lo tanto, a ser posiblemente superados como una “moda” intelectual.

Por temperamento y convicción, hemos preferido orientar el trabajo del GT CLACSO en otra dirección. Por un lado, abriendo un diálogo crítico con las reflexiones de los clásicos de las ciencias sociales, incluyendo a los latinoamericanos, para esclarecer su posible rescate (o su inaplicabilidad) en la perspectiva de la Ecología Política contemporánea. Esta opción permitiría un intercambio efectivo con el conjunto de la reflexión de las ciencias sociales latinoamericanas, contribuyendo así a la implantación de nuestra problemática en sus perspectivas teóricas.

Por otro lado, intentamos estimular la producción de trabajos originales sobre procesos sociales del presente y del pasado, que al mismo tiempo que vayan constituyendo y acumulando un *corpus* del campo de la Ecología Política, llamen la atención para el hecho de que la problematización de las relaciones sociedad/naturaleza *no trata apenas de una reflexión particular y novedosa de algunos intelectuales*, sino de una perspectiva epistemológica que, de alguna forma, debería atravesar transversalmente (como también la problemática de género) al conjunto de la reflexión de las ciencias sociales.

La ecología política de *Amauta*

Aquí corresponde una observación preliminar. La época de Mariátegui y de *Amauta* está marcada por una profunda reacción antipositivista. Recordemos una vez más que es también en esos años cuando se origina el denominado “marxismo occidental”, con su énfasis en la capacidad de la iniciativa humana para intervenir en la historia, y con su desconfianza en relación al peso fatal de las determinaciones materiales (Alimonda, 1983). No era, entonces, la época más apropiada, por lo menos en nuestro espacio geo-histórico,¹ como

para desarrollar una reflexión sobre las relaciones sociedad/naturaleza mediadas por el poder, objeto central de la ecología política. El tono de la época, en todo caso, era un rotundo culturalismo, y confieso que mi búsqueda en las páginas de *Amauta* resultó (tal como yo temía) infructuosa. Lo que me resultó algo más inesperado, y que en todo caso viene a confirmar el tono culturalista de la época, es que esa misma atmósfera se encuentra en las páginas de los libros de Hildebrando Castro Pozo, miembro del Partido Socialista y referente fundamental de Mariátegui para los temas de la agricultura comunitaria andina (Castro Pozo, 1979, 1973). Las minuciosas exposiciones de Castro Pozo adoptan la forma de una narrativa etnológica culturalista, e incluyen muy poca información sobre lo que hoy llamaríamos “ecología humana”² de las comunidades andinas, o inclusive referencias estrictamente agronómicas sobre la vida material de las mismas.

Pero esto apenas significa que la Ecología Política de José Carlos Mariátegui y de la generación de *Amauta* debe ser buscada en otro lugar. No es explícita en el contenido de los 32 números de *Amauta*, pero puede ser reconstruida implícitamente en el proyecto ético-político del editorialismo programático de Mariátegui y de su generación, que incluye también al *Boletín de Defensa Indígena*, a *Claridad*, a *Labor* y a otras publicaciones, donde una y otra vez se reiteran informaciones sobre conflictos vinculados a las condiciones concretas de existencia de los sectores populares.³

La crítica al modelo de desarrollo seguido por el Perú independiente, la desconfianza en relación a los efectos de ese modelo para las masas populares, la incorporación de valores éticos como ordenadores de la crítica económico-social de lo realmente existente y como predicados esenciales para la formulación de modelos alternativos de modernidad, el enraizamiento del socialismo en tierras americanas a partir del pasado indígena, la recuperación de formas comunitarias de vida y organización de la producción como parte sustancial de ese socialismo latinoamericano a ser inventado: creemos que hay allí delineada una ecología política abierta al diálogo con nuestros desafíos de los días actuales.

El proyecto de Amauta y el ecologismo popular

Joan Martínez Alier es uno de los autores más caracterizados del campo intelectual de la Ecología Política, especialmente en lengua castellana. A él debemos algunas reflexiones sobre la cuestión del ecologismo popular (o “ecologismo de los pobres”) que, nos parece, constituyen una de las principales vías de acceso a la ecología política implícita en la obra de José Carlos Mariátegui y en el proyecto de *Amauta*.

Martínez Alier (1995, 2005) embiste contra la falacia o lugar común que supone que las reivindicaciones ecologistas y el movimiento ambiental serían un producto típico de sociedades desarrolladas, en las cuales, resueltos todos los problemas básicos de ciudadanía política, social y económica, los sujetos sociales, en situación de cómoda abundancia y con su futuro personal asegurado, se interesarían ahora por otras dimensiones de la vida en el planeta. Una versión radical de este argumento supone que el ambientalismo surgiría en función de la difusión de valores post-materialistas.

Hay parte de verdad en estos argumentos, pero el problema es que confunden los síntomas con la explicación. De cualquier forma, no es nuestro tema entrar en esa discusión. Lo que nos interesa es subrayar que al aceptar esta interpretación, las reivindicaciones ambientales en los países periféricos quedan automáticamente deslegitimadas, como “ideas fuera de lugar”. Sería necesario que primero “creciera la torta” del desarrollo para que después fuera legítimo preocuparse por la naturaleza (y por la justicia social, y por la educación, y por las condiciones de vida y trabajo, etc.).

El giro radical propuesto por Martínez Alier, nos parece, reproduce las operaciones de Mariátegui para fundamentar la posibilidad legítima de una propuesta socialista en el Perú de su época. A partir de los registros históricos y de la supervivencia de tradiciones comunitarias indígenas, Mariátegui atribuye un carácter socialista a la antigüedad peruana. Así, el socialismo deja de ser una importación cosmopolita y un ideal postergable indefinidamente, y pasa a echar raíces efectivas en la realidad peruana y latinoamericana. De la misma forma, reconocer la presencia de la dimensión ambiental en nuestra historia otorga una genealogía densa y profunda a las reivindicaciones del presente.

La ecología política latinoamericana, recordemos, tiene una relación teórica y epistemológica estrecha con la historia ambiental de la región. La conquista de América por los europeos, en especial, con la consecuente catástrofe humana y ambiental que asoló pueblos, especies y ecosistemas americanos, es uno de sus temas preferidos de reflexión, y podría decirse que constituye el punto de partida de la identidad continental (Alimonda, 2006). La constitución del orden colonial, por su parte, implicó en el montaje de dispositivos de dominación social que, con componentes decisivos de opresión cultural y racial, regularon la relación de los diferentes sectores sociales con los recursos naturales, especialmente la tierra. De esa forma, en el análisis de la formación histórica de los países americanos, la historia ambiental y la ecología política se encuentran, se realimentan mutuamente y constituyen claves estratégicas de interpretación.

Protagonista de la elaboración de este campo intelectual y político, Martínez Alier llama la atención para lo que denomina “ecologismo de los pobres”, que nosotros preferimos llamar “ecologismo popular”. Lo que ha sucedido es que durante el siglo XX lo ambiental apareció identificando conflictos, reivindicaciones y movimientos específicos. Pero esos conflictos, reivindicaciones y movimientos existieron siempre en la historia. Lo que sucedió es que no siempre esos contenidos fueron explícitos en la conciencia y en la discursividad de los actores que los protagonizaron. Cuando lo ambiental adquiere visibilidad autónoma (siempre relativa, por otra parte, ya que la ecología humana es política) se vuelve posible para nosotros, con el auxilio de la historia ambiental y de la ecología política, releer procesos del pasado y del presente a partir de esas claves.

En este punto, aparecen autores como Rosa Luxemburgo y Karl Polanyi. Si lo decisivo en los orígenes del capitalismo es la transformación de seres humanos y naturaleza en mercaderías ficticias, las luchas de resistencia contra estos procesos de mercantilización pasan a adquirir una nueva dimensión trascendental. Ya no se trata de resistencias en nombre de la negación del progreso, como pretendió la hegemonía del iluminismo liberal y del marxismo normatizado. Es posible leerlas ahora como formas de resistencia basadas

en la defensa de formas tradicionales de organización social para el uso y disposición de los recursos humanos y naturales, frente a los embates de la mercantilización.

Un gran momento para la observación histórica de estos procesos sería la revolución industrial inglesa, y el verdadero cataclismo social que provocó. Toda una tradición de la excelente historiografía británica se ha dedicado a reconstruir las resistencias populares de la época, en la forma de la defensa de una “economía moral”, donde una ética colectiva presidía y regulaba las relaciones sociales y ambientales, en nombre de la preservación de valores básicos de convivencia (Thompson, 1979, 1998).

Claro está que la misma lógica está siendo aplicada para la interpretación de la formación histórica de los países latinoamericanos. Eso permite trazar genealogías y continuidades entre las luchas de los pueblos indígenas a lo largo de quinientos años de su historia y los conflictos y desafíos del presente. No se trata de reescribir ahora toda la historia como conflicto ambiental, sino de reconocer la presencia de estas dimensiones, aunque no fueran explícitas, en diferentes momentos y procesos de nuestro pasado. Si el tema decisivo de la ecología política son los procesos de imposición de la mercantilización de la naturaleza y las formas de resistencia intentadas por los sectores populares, reencontramos un puente mariateguiano entre pasado y presente. El actual movimiento global, con todas sus dificultades y contradicciones, adquiere raíces concretas y legitimidad profunda en nuestro pasado y en nuestras identidades.

La historia ambiental incluye entre sus objetos de estudio también a la historia intelectual y a la historia de las ideas (Worster, 2002/2003). Son pertinentes, por ejemplo, las relecturas de tradiciones intelectuales y políticas a partir de interrogantes ambientales, y algunos colegas han intentado esas exploraciones con interesantes resultados, como en la obra de José Martí (Castro, 1996) o en el pensamiento político brasileño del siglo XIX (Pádua, 2002).

Creemos que lo mismo se aplica a la obra de José Carlos Mariátegui y al proyecto de *Amauta*. Aunque “lo ambiental” no aparezca casi nunca como una referencia explícita en sus preocupaciones, resulta evidente allí la presencia de una

ecología política implícita. La aceptación de la modernidad como valor y la crítica de sus configuraciones y procesos en el Perú, la identificación con las luchas y objetivos de los sectores populares, incluyendo la participación en sus procesos organizativos y el registro de sus experiencias, la recuperación del pasado y del presente indígena como un componente central de un proyecto de reconstrucción de la sociedad peruana: es evidente en todo esto una disposición epistemológica y política que tiene estrecha afinidad, aunque sea diferenciada en su discursividad, con las preocupaciones de la ecología política contemporánea. En un tiempo y una atmósfera marcadamente culturalista, Mariátegui y el proyecto de *Amauta* mantuvieron un referencial materialista e histórico, y estuvieron decididamente del lado de las resistencias contra la mercantilización de la naturaleza y de los seres humanos.

Marxismo, Mariátegui, Ecología Política

Nos parece que un punto de partida crucial para un diálogo entre la Ecología Política y la herencia de Mariátegui está dada por la relación con el marxismo

Mucho ya se ha escrito sobre las peculiaridades del marxismo de Mariátegui, que lo hacen nuestro contemporáneo. Cuando repasamos un artículo de Alain Lipietz (2002/2003), que intenta problematizar la relación de la Ecología Política con la herencia marxista, llama la atención hasta qué punto sus puntualizaciones parecen recuperar la adopción mariateguiana del marxismo.

Para Lipietz, la Ecología Política recupera los fundamentos materialistas, dialécticos e históricos del análisis marxista. Se parte del análisis de las condiciones reales de existencia social, que son concebidas como inherentemente contradictorias e construidas históricamente. Y esa historicidad tiene un carácter agónico: las enunciaciones fundacionales marxista, mariateguiana y de la Ecología Política parten de la constatación de la crisis contemporánea, en cuyo seno avizoran, al mismo tiempo, los elementos para la constitución de un nuevo orden, identificado con ideales de progresivismo político y social.

Entre tantos pionerismos de José Carlos Mariátegui, no fue el menor su descreencia en la viabilidad de que las condi-

ciones políticas y sociales peruanas fuesen revolucionadas apenas en función del desarrollo económico. Hubo en él una percepción crítica de lo que hoy denominamos “modelo de desarrollo”, incomparable en su época, y que tiene total correspondencia con la crítica al crecimiento económico insustentable como paradigma de modernidad, desarrollado por diferentes autores que se inscriben en la ecología política.

Esa crítica, como bien señala Lipietz, es uno de los puntos de divergencia entre la ecología política contemporánea y el marxismo “sistematizado” a partir de la Segunda Internacional. Como ya había advertido Mariátegui, el desarrollo creciente de las fuerzas productivas no implicará necesariamente en la evolución automática de las condiciones políticas y sociales en un sentido más favorable para los sectores trabajadores y masas populares. Será necesaria la crítica a los modelos productivistas de organización de la sociedad, teniendo como centro una concepción ética de la modernidad, que subordine a las consideraciones crematísticas y tecnológicas. La definición de esos modelos de desarrollo y sus correspondientes opciones estratégicas son función del poder, y es por eso que la ecología humana, que es social, deviene también política. No nos parece anacronismo sostener que estas ideas de la ecología política contemporánea se encuentran ya presentes en la obra de Mariátegui y en el proyecto de *Amauta*.

Otro tema crítico de las relaciones entre marxismo y ecología política, según Lipietz, está referido a los sujetos revolucionarios, y también forma parte de la lectura mariateguiana del marxismo. No hay determinaciones estructurales que establezcan unívocamente las identidades políticas de los sujetos, ni la potencia de sus trayectorias. Un proceso revolucionario, en todo caso, se vincula con la posibilidad de articulación de actores diferenciados, especialmente cuando estamos en presencia de situaciones geo-sociales altamente heterogéneas, como en el Perú. La transformación profunda del Perú pasaría, para Mariátegui y para el Partido Socialista, por la conformación de una amplia confluencia de sectores populares agredidos y enfrentados por el modelo de desarrollo oligárquico. Si participaría allí el proletariado limeño (de tamaño muy reducido) tendría un papel preponderante el campesinado indígena, poniendo en primer plano la cuestión de la

tierra. Pero también participarían sectores medios urbanos, portadores del nuevo proyecto de modernidad.

Esto supone, entonces, que la constitución de un sujeto revolucionario plural solo podía resolverse mediante una intensa actividad hegemónica, la revolución intelectual y moral que Mariátegui se propuso desarrollar, y donde *Amauta* y sus publicaciones conexas eran herramienta estratégica. Ese proceso revolucionario implicaba entonces algunas cuestiones que también forman parte de nuestros desafíos contemporáneos, en la perspectiva de la ecología política.

Por un lado, tanto en la visión de Mariátegui como en la de la ecología política, el sentido oculto pero decisivo del proceso revolucionario está en su carácter molecular, en la cuidadosa acción en corazones y mentes (el momento ético-político de Gramsci) que permite acumular fuerzas y sostener posiciones críticas, más que en la espera del día definitivo.

Por otro lado, si la articulación hegemónica se fundamenta (y debe dar cuenta) de las condiciones extremas de heterogeneidad de la formación social (que es histórico-social, pero es también territorial, física, inclusive), debe constituirse como un espacio posible de discursividad intertextual y, al mismo tiempo (percibió Mariátegui) como una articulación entre diferentes temporalidades. Ya no se trata, como en el marxismo “normatizado”, de un transcurrir lineal de la historia según el guión de un progreso inexorable y sobrehumano, donde basta con identificar a quienes están del lado dinámico y juntarse a ellos para combatir a los que están del lado malo, o tradicionalista. En la propuesta hegemónica de Mariátegui, que es la que presentan el movimiento global en la política y la ecología política en el campo teórico, el pasado tiene sentido y potencialidad crítica en relación a las utopías del orden presente. Vinculado sin saberlo a una tradición crítica que viene desde Herzen y los populistas rusos y que pasa por Rosa Luxemburgo y Karl Polanyi (Alimonda, 2006), Mariátegui percibió claramente la posibilidad de una combinación hegemónica cuya fortaleza residiera precisamente en la combinación articulada de temporalidades diversas, ante el bloqueo de alternativas transformadoras implicado por la consolidación del orden capitalista periférico. El socialismo, la forma social del futuro, tiene raíces en la tradición americana, y es

viable justamente a partir de la identidad indígena, asentada en la experiencia vital real de la supervivencia de formas comunitarias cotidianas de organización social. Pero para no quedar limitado a una recuperación del pasado por el pasado mismo, supone una articulación hegemónica con las fuerzas que encarnan una bisagra con un proyecto de modernidad alternativa, en este caso territorializadas en espacios urbanos.

La escena contemporánea del movimiento global y de la ecología política como formulación teórica coincide con la concepción mariáteguiana de hegemonía. El movimiento global toma parte de su fortaleza y dinámica crítica a partir de la consolidación de identidades tradicionales indígenas, basadas en cultura y territorio que, a su vez, tienden a establecer alianzas nacionales e internacionales entre sí y con actores portadores de proyectos de modernidad alternativa. Al hacerlo, se apropia y recrea mitos movilizadores, esa idea tan mariáteguiana. En el campo teórico, la ecología política se constituye cada vez más a partir de un diálogo estratégico con la etnoecología (Little, 2006), articulando diferentes lógicas en un movimiento de ruptura que la lleva a fundamentarse en una epistemología política (Leff, 2006), deviniendo una ecología política de la diferencia (Escobar, 2006).

Las convergencias señaladas entre pasado y presente, entre el pensamiento de José Carlos Mariátegui y del proyecto de *Amauta* y las elaboraciones contemporáneas, tanto de la ecología política como del movimiento global, nos parecen suficientes como para legitimar una genealogía, como para identificarlos también como “clásicos” en estos campos.

Las divergencias, claro está, también existen, y no pueden dejar de ser señaladas y analizadas. La fundamental es evidente: para Mariátegui, la resolución de la constitución del proyecto de hegemonía alternativa radicaba en la constitución de un partido político de nuevo tipo, que soñó fuese el Partido Socialista. Mucho ha andado y mucho ha conseguido el movimiento global de crítica a la mercantilización total del planeta, pero ya se ha hecho evidente que muy poco se ha avanzado en lo que se refiere a la elaboración de sus formas organizativas.

Notas

1. Paradójicamente, son los años en que en la Unión Soviética se están estableciendo, a contrapelo de las verdades oficiales del régimen y casi en secreto, reflexiones ecológicas que vendrán a resultar cruciales en la segunda mitad del siglo XX, constituyendo las bases paradigmáticas del ecologismo contemporáneo (Deléage, 1993).
2. Otra paradoja: ese silencio de Castro Pozo coincide con la aparición de esa tradición intelectual en los campos académicos de la sociología y la antropología anglo-sajonas.
3. Por ejemplo, el monitoreo de los conflictos por “los humos de La Oroya”, en la Sierra Central, o de la catástrofe minera de Morocochoa.

Bibliografía

- Alimonda, Héctor, 1983, *Mariátegui-Redescubrir América*, Brasiliense, São Paulo.
- Alimonda, Héctor, 2006, “Una nueva herencia en Comala (Apuntes sobre la Ecología Política latinoamericana y la tradición marxista)”, en Héctor Alimonda (compilador), *Los tormentos de la materia. Aportes para una Ecología Política latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires.
- Beigel, Fernanda, 2003, *El itinerario y la brújula (El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui)*, Biblos, Buenos Aires.
- Castro Herrera, Guillermo, 1996, *Naturaleza y Sociedad en la historia de América Latina*, CELA, Panamá,
- Castro Pozo, Hildebrando, 1973, *Del ayllu al cooperativismo socialista*, Peisa, Lima.
- Castro Pozo, Hildebrando, 2005, *Nuestra comunidad indígena*, Lima, 1979.
- Deléage, Jean Paul, 1993, *Historia de la Ecología*, Icaria, Barcelona.
- Escobar, Arturo, “Depois da Natureza: Passos para uma Ecologia Política anti-escencialista” en Clélia Parreira e Héctor Alimonda (orgs.), *Políticas Públicas Ambientais Latino-Americanas*, FLACSO Brasil/Abaré, Brasília.
- LEFF, Enrique, 2006, “La Ecología Política en América Latina, un campo em construcción”, en Héctor Alimonda (comp.), *Los tormentos de la materia – Aportes para una Ecología Política latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires.
- Little, Paul Elliot, 2006, “Ecología Política como etnografía: um guia teórico e metodológico”, *Horizontes Antropológicos*, 25, Porto Alegre.
- Lipietz, Alain, 2002/2003, “A Ecología Política e o futuro do marxismo”, *Ambiente e Sociedade*, V. V/VI, Campinas.
- Martínez Alier, Joan, *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Icaria, Montevideo, 1995.
- Martínez Alier, Joan, 2005, *El ecologismo de los pobres – Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Icaria/FLACSO, Barcelona.
- Pádua, José Augusto, 2002, *Um sopro de destruição (Pensamento político e crítica ambiental no Brasil escravista, 1786/1888)*, Jorge Zahar Editores, Rio de Janeiro.
- Thompson E. P., 1997, *Senhores e Caçadores*, Paz e Terra, Rio de Janeiro.
- Thompson, E. P., 1998, *Costumes em comum – Estudos sobre a cultura popular tradicional*, Companhia das Letras, São Paulo.
- Worster, Donald, 2002/2003, “Transformações da terra: para uma perspectiva agroecológica na história”, *Ambiente e Sociedade*, V. V/VI, Campinas.

CULTURA

ENTRE *LOS CLANDESTINOS* Y *EL PERSEGUIDO* (En el centenario de César A. Candanedo, 1906-2006)

Margarita Vásquez*

Nueva Sociedad, N°202, marzo-abril 2006, revista latinoamericana, se publica bimestralmente en Buenos Aires, Argentina.

No hay mejor homenaje al escritor César A. Candanedo que concurrir con quienes han leído sus libros y con quienes los han examinado para señalarle a quien supo del valor de las palabras el puesto relevante que le corresponde dentro de la narrativa. Interesa agregar luces, canales, riego a la interpretación de su obra, merecedora de una posición de privilegio en la relación de los textos literarios en Panamá porque es una de las que anuncian temas que se repiten una y otra vez cuando nos preocupamos por el entorno nuestro.

Según lo anterior, forma parte del homenaje advertir que los asuntos por él seleccionados para producir nuevos sentidos literarios o han sido inscritos en el imaginario o en una parte específica de la memoria social o constituyen una porción importante de los problemas básicos de los panameños y, por lo mismo, están todavía en las noticias de los periódicos.

*Profesora de Español y Directora del Departamento de Cultura de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá.

cos en este mes de mayo del 2006, muchos años después de la publicación de sus novelas. Parece que aquí giramos alrededor de los seres humanos que emigran (por lo tanto, de las fronteras), de la situación de los indígenas, de la relación del hombre con el agua y la vegetación y de las ampliaciones del canal; y, a la par, les damos la vuelta a otros muchos asuntos que son jóvenes y de actualidad .

Escritor por vocación, la narrativa de César Candanedo deja constancia del fluir de la experiencia lograda en el desempeño de su trabajo como funcionario en salud pública en el Istmo en buena parte del siglo XX, porque ese trabajo lo comprometía a viajar por los más apartados rincones de la República. De este modo, no sólo el paisaje sino el ser humano con sus modos de pensar fueron sus motivaciones para dar testimonios que no son crónicas rojas, sino creaciones que vienen de adentro, donde “el que sabe” ejerce su derecho a soñar. Con un claro empeño de conocerse a sí mismo dando a conocer la “otra” realidad, la de la novela, traspasaba los límites de lo razonable según quienes tomaban sus ideas y representaciones por reales. Pero en sus novelas examinó, provocó, estudió las circunstancias que concurrieron en diversos momentos y espacios panameños, relacionadas con sistemas coloniales e imperialistas instituidos en detrimento de la gente más humilde (o de la más instruida), según la selección de sus asuntos y sus puntos de vista. Así, se lanza a convencer a los lectores de que deben mirar el acontecer con una perspectiva que responda al signo de sus tiempos y, en su último libro, combate el miedo que puede embargar al hombre en su circunstancia, de modo que crea un personaje valiente para que busque soluciones y para que promueva el cambio.

De la lectura de sus obras se desprende una concepción de la cultura que no es solamente suya sino que se extiende de diversos modos entre nuestros escritores a partir del final de la década de 1930 y por la década de 1940, y que toma forma propia, con sus propias particularidades, sobre la base del pensamiento filosófico y político (incluso el étnico-lingüístico) que corría por aquellos años a partir del pensamiento de los intelectuales franceses: existencialistas que revelan conflictos entre los seres humanos trascendidos por los otros; y

marxistas que magnifican las condiciones sociales como limitadoras, precisamente, de la libertad.

En la obra de Candanedo, los contenidos semánticos de algunos de sus títulos (la ruptura de la ley, la frontera, la clandestinidad, la persecución y también la cerca) se complementan y cohesionan con el asunto del viaje. Se viaja a las entrañas de una selva que sufre para descubrir los tumores de la civilización; se viaja tras la inundación del lago Alajuela con dirección hacia el poniente (donde se ubica la tierra “prometida”) para llegar a los otros límites que crean los intereses y la ambición; y se realiza el viaje de regreso, perseguido, para recobrar, con el agua, el señorío sobre sí mismo. La construcción de un canal en *El perseguido*, bajando la cuesta, atravesando las propiedades de los vecinos sin moverlos de su tierra adquiere el carácter de símbolo del valor que tienen el hombre y el agua, porque, precisamente, un viaje es también el agua que se conduce por un canal desde un manantial para el consumo de una población.

Todo se articula mediante procedimientos literarios para comunicar literatura a los lectores en la totalidad de una obra que se hace compacta mediante la aprehensión de un viaje en el que el lector que mira a su espalda, sabe que no es posible regresar a una selva indígena que ya no existe; o que es inútil invocar a los dioses telúricos pues, como el volcán, duermen. Es el “perseguido”, saturado de contenidos profundos, quien, con la participación del saber, consolida la cooperación humana. Quien piense o hubiera pensado que en este trabajo no ha habido artificio está equivocado, como veremos. Incluso la ambigüedad que introducen las narraciones folclóricas injertadas y la incertidumbre que provocan algunos modos regionalistas de hablar (que se intercalan en el discurso literario del narrador y que constituyen un tesoro para el lingüista) son expresiones que tienen el poder representativo de señalar nos el entredicho en el que se encuentra el que está en la frontera.

Que quede claro, entonces, que la realidad observada, la experiencia, se convirtieron en estímulo (en pre-texto no en texto) para su creación literaria. Nacido en Chiriquí, vivió 87 años, de 1906 a 1993, y su período de producción literaria corrió, probablemente, durante cincuenta años por lo menos,

pues cuando en 1948 obtuvo por primera vez el premio Miró, ya se sabía que era un escritor maduro que se había dado a conocer bajo el seudónimo de Bachiller Carrasco.

Una rápida revisión de los títulos de su narrativa le muestran al interesado la coherencia interna de sus contenidos ideológicos.¹ Están basados en dos ideogramas señalados por Ricardo Segura² como elementos del perfil que singulariza el mundo literario panameño: la protesta social y el fortalecimiento de la identidad. Se presupone en la obra de Candanedo una confrontación entre dos visiones específicas de la sociedad: una, basada en el valor no privativo, esencial e íntimo que le dan a la tierra y a la naturaleza quienes la viven en su natural plenitud y en comunicación con ella; otra (con la cual se confronta), según la cual la tierra es propiedad de quien tiene el poder y el dinero, de modo que se divide, se inunda, se compra, se degrada o se persigue para satisfacer finalidades desarrollistas (guerrillistas), para incrementar la riqueza de algún recién llegado ávido (porque incluye recién llegados que no lo son) o para satisfacer venganzas políticas. En la confrontación textual quedan caracterizadas dos tipos de voces: las detenidas en el limen de la sociedad ciudadana (algunas entrecortadas y aparentemente incoherentes, pero entre las que se escucha una voz distinta: la del que sabe) y las voces de los “otros”, para quienes no cuentan ni la comunidad ni el entorno natural porque lo único que tiene valor es la riqueza, la comodidad o el poder propios.

La primera novela de Candanedo, cuyo título original fue *Fuera de ley*, ganó el segundo premio de la sección novela del Premio Ricardo Miró (1948-49), y fue publicada casi diez años después, en 1957, con el título de *Los clandestinos*. En febrero de 1949, después de haberle sido asignado este premio a Candanedo, Rodrigo Miró, refiriéndose al género novelesco³ y a los narradores⁴ que comienzan a publicar a partir de 1937 con gran energía, entre los que está Candanedo, señala lo que a continuación resumo⁵:

- los escritores de este período asumen la función social de la literatura,
- escriben por propia voluntad y como aprendizaje previo a cualquier tentativa de transformar la economía y la política,

- se entregan a la tarea de conocer el hombre y el paisaje nativos,
- en su obra se integra la geografía espiritual del país,
- escriben con deliberada aspereza,
- una finalidad revolucionaria los inclina a ofrecer la visión menos placentera de la vida panameña,
- en su conjunto, esta obra vibra de simpatía humana y de fe en los destinos de nuestro pueblo,
- la literatura es considerada por este grupo como método de conocimiento, voz de protesta y anhelo de justicia,
- todo esto es parte de un movimiento colectivo, en cuya entraña crece la decisión de afirmar la nacionalidad.

Si me he detenido en estas consideraciones de Miró es porque considero que le convienen, con toda honradez, a la ubicación, dentro del sistema literario panameño, de la obra de Candanedo en aquellos años, de José María Sánchez, de Ramón H. Jurado, de Carlos Francisco Changmarín, de Joaquín Beleño, de Mario Augusto Rodríguez.

Cuatro años después de la introducción a *El cuento en Panamá* de Miró, en 1953, con motivo del Cincuentenario de la República, *El Panamá América* publicó en una edición especial el ensayo de Ramón H. Jurado titulado *Itinerario y rumbo de la novela panameña*.⁶ En este trabajo, Jurado incluyó a César Candanedo entre los cuentistas que, según su juicio, buscaban en la circunstancia rural los elementos novelescos. De estos ruralistas (a quienes algunos llamaron despectivamente cutarreros) se había dicho que al proponer la vuelta al campo olvidaban la universalidad como eje de la creación literaria y que, además, le ponían límites a sus asuntos. Jurado respondió que, junto a los asuntos (que sí enfocan un tipo de hombre), debía observarse el aliento imaginativo que los caracteriza, el uso de la metáfora, el brillo de la palabra y de la frase y los esporádicos tributos a la psicología, todos elementos relacionados con la estética. Además, anunciaba que era una tendencia pasajera de las ideas.

Lo interesante de esta discusión en el campo literario es que durante los años 30 y 40 (como he observado en otro trabajo) no solamente en la literatura, sino también en la música, en la pintura y en la escultura floreció entre los intelectua-

les y artistas en Panamá la decisión (en la que, en el fondo, se descubre un cariz político) de recoger, recuperar, dejar constancia de elementos culturales generalmente reconocidos como propios por los panameños, y de tomar estos elementos culturales como apoyo para la creación, contraponiéndolos, implícita o explícitamente, a los elementos culturales norteamericanos que invadían poco a poco, desde la Zona del Canal, los modos de la ciudad. A los intelectuales y artistas de aquel momento perteneció, sin duda, César A. Candanedo.

Ismael García, un poco después, en su *Historia de la literatura panameña* (1964), consideró que Candanedo “pinta cuadros del natural sin reparar en la desnudez de los temas ni en la crudeza del lenguaje” y más adelante expresa:

Denuncia el autor una situación de miseria física y moral que tiene por centro un rincón casi abandonado de la nación⁷ panameña, donde el capitalismo ejerce una acción incontrastable.⁸

El uso de “reparar”, “desnudez” y “crudeza” me hace preguntarme cuál era el significado que les aplicaba Ismael García a estas palabras en el contexto de su crítica. Me parece que dice que Candanedo no advierte, no nota, no se detiene a reflexionar en que los temas seleccionados, que son reproducción directa de la realidad, son pobres, escasos, indigentes (como la misma gente que pulula entre las líneas de las novelas de Candanedo) y que el lenguaje es áspero, que no tiene la belleza necesaria. Más adelante García, le da a la obra la categoría de “denuncia” de la miseria en que vive Darién debido a la permisibilidad de una “nación” (no de los gobiernos) que se deja dominar por “el capitalismo”. Con anterioridad, como vimos, Miró había expuesto algunas razones relacionadas con esa manera de escribir “áspera” del grupo de escritores que en la década del treinta insurgía en la literatura, con una inclinación, por afanes revolucionarios, a los temas menos placenteros de la vida en Panamá.

Con razón, si así había sido la evaluación del profesor García, acoge las consideraciones del Dr. Baltasar Isaza Calderón, quien expresaba:

No es ésta, sin duda, no puede ser, la visión integral de esa comarca (Darién), que brinda, entre otros aspectos, ancho margen a la redención y la esperanza. Mas Gil Serrano (seudónimo del autor-Candanedo), prefiere, con evidente sentido de rebeldía social, recargar las tintas sombrías, y nos ofrece de tal modo una réplica panameña del tétrico huasipungo ecuatoriano.⁹

Tanto García como Isaza Calderón, éste último con mayor fuerza, manifiestan una recepción fría de la obra de Candanedo porque, según me parece, sostienen su crítica en un prejuicio político: el autor es de izquierda, de allí la alusión a *Huasipungo*, la obra de Jorge Icaza, en la que los indios provocan repugnancia y no solidaridad. Por mi parte creo que asignarle el carácter de “denuncia” a la novela de Candanedo y una sola intención de repudio político empañaba su mérito literario. Sobre el particular, expresa el mexicano José Mancisidor en algunas palabras preliminares a la edición de la Librería Selecta: “Repito: no se trata de un mal discurso ni de un panfleto político, sino de una novela dura, de aristas filadas, capaz de herir con herida profunda la conciencia humana si ésta, como con frecuencia sucede, no se ha convertido en roca.”¹⁰

Muchas lecturas de la obra se pueden hacer. Creo que *Los clandestinos* se puede leer como una denuncia de las angustias de las personas más desprotegidas de la sociedad, o a favor de algunas corrientes políticas, o contra los malos gobiernos, o como cotejadora de la civilización y la barbarie, pero, para esta lectora, esta vez fue más allá. Descubrí en la obra de Candanedo toda (no sólo en *Los clandestinos*) un hondo sentido ecológico. Me pregunté: ¿Se pueden negar que, además de los sufrimientos, se observa en las novelas una cruel destrucción de la naturaleza? ¿Hay un desplazamiento en la relación entre los grupos humanos y su ambiente físico y social? ¿Son estos asuntos totalmente nuevos y desconocidos por mí porque nunca han sido mencionados en los discursos periodísticos o históricos o sociológicos? Cada lector, que busque su respuesta. Yo, acostumbrada a la literatura, tuve que confesar que la ficcionalización de la realidad se ha mantenido gritando en las novelas de Candanedo (y acepté que, también, fuera de ellas), sin tregua, por más de cincuenta años, sin que haya alguna fuerza limpia (como la de Cruz Albán o como

la de Gabriel) que se aventure a hacer verdaderos y más amplios cambios. Llegué a la conclusión de que hay que leer más a los escritores nuestros, porque *el saber, más el sentimiento, más el pensamiento* puestos en acción por los discursos literarios pueden saturar de contenidos profundos a la sociedad. En *Los clandestinos*, como si fuera un texto científico se intenta probar algo. Se comprueba, por ejemplo, que las guerras no solamente destruyen con bombas atómicas, bombarderos o torpederos, sino que los pueblos guerreros hurtan a la naturaleza y a los otros pueblos sus riquezas cuando ocupan, talan o escarban sus recursos naturales. Se analiza en los niveles sociales inferiores las incursiones de fuerzas económicas inmoderadas. En el análisis se observa el desconocimiento del derecho a trabajar y ser remunerado y a una mejor vida de quienes realizan el trabajo plebeyo por lo áspero, peligroso o mortal. Así, en este examen del mundo de “los clandestinos”, espesura vegetal, árboles inmensos, variedad animal, hombre natural mueren o se ahogan abandonados por los gobiernos en manos de funcionarios corruptos, de las grandes compañías transnacionales o nacionales ya se llamen éstas madereras, canaleras, fruteras o guerreras y, con ellos, mueren la tierra y ¡ajo! el agua. Esta es, si así se le quiere llamar, la denuncia del escritor Candanedo: un desbalance en la relación entre los grupos humanos y el ambiente; un desequilibrio ecológico. Esta denuncia, sin embargo, no destila un sentido trágico a pesar de que la venganza ronda (y hago notar que éstas son técnicas literarias). En todas las obras de Candanedo hay una proyección hacia el futuro, que será exitoso si saben sentir y pensar solidariamente los personajes acerca de sí mismos y de la naturaleza magnífica que los rodea, incluyendo a los más y a los menos humildes en la escala cultural, social o económica.

Los clandestinos tiene tres partes: “La cacería de hombres”, “Los clandestinos” y “El corte”. Los chocoanos que cruzan la frontera de Colombia por el Darién, los indios y las autoridades conforman personajes colectivos que viven en aquella lejana región por los años de la segunda guerra mundial y que se encuentran subordinados a tres fuerzas económicas que exprimen al hombre: la compañía maderera, los compradores de plátano y The Rubber Co., empresa estado-

unidense dedicada a explotar el caucho con urgencia por causa de la segunda guerra mundial.

En “La cacería de hombres”, la lancha sube por el río en busca de los “clandestinos”, que han cruzado la frontera entre Colombia y Panamá por la selva del Darién tras *la tierra de las especias* que, en aquel momento, es el Canal “con su mítico torrente de dólares”. La misma embarcación baja cargada de presos “clandestinos” que serán sometidos a un trabajo esclavo. En el segundo capítulo, la vida en el pueblo, la llegada del barco bananero, el trabajo en la selva, los acuerdos para la cesión de los trabajadores a la empresa norteamericana. En “El corte”, el motor sube por el río y anuncia a los indígenas el corte de los platanales en el espacio darienita. Al final, los nativos prefieren acogerse a la barbarie protectora de la selva y remontan los ríos, selva adentro. Este es el asunto.

Una larga paradoja recorre la clandestinidad, pues ésta implica una actividad ilegal que aprovechan las “autoridades legales” para actuar ilegalmente no solamente contra los “ilegales” sino contra los indios. Esta actividad “legal” solamente cede al surgir un conflicto de intereses con el competidor que es la todopoderosa empresa norteamericana, con la que llegan los soldados y el servicio de inteligencia. Hay una especie de “jerarquización” de intereses cuyo nivel inferior, el de los clandestinos y los indígenas, es el único que encierra un sentido humano por lo patético, por los intentos de comunicación frustrados, por un sometimiento grave al otro (a quien los indios llaman “libre”, lo que implica, en oposición, su propia esclavitud), aunque hay identificaciones de “otra” justicia y amenazas de venganzas entre los campesinos; y, finalmente, un sentido humano, como venía diciendo, por el desarrollo de un humor paradójico que hace que los caucheros lancen ¡vivas! a Hitler, enardecidos, seguros de sí mismos en virtud del licor. Sin embargo, y continuó con la paradoja, también el gringo Eduard siente (condición humana según corrientes existencialistas) “una poderosa presión emotiva, agitado por una ansiedad vieja y huérfana...” que las relaciones sexuales no pueden satisfacer.

Al final, parece que la novela se cierra en sí misma cuando se anuncia un destino común para la selva y para los indígenas, con un tenue toque de esperanza (¿o desesperanza?).

Según mi percepción, es en la segunda novela, *La otra frontera*, cuando surge un personaje fundamental para darle forma a esa esperanza: “el que sabe”.

En 1998, Franz García de Paredes, quien publica la antología *Panamá: Cuentos escogidos*¹¹ en la que incluye el cuento de Candanedo “El cerquero”, reconoce que la generación a la que pertenece el escritor chiricano postula “una extensión de los criterios mundonovistas del americanismo y nacionalismo literarios¹²”. La inclusión de “El cerquero” en la antología es una acción que lo señala como hito dentro del panorama de la evolución del cuento en Panamá, por la amplitud de la obra antológica de García de Paredes y por las reconocidas condiciones de sus conocimientos literarios.

En “El cerquero” (1967), cuyo centro estructural son las acciones, el comportamiento, los discursos, los prejuicios de un humilde constructor de cercas de piedra, destacó la capacidad de la narración para mostrarnos cómo los otros discursos de la comunidad (que comparte una base común de creencias) aíslan al cerquero. De allí el epígrafe: “La tierra es ingrata cuando la habitan hombres ingratos”. Este hombre levanta con cuidadosa atención y hasta sentido estético su propia cerca de piedras (mentales) en la que se encierra. Es la imagen del *Isolato*, “que vive por sí mismo en su propio continente”.¹³ Quiere aislarse de las otras personas que no lo comprenden, como tampoco se comprende él mismo. ¿Cómo puede un negro engendrar gemelos ñopos?¹⁴ El robo insignificante del vino de una palma lo empuja irreflexivamente y sin éxito a la destrucción de su propia vida, pero ese estado límite sirve al reconocimiento de los múltiples sentidos que tiene la realidad. Este cuento, según mi criterio, es importante dentro de la obra total de Candanedo por cuanto el creador explica en su creación su concepción de la frontera, de la cerca. Tómese en cuenta que el final promete una satisfacción que se puede reducir así: el que ríe último, ríe mejor. Esta frase sentenciosa ronda, en la obra de Candanedo, el discurso de los humildes. Por eso interesan las narraciones del tío tigre y el tío conejo insertadas en *La otra frontera*.

También en 1998, Yolanda Judith Hackshaw Mathews escribe su tesis de maestría en literatura hispanoamericana sobre la obra de Candanedo con el título de Tipología y fun-

ciones del espacio en la novelística de César Candanedo.¹⁵ Hackshaw se propone una finalidad distinta a la de la crítica anteriormente revisada: describe los espacios cromáticos, telúricos y míticos localizados y demuestra cómo se integran artísticamente para denunciar y proponer reivindicaciones sociales. Además, enfatiza el motivo del viaje como elemento que sirve para configurar funcional y estéticamente la temática, el espacio y el tiempo y los sujetos que se mantienen en tensión dentro de las obras.

Más tarde, el ensayo ganador del Concurso Miró en 2001, *Configuraciones simbólicas: Estudios sobre la novela panameña de la fase vanguardista*,¹⁶ de Rodrigo Him Fábrega, examina la regularidad en la manifestación de los elementos simbólicos y los valores metafóricos y metonímicos comunes traídos por las novelas panameñas que conforman una muestra del período vanguardista, entre las que se incluye *La otra frontera*. Los resultados del trabajo de Him destacan una imagen del canal portadora de un sentido trágico para Panamá a partir del *El tesoro del Dabaibe*, *Plenilunio* y *La otra frontera*. También la obra de Candanedo, junto con *Nalu Nega* y *Tú sola en mi vida* conforman la imagen del viento como representación del alma del mundo o del espíritu de la naturaleza, que se modifica de acuerdo con las condiciones del hábitat, que, en *La otra frontera*, ha sido fuertemente quebrantado.

La recepción de la obra de Candanedo hasta muy adelantado el siglo XX, según lo que hemos visto, enfocó al autor y el contexto externo de la obra. No es sino hasta 1998 cuando se advierte que se ha hecho una relectura de la obra. La primera crítica, a pesar de lo que otros puedan pensar, no se debe desconocer, sobre todo, si se anda tras la identidad, porque el mismo autor como individuo inserto en una situación, un medio y un momento, es productor y conductor de creencias, valores, ideas que son compartidas por su grupo y que identifican y diferencian a ese grupo de los otros sujetos culturales, ya sean de la misma nacionalidad, clase, condición o completamente ajenos. Candanedo, el funcionario de salud pública que viajaba por el Panamá de la época y el escritor, preserva en sus obras los rasgos culturales que identifican al grupo de intelectuales al que pertenece, mostrándolo en un estado de oposición a otros grupos: Candanedo et al. frente a

Ismael García y a Baltasar Isaza Calderón.

Veamos ahora *La otra frontera*, ganadora del premio Miró en 1959 y publicada en 1967.

El asunto de la desocupación humana de las regiones de la provincia de Panamá vinculadas al canal y de la ocupación (y desocupación) de las veragüense y chiricana de la vertiente sur del Istmo que nos relata Candanedo muestra una constante: tanto la construcción del canal como la implantación de la compañía bananera desplazaron en el siglo XX a una población panameña que tenía sus propios mantenimientos, aunque estrechos, y lo hizo reiteradamente. Estos desplazamientos muestran una voluntad del Estado de incrustar estas empresas en la geografía istmeña a despecho de las posibilidades de supervivencia y de crecimiento de los panameños más humildes (a quienes se les ofrecía mucho trabajo en el futuro, pero ¿qué tipo de trabajo?), por lo que, en estos momentos en que se habla de la ampliación del Canal, una relectura de la obra de Candanedo se hace necesaria.

A partir de la construcción del Canal de Panamá en 1904, fueron impulsadas las haciendas ganaderas (algunas en manos norteamericanas) que se extendieron por la reserva guaymí. Era asunto de mantenimientos para la Zona del Canal. Una de las invasiones del ejército norteamericano en la región para la protección de los empresarios norteamericanos ocurre en 1918, y de eso habla *La otra frontera*. En 1920, los guaymíes comienzan a emigrar hacia Costa Rica porque eran desposeídos de sus tierras.¹⁷

A partir, precisamente, de la ampliación de las reservas de agua del canal mediante la construcción de una represa que sujetara las aguas del lago Alajuela (hecho finalizado históricamente en la década de 1930) Candanedo inicia *La otra frontera*, que reflejará esta situación de desocupación, ocupación y, otra vez, desocupación de las tierras. Ya había ocurrido lo de Matachín, Cruces, Gorgona, Juan Grande, San Pablo, Obispo, Tabernilla, Emperador, Culebra, Río Grande, Miraflores y otros: inundación de doce pueblos que ha quedado plasmada en la literatura por Gil Blas Tejeira en *Pueblos perdidos* (1962). En *La otra frontera* se narra esa desgracia cuando toca a la gente de las cabeceras, los rieros que viven arriba de San Juan de Pequení.

En la primera parte, llamada “El consejero”, los rieros, pobladores de los ríos, salen a buscar en el pueblo de San Juan de Pequení el cambio del tiempo con el auxilio de Ño Cruz Albán, un sabio natural que conocía el misterio que encierran las palabras, y que, desencantado por la conformidad de los vecinos, muere con las humildes casas que se hunden en las profundidades del agua no sin dejar en el lector la seguridad de que algo sucederá después, pues queda un discípulo: Juan Cancio.

El segundo capítulo, “Falso título español”, es una explicación del modo cómo la ley marcó el deslinde y adjudicación de la tierra (en Veraguas y Chiriquí) desde la época colonial; y, después, alude al problema de la sucesión; de cómo la tierra va mudando de dueño, de cómo se amplían los linderos y se acorrala a los nativos, del surgimiento de los latifundios, en los que, por derecho natural del ganado y del amo, todo era intocable.¹⁸ Finalmente, explica la novela, de estos feudos surgirían, con la Independencia, los gobernantes istmeños, hijos de ley, del matrimonio. Pero, también vendrían los hijos por fuera, injerto de amo y sirviente, y de la lucha entre estos dos herederos, surgirían los nuevos derechos a la tierra.

La tercera parte lleva el nombre de “Aparece un Mister”, y ocurre entre 1914 y 1920. Mr. Palmer llega al espacio ubicado entre Veraguas y Chiriquí dispuesto desde Centroamérica a apropiarse de la tierra y hacer renacer el latifundio (con criterios semejantes a los del Ku Kux Klan). A la par han llegado otros norteamericanos finqueros, entre quienes ocurren muertes misteriosas, por lo que el ejército norteamericano invade la región. Hasta La Tigra, donde buscaron refugio los que salieron de San Juan de Pequení, llegan los abusos de Palmer, pero Juan Cancio toma en sus manos la venganza y los blancos se retiran.

La cuarta parte se llama “Tierra sin viento”, y el lector recuerda entonces que Cruz Albán hacía que cambiara el tiempo y que tenía poder sobre los ventarrones. Si pudo Ño Cruz detener la fuerza de los vientos (piensa el lector), también puede Juan Cancio, su heredero, en sentido contrario, levantar las ventiscas y los cordonazos cuando sea necesario. La “Tierra sin viento” es una reserva, pero ha sido entregada a la Compañía bananera que, como el latifundio, no acep-

ta fronteras, explica la novela. La Compañía bananera es el otro canal, dice, y el lector infiere que es así por lo que tienen ambas empresas de ofensivo y violento para los indígenas que no pueden responder más que con mansedumbre, enfermedad, muerte. Pero, un buen día, continúa el relato, un vendaval tumbó cien mil racimos potenciales. Se buscó la manera de detener esos fenómenos atmosféricos con hielo seco, pero sobrevino la sigatoca, enfermedad de Panamá, en las plantaciones. Finalmente, para los dueños y administradores llegó la plaga del comunismo y las protestas. El asunto concluye de esta manera: gente como Juan Cancio y el indio Cansari hacen cambiar el tiempo (al modo de Cruz Albán). Finalmente, se borran las fronteras mediante un abrazo solidario.

Hay en *La otra frontera*, me parece, una macroestructura ideológica que la sostiene, en la que destaca, por un lado, el valor intrínseco de la tierra, que no se vende ni se atropella al que la trabaja, sino que se desocupa voluntariamente cuando no hay posibilidades de explotarla; por otro lado, enfatiza el valor del trabajo y la inteligencia del hombre para crear instituciones modernas como las haciendas y no los latifundios coloniales. También aparece esta idea en *Los clandestinos*: el título de la tierra no es para hacer propietario a nadie, sino para certificar un trabajo de producción, y el mejor dueño de la tierra es el que la ocupó primero y la trabaja. Además, realza el valor de la mirada hacia dentro del hombre, hacia su propio reconocimiento como existente. Cruz Albán, el que sabe no solamente cómo curar la picada de una serpiente, se encierra en sí mismo cada vez con mayor decisión para apartarse de las energías negativas que lo circundan. Otro tanto harán Juan Cancio y el indio Cansari.

Una percepción maravillada de la naturaleza e, incluso, de la dura pero misteriosa realidad tiende vínculos entre el pasado y el presente. En “Conflictos sociales, guerra y Pax Hispana”, capítulo de la *Historia general de Panamá* de Alfredo Castillero Calvo se lee:

En 1709 se sublevan los indios de Talamanca, en la frontera costarricense, encabezados por el sukia Pablo Présbere. Asesinan al padre Rebullida y a otros franciscanos. La violencia de este episodio, nunca antes conocido

en la región, produjo la inmediata reacción de las fuerzas militares, concentrándose la actividad en Alanje, de donde salieron las operaciones de limpieza para capturar a los indios rebeldes y repoblarlos en Chiriquí. Muy poco después, en 1711, y sin que se sepa si tenía alguna relación con la rebelión de indios talamancaños, se sucedieron numerosas muertes y desapariciones misteriosas en la región de La Mesa, en Veragua, atribuidas a actos brujeriles de indios “neófitos” o recién conversos. El propio obispo Juan de Argüelles se trasladó a La Mesa acompañado de dos jesuitas predicadores y tras convocar a una gran romería a la que acudieron cientos de campesinos, exorcizó el cerro donde los indios celebraban sus ritos. Luego de esto, las autoridades civiles apresaron a los cabecillas y los quemaron en la hoguera.¹⁹

En la novela de Candanedo hay un eco de estos hechos que resuenan en la montaña sagrada (que corresponde al volcán) y en la celebración de Las Claridas entre los indígenas. Don César era un admirador de Roa Bastos, de modo que identificaba en el hombre natural la mentalidad sustentada en el mito o en lo telúrico.

El perseguido (1986) es la novela de Candanedo ganadora del Miró en 1986. Contiene siete partes: El comienzo, La vida ha tomado otro rumbo, Tiempo duro, Camino de Soloy, De nuevo se amarró los pantalones, Siempre el agua y El final. A diferencia de *Los clandestinos* y *La otra frontera* en la que los personajes son colectivos, *El perseguido* estructura paulatinamente la imagen de Gabriel, quien vive desde su niñez en calma silenciosa, y al que veremos crecer, fortalecerse, sufrir y morir como todo ser humano. Al personaje lo sigue con ánimo de alcanzarlo un tiempo repetido, porque lo que parece ser el presente del texto escrito (1902-1903) el lector lo puede relacionar con el presente del proceso de la escritura de Candanedo (década de 1980). La dura persecución que en la escritura es la experiencia del personaje, puede ser la experiencia de esto “otro” que acontecía en la realidad extratextual en el Panamá de los 80.

Pero, fundamentalmente, me parece que en la novela circulan dos ideas básicas que aplico al momento actual:

El perseguido es el que sabe: Ño Cruz Albán (Juan Cancio,

Cansari) y Gabriel. Éste, que escribe con letra cuidada y elegante, que sabe razonar, dirigir y guiar a los otros, tiene una sabiduría diferente a la de Ño Cruz, pues el viejo, el consejero, sabía más allá del misterio de la vida y de la muerte, de la naturaleza y del hombre (no se puede curar, razonando, la mordedura de un víbora; pero sí se puede si se tiene el saber ancestral.) Ambos, se autodefinen de acuerdo con su clase social y su nacionalidad, pero, también se hacen conscientes de la existencia de los “otros” que les hacen percibir las diferencias. Cruz Albán y Gabriel se autodefinen por su concepción del valor de la libertad, de la tierra y del agua: ambos promueven una relación ecológica con el entorno. Juan Cancio y Cansari añaden una autodefinition de tipo étnica y política.

Dando un paso fuera de la narración, en este otro contexto, el del lector del año 2006, la novela pone el dedo en la llaga: frente a las presiones económicas actuales, los panameños debemos autodefinirnos considerando las relaciones ecológicas (en primer lugar) y las histórico-culturales, enlazándolas íntimamente con las económicas que circulan por los mundos. Hagamos la experiencia de investigar qué piensa hoy la gente de Salamanca, Salamanquita y Boquerón (¿Tercer mundo?). A la orilla del lago, crece el maíz (con el que los hombres se ganan la vida) sembrado en los pampas.² Estos son terrenos libres, libres, libres que quedan fuera o bajo las aguas según sean reguladas las aguas del lago Maddem y hoy, como en la novela, sin que se sepa con certeza qué cambios producirán las ampliaciones del Canal, seguramente sienten que el futuro es incierto. Su producto, el maíz, certifica que ellos son los propietarios de esa tierra que se hunde en el agua del lago y que reaparece cada año llena de vida.

Tengamos cuidado. No es cierto que Panamá sea un mundo que está dentro del mundo. Somos muchos mundos. Aquí hay primer mundo, segundo, tercero, cuarto y hasta quinto mundo. Todos los que habitamos estos mundos somos panameños. ¿Vamos todos, en la misma medida, a utilizar la máquina “tormentaria” para tomar, por los dólares, el primer mundo? ¿Ahora sí cobraremos los intereses por tanto “ducado doble” que proveyeron las riquezas naturales de Castilla del Oro?

Notas

1. Cf. Teun van Dis, *Ideología*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1998, p. 62.
2. Ricardo Segura. “Algunos rasgos del sistema literario panameño” en *Reflexiones en torno a la historiografía literaria panameña*, Panamá, IDEN, 1999.
3. Según mi percepción, en algunos trabajos de Rodrigo Miró, “el género novelesco” incluye tanto el cuento como la novela
4. Miró menciona como “regionalistas” a César Candanedo, José María Sánchez, Carlos Francisco Changmarín, Mario Augusto Rodríguez y Ramón H. Jurado.
5. Rodrigo Miró, *El cuento en Panamá* (1949), Panamá, Editorial Universitaria, 1996.
6. Ramón H. Jurado, *Itinerario y rumbo de la novela panameña*, 1953, Panamá, Editorial Cultural Panameña, 1972.
7. No queda claro si es en el rincón o en la nación en donde actúa el capitalismo sin dejarse reducir.
8. Ismael García, *Historia de la literatura panameña*, 1964, Panamá, Manfer S. A., 1986.
9. Baltasar Isaza Calderón, *Estudios literarios*, Panamá, Ediciones Culturales Panameña, 1957.
10. José Mancisidor, Citado en “Dos palabras”, introducción a la edición de la Librería Selecta. Panamá. s/f.
11. Franz García de Paredes, *Panamá. Cuentos escogidos*, San José, EDUCA, 1998.
12. *Ibid.*, p. 9
13. Nathan A. Scott, *Modern Literature and the Religious Frontier*. New York: Harper and Brothers, 1958.
14. Blancos, rubios.
15. Yolanda Judith Hackshaw Mathews, “Tipología y funciones del espacio en la novelística de César Candanedo”, tesis de maestría para optar al título de Magister en Literatura Hispanoamericana, Universidad de Panamá, 1998.
16. Rodrigo Him Fábrega, *Configuraciones simbólicas: Estudios sobre la novela panameña de la fase vanguardista*, 2001, Panamá, Editorial Mariano Arosemena, 2002.
17. Antoni Royo, *La ocupación del Pacífico sur costarricense por parte de la compañía bananera. (1938-1994)* <http://www.fcs.ucr.ac.cr/~historia/articulos/2003/zonasur.htm>
18. Así mismo como he dicho, este segundo capítulo tiene una función explicativa, y si lo pensamos como unidad en sí mismo, lo percibiremos como un nexo entre el primero y el tercer capítulo.
19. Alfredo Castellero Calvo, “Conflictos sociales, guerra y Pax Hispana”. *Historia general de Panamá*, vol. I, tomo I, Bogotá, D’Vinni Impresores, 2004.
20. pampón: f. *Pa. En las inmediaciones del lago*, tierra libre enriquecida por las crecientes, que queda al descubierto cuando bajan las aguas en virtud de que han sido abiertas las compuertas de la represa.

EL OTRO MUNDO DE ERNESTO ENDARA*

César Young Núñez**

Pueblos indígenas y pobreza. Enfoques multidisciplinarios, Alberto D. Cimadamore, Robyn Eversole, John-Andrew McNeish (coordinadores), 2006. Publicación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Programa FLACSO-CROP, Buenos Aires.

En este mundo donde todavía no hemos renunciado a la esperanza, la imaginación y la fantasía tal vez hayan pasado a la tutela de unos cuantos que no han perdido la capacidad de soñar y la capacidad de inventar nuevos mundos. Ya el poeta William Ospina escribía que *hoy día nos resulta difícil soñar sin la ayuda del pensamiento, de la ciencia, de la información, y quienes persisten en la invención de universos semejantes a los de la mitología clásica, en tejer variaciones sobre el viejo mundo de los dragones, lo gnomos y los objetos mágicos, como Tolkien en “El Señor de los Anillos”, tienden a ser relegados al ámbito subalterno de los autores para niños*. Este mundo de la imaginación con dragones, ángeles y duendes, sostenía una realidad en la edad antigua que hoy ya no es la misma dentro

*Palabras de presentación del libro *Ráfagas literarias*, compendio de géneros literarios panameños, de Ernesto Endara, efectuada en Exedra Books el 24 de mayo de 2006.

**Poeta, premio Universidad 1972-1973.

de ese universo poblado de nuevas tecnologías y sueños cibernéticos. Ospina ha visto en esta época la decadencia de los dragones.

Así encontré a Neco Endara como un Sigfrido tropical mientras descabezaba a los dragones de su fantasía y rescataba princesas cautivas con su fértil imaginación y con la pluma convertida en su *excalibur*. Pero había una cosa que nos puso de acuerdo en los primeros tiempos de nuestra amistad y era que la risa, el humor y un optimismo a ultranza, representaba para nosotros el requisito fundamental para sobrevivir. En aquel tiempo y ahora, siempre vivimos lo que leíamos y por eso Neco Endara era el Capitán Blood y Federico Barbarroja, y yo era el incivil maestro de ceremonias Kira Kotsuke No Suké del cuento de Jorge Luis Borges. Desde hace muchos años Neco Endara ha sido un escritor con un servicio completo a las musas como quería el poeta Robert Graves. Marino de profesión, técnico de básculas y balanzas, le dije a Neco durante la presentación de mi libro *Crónicas de rutina* que él seguía siendo para mí “el marino que nunca perdió la gracia del mar”, haciendo un juego de palabras con el título de una novela de Yukio Mishima.

Cuando mi acuciosa y admirada amiga Yolanda Hacks-haw, me llamó para informarme que había sido designado para presentar el libro de Neco, le manifesté que no había ningún problema, porque hace ya bastante tiempo Neco y yo acordamos ingresar, con nuestros logros y nuestros reveses, a esa menospreciada institución conocida como la “Sociedad de los Elogios Mutuos”. Para quienes el humor es un recurso de primera magnitud, puedo decirles que para nosotros La Gioconda de Leonardo es dentro del ámbito de la confianza “La Monna Risa”. A mi me causaba mucha risa oírle decir al gran poeta chileno Gonzalo Rojas “que ese aparatito que es el teléfono celular lo persigue a uno por todo el mundo como si fuera una oreja extra”.

En este libro, Neco relata sus vivencias, sus batallas y sus recuerdos, y le hace honor al prestigio que la nostalgia tuvo en esa época. Al respecto Gabriel García Márquez escribía lo siguiente: “Ahora somos lo suficientemente valientes como para reconocer que la vida que se fue nos lastima, que recordamos todo lo que pasó y pienso que este sentimiento

en lugar de debilitarnos, nos fortalece. Sabemos que no podemos recuperar el mundo que se fue. Gracias a la nostalgia, sin embargo, sabemos que podemos intentar que este mundo sea mejor que el que se fue o, tal vez, que nuestros nietos puedan tener mejor nostalgia que nosotros”.

“Pantalones cortos”, novela incluida en este compendio, habla a través de la nostalgia, del entorno familiar, de la magia de sus personajes y el paisaje encantado que “la infancia sin tregua recorrió”, de los fenómenos culturales que están inscritos en el espacio vital donde transcurre la vida de Perusín que es su personaje central, de la vida de los sueños y las reivindicaciones que llevábamos adentro, y del conocimiento que teníamos entonces como jóvenes e iconoclastas de que la cantina “El Cielo” de la plaza de Santa Ana estaba más cerca de nosotros que el cielo de los ángeles y las aves marías. Siempre me pareció que esta novela proyecta una mirada lúcida sobre lo que era Panamá previo a su gran desarrollo urbano de las últimas décadas y sobre la ciudad que comenzaba desde la Plaza Bolívar hasta el final de los rieles del tranvía donde había un caobo gigante como si fuera un tierno baobab disfrazado que daba sombra a las caballerizas de la vetusta Policía Nacional. No solamente es un rescate icónico sino un retrato espiritual de ese país que éramos al cual nos une un amor ineludible y sentimental. No obstante, existen otras vías de acceso a esta novela enfocada a través de la historia de un adolescente. Recuerdo, por ejemplo, las novelas intitoladas *Una vida violenta* de Pier Paolo Pasolini, *Capitanes de la Arena* de Jorge Amado y *El Gran Meulnes*, el libro clásico de Alain Fournier, cuyos personajes son niños y adolescentes, con distintas experiencias pero con idénticos conflictos circulando por esas páginas inolvidables entre un mundo cruel y el ingenuo y bondadoso mundo de Edmundo de Amicis.

En un comentario que leí sobre la novela *Volver al mundo* del escritor español J. A. González Sainz, se hacía una referencia al caso de nuestra época donde se decía que “ese viejo mundo estaba yéndose a marchas forzadas, y los lugares de nuestras vidas, y las representaciones de nuestras ideas, estaban haciendo aguas por todas partes”. Esa demarcación entre ese mundo que se aleja que queda atrapado entre las

mallas del registro narrativo de Endara y su enfoque creador, lo realiza a través de cuatro géneros literarios que son la novela, el cuento, el teatro y el ensayo.

El libro abre sus páginas con varios cuentos y es precisamente en este género donde Neco despliega el abanico de sus grandes cualidades para el humor, para la amenidad, para captar la idiosincrasia y los matices del hombre cotidiano, y la sutil capacidad para insuflarle la gracia con amenidad a sus personajes reales y de ficción. Ahí, en este libro, podremos leer ese cuento extraordinario intitulado “La vela encendida”, donde su poderosa imaginación ha creado unos personajes inolvidables como los arcángeles con guayabanas blancas, la tierna e imperturbable señora Ana que va a pagar una manda, y la disparatada y radical hija de María. El final de este cuento puede decirse que proviene de la más pura fuente policial en conjunción tramada con la fantasía y el misterio.

En el aspecto teatral, que evoca el ataque y el incendio por el célebre pirata Sir Henry Morgan, nos ofrece la oportunidad y el deleite de asistir a una puesta dramática e histórica marcada con el estilo y el delirio de la fachada del excéntrico pirata en busca de prestigio, riquezas y amores y su inverosímil aventura depredadora en medio del *boom* de los cargamentos y del poder del imperio español.

En el año 2000, convocado por la prestigiosa revista española *Letras Internacionales*, abrió un concurso de ensayos como contribución a las celebraciones de Weimar como capital de la cultura europea, la misma ciudad que vio bailar como ningún poeta lo había hecho, a Wolfgang Johann Goethe, en el deslumbrante salón de baile de la Corte de Weimar. En ese certamen, entre los 2500 textos presentados, fue premiada la joven estudiante rusa, Ivetta Guerasimchuck con su ensayo intitulado “Diccionario de los vientos” donde en todas sus acepciones se involucra al viento. *Letras Internacionales*, al igual que yo que tuve el privilegio de leer este ensayo, consideró que se trataba de un premio que era una apuesta por el futuro y un anuncio de la sutileza con la que los jóvenes pensadores parecen enfrentarse a la complejidad de unas culturas seguramente demasiado viejas.

Por supuesto, que los niveles filosóficos y culturales son

distintos, pero si echamos una mirada al ensayo Azul que recoge este libro, lo podemos ver enmarcado dentro de esa sutileza conceptual y poética con que está concebido este ensayo.

Pienso que la Editorial Norma, con libros como el de Ernesto Endara, logra la inserción de nuestra literatura actual en el contexto educativo con una visión mucho más moderno, más ágil, y con un lenguaje mejor sintonizado con su tiempo y con su realidad histórica y humana. La educación descansa sobre los pilares del conocimiento y el conocimiento sobre la información, pero esa información debe estar basada en una valoración competente y creadora de nuestros avatares históricos, políticos y sociales y los grandes calamidades que nos atormentan, y por ende, que pueda servir a nuestro desarrollo como una comunidad no solamente ilustrada sino civilizada. Una educación que nos enseñe, como escribe Savater, “que el sexo nada tiene que ver con los records olímpicos, que es más rico cuando involucra sentimientos y no sólo sensaciones, que lo importante no es practicarlo cuanto antes, sino llegar a través de él a la más dulce y fiera de las vinculaciones humanas”. Una educación que frente al problema de la violencia, las drogas, y la irresistible tentación del dinero fácil, añade Savater, “debe ser compensado y mitigado racionalmente por el uso de nuestros impulsos no menos naturales de cooperación, concordia, y ordenamiento pacífico”.

Esta noche, como aquel poema de José Asunción Silva, toda llena de murmullos y de música de alas, quiero felicitar a los responsables de la editorial Norma por el lanzamiento de este libro que ilumina otros horizontes en nuestro proceso educativo, y a Neco Endara, mi hermano, mi amigo, porque nosotros tuvimos el valor de no abandonar a Rustichello de Pisa y no darle el turno al mercader de Venecia, en un mundo que se nos caía a pedazos, y en medio de los torbellinos de la existencia, aprendimos con Ernest Hemingway, y ese maravilloso y viejo pescador de su inmortal novela, que el sufrimiento había que soportarlo con elegancia.

LOA A BOLIVAR*

Luis Carlos Reyes**

Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, año LXVII, N°195, septiembre-diciembre de 2005, publicación cuatrimestral de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Simón de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios, -su nombre completo- si bien nació en Caracas -Venezuela- el 24 de julio de 1783, de padres acaudalados y, además, como miembro de una familia distinguida, la fortuna no le fue totalmente favorable, pues perdió a sus progenitores antes de los 10 años, circunstancia obviamente adversa para todo niño, que no obstante, nuestro héroe logró superar y quizás convertir en factor contribuyente a moldear su arquetipo personal tendente a prohijar, con notable valor, las causas de las capas sociales desfavorecidas.

Tan positiva formación inicial, pudo verse estimulada por la necesidad de continuar estudios en España, dados los acontecimientos mundiales coetáneos.

*Discurso pronunciado el 17 de diciembre de 2005, ante la Sociedad Bolivariana de Panamá, al conmemorarse los 175 años del fallecimiento de Simón Bolívar.

**Abogado, miembro de la Sociedad Bolivariana de Panamá.

Efectivamente, la estadia en la España de los años mil ochocientos, confrontada entonces por las influencias de los enciclopedistas, que partiendo de París comenzaban a desplazarse por Europa, con sus ideas renovadoras e incluso derribadoras de sistemas y de gobiernos, llegadas hasta la propia Iberia mediante las intervenciones políticas y armadas del emperador de los franceses, no pasaron desapercibidas al espíritu idealista del joven Bolívar.

Así lo confirman conocidos hechos puntuales, entre otros, el famoso juramento del Monte Sacro, en la Roma eterna, cuando frente a su maestro don Simón Rodríguez, obviamente complacido por el inicio de tiempos libertarios, pronunció el famoso juramento del Aventino, que no por vetusto debemos dejar caer en el olvido, exclamando: “Maestro, juro delante de usted, juro por el Dios de mis padres, juro por mi patria y juro por mi honor, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no rompa las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.

A dos siglos de distancia, pareciera una perogrullada repetir el conocido juramento, pero estimamos que debemos hacerlo, siempre que sea posible, por ser de permanente actualidad, reflejadora de la estatura moral y justa de nuestro personaje, vista su perpetua consagración a los postulados de la solemne promesa, cumplida satisfactoriamente con impresionante olvido de sus legítimos intereses personales.

Por sus palabras vemos una total sumisión a los dictados supremos de la justicia, y la libertad y, en resumen, de la Patria, que en su concepto no quedaba restringida a la

Venezuela de sus mayores, sino extendida a la América toda, víctima de la común opresión colonial.

Pruebas de ello nos las dan sus documentos relevantes, entre otros:

1. La famosa Carta de Jamaica de 1815, donde ratifica la pasión por la libertad de las tierras americanas y muy especialmente del Istmo de Panamá, repetidamente citado.

2. El Manifiesto de Cartagena, destinado a preparar al pueblo para la lucha independentista y anunciar los sacrificios necesarios para su logro, documento que resume los al-

tos fines del Libertador y que podría considerarse un proyecto, no sólo de la lucha por la independencia, sino también del nuevo Estado que visualizaba.

3. El Decreto de Trujillo, también conocido como Decreto de Guerra a Muerte, que podemos entender como una convocatoria a la rebelión armada contra el poder español, pues contiene graves conjuros, quizás radicales, impuestos por las circunstancias. Veámoslos:

Espanoles y canarios, contad con la muerte aún siendo indiferentes; sino obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americano, contad con la vida, aunque seáis culpables.

Todo español que no conspire contra la tiranía, a favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo y castigado como traidor a la patria y en consecuencia, irremisiblemente pasado por las armas.

Lograda la independencia y con ella la consecuente institución del Estado, continúan destacándose los méritos intrínsecos legibles en las constituciones, leyes, decretos y demás disposiciones de gobierno por él adoptadas, confirmatorias de su personalidad de patriota y de estadista adelantado a su tiempo, ya reflejadas en los documentos salidos de su talento.

Entre ellos, cabe destacar, por sus proyecciones identificadoras de las calidades visionarias del Patricio, los acontecimientos que cobraron realidad años después, por ejemplo, la convocatoria al Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826, ya anunciada desde la Carta de Jamaica, cuando dijo:

Que bello sería que el Istmo de Panamá, fuese para nosotros, lo que el de Corinto, para los griegos.

Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala formarán quizás una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares podrá ser con el tiempo el emporio del universo.

Conceptos que más tarde ratificara desde la Presidencia de Colombia, al decir:

Quando después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los *protocolos del Istmo*. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo.

(José A. Reyes Genzier, *Bolívar y el pensamiento panameño*, p. 143)

¿Qué duda cabe de que tan excelsos actos concurrentes constituyeron preludios de la actual Organización de Estados Americanos (OEA), y hasta de la Organización de Naciones Unidas (ONU), ambas establecidas en el Siglo XX,? Cuando es obvio que el ideario bolivariano les sirvió de inspiración, como noblemente lo reconocieron sus fundadores. (Carta Constitutiva de las Naciones Unidas, adoptada en la ciudad de San Francisco, California, Estados Unidos de América, 24 de Octubre de 1945).

En consecuencia, a Bolívar ciertamente le corresponde el concepto expresado en memorable ocasión por un gran panameño al decir: “Bolívar era un genio que hacía pueblos con la espada y constituciones con el cerebro” (Dr. José Isaac Fábrega, Discurso de aceptación de la candidatura presidencial el 27 de julio de 1947).

No conocemos de otro hombre público poseedor de visiones de tan largo alcance, trascendentes de ámbitos nacionales y hasta continentales, para ser fuente de inspiración de organismos mundiales.

No obstante lo anterior, debemos lamentar que el Libertador sucumbiese, abandonado y casi olvidado por los mismos a quienes consagró sus afanes, a igual que otros prohombres de la historia, merecedores de concluir su círculo vital entre el aplauso y la gratitud de sus contemporáneos, no obstante lo cual, también fallecieron en el ostracismo.

Afortunadamente, las generaciones posteriores hemos sabido brindar reconocimiento a la fecunda existencia del Libertador, por medio de monumentos, himnos, asociaciones,

bibliotecas, universidades, colegios y otras expresiones demostrativas de la debida admiración a la grandiosa gesta bolivariana. En vías de ejemplo, nos parece justo citar a dos ilustres panameños que consagraron sus vidas al ideario bolivariano, dignos por tanto de emulación: Se trata de Aníbal Illueca Sibauste y José Reyes Genzier.

En efecto, actualmente todas nuestras ciudades se honran con Sociedades Bolivarianas y con fechas destinadas a rendir merecido culto al Libertador, cuya figura ilustre felizmente continúa en ascenso, como prueba tangible de que el decurrir de los años, antes que hacerla declinar, ha aumentado el justo reconocimiento a su vida edificante y ejemplar.

La República de Panamá, que como hemos visto recibiera múltiples distinciones del Libertador, también se unió al merecido coro homenajeador, por medio de la ley No. 63, de 6 de junio de 1941, reformatoria de la ley 8 de 1937, las cuales en sus articulados sabiamente dispusieron que este local, que sirviera de salón de deliberaciones de los delegados al Congreso Anfictiónico de 1826, y de consecuente aprobación del denominado Protocolo de Panamá, pasara al patrimonio de nuestra Sociedad Bolivariana, como su sede permanente.

Consecuentemente, nunca debemos permitir el despojo de esta sagrada donación que ostenta el aval de leyes de la República y que, por tanto, constituye un honroso legado, cuya custodia y defensa es de obligante cumplimiento.

Es lo menos que podemos y debemos hacer como bolivarianos.

TAREAS SOBRE LA MARCHA

LA HISTORIA DE NUESTRA PREHISTORIA Las investigaciones de Dolores Piperno

Ligia Herrera J.*

Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología, Ruth Sautu, Paula Boniolo, Pablo Dalle, Rodolfo Elbert, 2005. Es una publicación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Colección Campus Virtual, Buenos Aires.

El conocimiento de la prehistoria de Panamá ha sido enriquecido durante los últimos veinte años con los resultados de los trabajos de investigación realizadas por un grupo de investigadores de muy alta calidad. Entre ellos sobresale un conjunto de científicos del Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, con sede en Panamá. Son numerosos estos investigadores al igual que sus trabajos, realizados siempre con gran rigor científico.

Dolores Piperno es una de estos investigadores. La metodología empleada en sus estudios difiere de la de la mayoría de sus colegas y tiene el especial interés de que los resultados obtenidos permiten seguir la secuencia cronológica de las actividades de los primeros habitantes del Istmo a través de los milenios y, al mismo tiempo, la evolución que, en virtud de esas actividades, experimentaba el medio ambiente en que ellos se movían.

*Geógrafa, investigadora asociada del CELA.

Los inicios de la ocupación del territorio del Istmo por los seres humanos

La parte medular de los trabajos de Piperno en Panamá se ha realizado en el área que ella denominó "Región Central del Pacífico". Su labor, sus hallazgos y la metodología empleada por ella merecen, con mucho, ser ampliamente divulgados en Panamá. Hacerlo en extenso requeriría un espacio mucho mayor del que puede permitir un artículo en la revista *Tareas*; no obstante, en el convencimiento de que es importante que ese conocimiento se generalice aunque sea en sus líneas generales, se intentará presentar aquí un resumen breve del mismo.

En sus investigaciones realizadas a lo largo de varios años en la "Región Central del Pacífico", Piperno llevó a cabo minuciosos estudios paleo botánicos del sedimento obtenido del fondo de lagos, convirtiéndose así en la pionera de la aplicación de este método en Panamá. Puso gran énfasis en el análisis de microfósiles de polen y de fitolitos¹ presentes en el sedimento encontrado en ese fondo, adonde sus componentes habían sido arrastrados por el viento y por corrientes de agua. Allí se acumularon a lo largo de los milenios formando capas, quedando así las más antiguas debajo de las más modernas que se fueron acumulando encima.

En el método empleado los sedimentos se extraen del fondo del lago mediante un tubo metálico que se inserta en ellos de manera vertical; dentro de él esos sedimentos van conformándose como una larga masa cilíndrica que al ser retirada del tubo permite al investigador estudiar las características de sus diversas capas para luego calcular la antigüedad aproximada de cada una de ellas mediante el método conocido como Carbono 14.

La información que Piperno logró obtener con esta tecnología durante sus estudios de los últimos 15 años ilustra facetas del período prehistórico del Istmo, así como también del histórico temprano, período este último en el que ocurre el arribo de europeos al país.

Piperno trabajó básicamente en dos lagos: 1) El lago La Yeguada, localizado en la vertiente del Pacífico de la cordillera Central en la provincia de Veraguas, ubicado a una altura de 636 metros sobre el nivel del mar y con una profundidad aproximada de 10 metros.² 2) El lago Wodehouse, en el extre-

mo este del Istmo, en la provincia de Darién, cerca al límite con Colombia, el cual tiene la característica de ser más reciente que La Yeguada y de menor profundidad. También fueron importantes sus investigaciones en el lago artificial Gatún y en El Valle. No obstante la investigación que rindió una más rica información fue la realizada en La Yeguada

No se conoce con exactitud cuándo llegó por primera vez el ser humano a Panamá, pero los trabajos de Piperno indican que existen evidencias de su presencia en nuestro territorio desde hace 11.000 años. Todo parece indicar, que esos primeros habitantes no eran más que bandas trashumantes de cazadores con rasgos culturales muy elementales que se reducían al uso de herramientas muy rudimentarias y que también sabían utilizar el fuego. Es posible que algunas de estas bandas trashumantes hayan entrado al Istmo antes de lo indicado, sin embargo, no existen datos que lo confirmen.

Las investigaciones en La Yeguada cuentan una historia de variaciones climáticas durante 14.000 años. El análisis de los sedimentos más antiguos extraídos de este lago dan cuenta de la existencia en el área de bosques más secos y abiertos que los actuales, con un alto porcentaje de plantas como encinas y magnolias, propias del clima templado que prevalecía, cuya temperatura aproximada era de unos 6 grados menor que la actual.

Once mil años antes del presente, (a.p.)³, Piperno descubre en las muestras estudiadas, la súbita aparición de carbón y vestigios de maleza, lo cual considera ser consecuencia de la actividad humana que perturbaba el medio ambiente y alteraba el paisaje existente. El hecho de que esta perturbación aparezca repentinamente y continúe en incremento posteriormente, indica a Piperno que se debe a un patrón que sugiere que no se trata de carbón derivado de fuego provocado por la naturaleza sino más bien por la actividad humana. Se trataba sin duda de alguna, de la aplicación de una de las escasas opciones culturales propias de los nuevos pobladores.

Estos primeros pobladores eran, como se indicó, grupos de cazadores y recolectores que se movían dentro del territorio; que utilizarían el fuego como defensa contra elementos del ambiente, (posiblemente del reino animal), para limpiar pe-

queñas áreas del territorio, o como técnica de cacería, la que se empleaba aún a la llegada de los españoles quienes la describieron con todo detalle. Las características de los bosques en esta primera etapa de la ocupación humana, de hecho permitían la circulación en ellos de animales de caza de dimensiones grandes y medianas.

Entre 11.000 y 10.000 años a.p. pequeños albergues aislados, rocosos las más de las veces, les sirvieron de refugio transitorios a estos moradores. Al presente se les ha encontrado ubicados tanto en elevaciones boscosas de poca altura o en áreas abiertas de sabanas con rastros. Igualmente fueron ocupadas las orillas del lago La Yeguada, aparentemente con miras a la caza de animales que acudirían a beber.

Los trabajos que han venido realizando durante 10 años los investigadores Richard Cooke y Anthony Ranere en la cuenca del río Santamaría, han sacado a la luz las características de estos lugares y mostrado las herramientas, armas y otros objetos de uso que emplearon sus habitantes.

Existen diferentes opiniones entre los investigadores sobre la permanencia de la ocupación de estos refugios. Piperno piensa que los indicios de fuego encontrados en los sedimentos que estudió, permiten pensar que tuvieron origen en pequeños desmontes en los lugares en que se ubicaban, lo que indicaría tal vez un asentamiento sedentario. Supone que esa mayor permanencia significaría una disminución en el sistema de recolección y caza y un mayor uso de plantas como recurso alimenticio.

Informa Piperno que ya entre 9.000 y 8.000 años a.p., aparecen plantas domesticadas. Se cultivan pequeñas áreas alrededor de la vivienda y todo parece indicar que 8.600 a.p. se daba el aprovechamiento de calabazas o zapallos y de pequeños tubérculos cuya utilización necesitaba un proceso de elaboración como en el caso del sagú. También se habían agregado otras fuentes de alimentos vegetales como corozos de palmas y frutas como el zapote.

Los resultados de los análisis paleobotánicos indican para ese momento deforestación y perturbación del medio. Los claros del bosque mediante el uso dirigido del fuego, a la vez que indicaban la desaparición de especies arbóreas, indicaban que se eliminaban plantas pequeñas y se estimulaba el

crecimiento de malezas. Para este momento los disturbios ambientales que se habían observado en La Yeguada 11.000 años a.p., se habían intensificado como resultado de la quema. Así lo mostraban los altos niveles de carbón en los fitolitos.

Desde los inicios de 7.000 años a.p. aproximadamente, indica Piperno, ocurren en el Istmo hechos que repercutieron de manera directa en la alteración del medio ambiente. En el período 7.000-5.000 a.p. se registran cambios importantes: Se preparan áreas de mayor tamaño para el cultivo, inclusive lejos de la vivienda y se intensifican la tala y la quema. Se incorporan como alimento la yuca, cierto tipo de ñame y el camote. Investigaciones arqueológicas paralelas indican que al mismo tiempo se registra un considerable aumento en el número y tamaño de los refugios, lo que evidencia un incremento notable de la población. Todo parece indicar la búsqueda de nuevas fuentes de alimentos, y los recursos costeros comienzan a usarse con frecuencia. A más del aumento de la población había ocurrido la disminución de los animales de caza. La quema constante deterioraba los suelos que se cubrían de una abundante vegetación secundaria en donde solo medraba ahora con relativa abundancia el venado de cola blanca. A más de éste solo hay indicios de pocos animales usados como alimento, (pequeños pájaros, iguanas, mapaches y algunas aves costeras).⁴

Un hecho importante ocurre en este período: se registran por primera vez en los sedimentos fitolitos y polen de maíz en dos refugios próximos a La Yeguada, que al ser datados registraron entre 7.000 y 7.100 años a.p. No obstante, podría tratarse de una raza primitiva de maíz. Las evidencias que señalaban, ya sin duda alguna la presencia del maíz actual en diversas partes del territorio panameño, solo ocurren alrededor de los 4.000 años a.p.⁵

La aceptación del maíz como planta productora de alimento fue absoluta en todo el territorio. Esta planta ofrecía claras ventajas prácticas sobre las demás ya cultivadas: podía producir múltiples cosechas anuales; se daba bien tanto si era cultivada en tierras bajas o de mayor altura; su transporte era relativamente fácil y tenía la posibilidad de ser almacenado por periodos largos de tiempo.

Resulta impresionante el vigor con que ocurrió este

cambio cultural y la rapidez con que esta planta ocupó el territorio. Sin embargo la combinación, tala y quema-cultivo del maíz-aumento de la población-deterioro del medio, ocurre con fuerza a lo largo del tiempo. Las modificaciones de los bosques que hasta entonces consistían en pequeños claros para sembrados en pequeña escala van en aumento permanente. Las muestras de sedimentos estudiadas indican la disminución constante de árboles típicos de un bosque maduro, el crecimiento en aumento de especies secundarias y niveles de carbón permanentemente altos. La adopción e intensificación de la tala y la quema como método permanente en la práctica de la agricultura, y su continuación a lo largo del tiempo, iba produciendo un paisaje deforestado, con escasas especies secundarias y suelos con agudo deterioro.

Investigaciones de Piperno y de colegas investigadores indican que las planicies que bordeaban el Istmo, sobre todo aquellas con periodos secos bastante largos, se convirtieron en sabanas casi ausentes de árboles, solo limitadas por determinadas condiciones del relieve o por las tierras húmedas o donde persistieron los bosques de galería a las orillas de los ríos.

Estas circunstancias deben haber impulsado a los pobladores a emigrar en búsqueda de nuevas tierras de cultivo. Podría explicarse así por qué entre los 5.000 y los 3.000 años a.p. los patrones de asentamiento humano se modificaron. Se hicieron más numerosos y de mayor tamaño los sitios ubicados en la costa y en las áreas aluviales de las planicies costeras,⁶ donde el persistente nuevo ascenso del mar había favorecido el desarrollo de amplios manglares y, con ello, de litorales ricos en vida marina fuente de alimentación.

Alrededor de 4.200 años a.p., señala Piperno, todo indica una marcada intensificación de la agricultura, al punto de que aún la vegetación secundaria es escasa. El aumento de la población hacía necesarias nuevas técnicas de cultivo con lo que los periodos de barbecho se hicieron más cortos y los campos de cultivo fueron de mayor tamaño. Fue necesario una organización que hiciera posible su cultivo, lo que debía implicar la concentración de la población en pequeños asentamientos.⁷ de vida sedentaria.

En La Yeguada, todo indica que la actividad agrícola que había venido siendo continua durante el tercer milenio,

comenzó a disminuir después del año 2.000 a.p. Explica Piperno que para la época de Cristo la agricultura ya había sido abandonada en la cuenca del lago, situación que supone puede haber sido causada por el deterioro de los suelos, responsable a su vez de que la población que antes se ubicaba allí en forma dispersa o en pequeños grupos familiares, abandonara el área. Se explica así la existencia, para esta misma época, la presencia frecuente de pequeños asentamientos en las áreas aluviales a lo largo de los ríos que atraviesan las llanuras costeras.

El examen de los sedimentos del lago La Yeguada alrededor de 350 años a.p. muestran un panorama totalmente diferente: en ese momento los árboles han reaparecido, los vestigios de carbón prácticamente no existen y tampoco los rastros de maíz. Todo parece indicar que en la región había ocurrido una significativa disminución de la población indígena. La reputada antropóloga Olga Linares al comentar este hecho indica que: "Asumiendo que tomó entre 50 y 100 años para que los bosque maduraran lo suficiente como para aparecer en los registros fósiles, ... aquello que motivó este drástico cambio en el ambiente debió ocurrir a mediados o finales del siglo XVI"⁸. De aquí que tanto ella como Piperno concuerden en que ese cambio se debió a la llegada al Istmo de los europeos y a la secuela de enfermedades, persecuciones, matanzas, emigraciones obligadas, separación de sexos y trabajo forzado que trajo consigo y que diezmó la población indígena. De este modo los trabajos de Piperno con colaboración de Olga Linares muestran, sin lugar a dudas, la verdad de las aseveraciones que crónicas sobre la conquista han relatado. Tal fue, se comprueba, la evolución experimentada por la población en este sector del Istmo que los cronistas inicialmente habían descrito como profusamente habitado y de extensas áreas cultivadas y deforestadas.

Unos cien años después de la reaparición de los bosques, Piperno observa que éstos nuevamente dieron muestras de haber sido intervenidos. Las amplias sabanas que los españoles habían encontrado cubiertas por maizales y otros productos de la tierra ya les parecían insuficientes para la cría de ganado, que habiendo sido introducido en 1512 y criado en soltura, se había multiplicado en forma impresionante;

toda la tierra parecía insuficiente para su ocupación y hasta los bosques premontanos comenzaron a ser destruidos para convertirlos en pastizales. De esta forma, los nuevos bosques de La Yeguada, cercanos a las minas de oro de Concepción puestas en explotación por los nuevos colonizadores, pronto fueron intervenidos y destruidos. La deforestación ha debido ser completa para atender las necesidades de madera y carbón de la minería. Había necesidad también de alimentar la población y pronto los campos fueron convertidos en sabanas para alimentar las reses. Cerros y cañadas fueron igualmente ocupadas por el ganado.

La cultura ganadera recién introducida repercutió de manera muy importante en los aspectos económicos y sociales en toda la región suroccidental del Istmo. La invasión de los campos de cultivo por el ganado deprimió las posibilidades de recuperación de la población indígena. La erosión de los suelos fue enorme; de manera diferencial labró profundos surcos en las laderas de suaves declives de los volcanes, de las áreas del piedemonte cordillerano y otras de condiciones similares. A ello habría que añadir la compactación de los suelos como consecuencia de siglos en actividad ganadera bajo técnicas primitivas. Los bosques prácticamente desaparecieron, persistiendo solamente los bosques en galería que aprovechaban la humedad de las márgenes de los ríos.

2. La investigación en el lago Wodehouse

Piperno, como ya se indicó, realizó en este lago investigaciones similares a las que llevó a cabo en el de La Yeguada. Fueron realizadas entre los años 1988 y 1993 fecha de su informe.⁹

Poco conocido y con características particulares, este lago fue objeto, por parte de la investigadora, de una descripción que merece transcribirse: “Está situado en la cuenca del río Tuira, en una región remota y poco poblada, cerca de 20 kilómetros del límite con Colombia. Mantiene un cuerpo de agua de alrededor de 300 x 700 metros, que se expande a cerca de 9 kilómetros cuadrados durante la estación lluviosa. Durante la época más seca del año cuando fue visitado, el lago era una hoya cerrada con un ingreso insignificante de agua y carecía de desagüe. La expansión que experimenta

durante la estación lluviosa lo aproxima mucho a un tributario del río Tuira, lo que permite pensar que el lago recibe suministro de ese sistema hidráulico, especialmente durante los intervalos de mayores lluvias”.¹⁰

Por encontrarse ubicado en el extremo suroriental del Istmo, dentro de la cuenca alta del río Tuira, el área, hasta hoy de difícil acceso, ha sido relativamente poco estudiada; se calcula que el lago se originó como resultado de una actividad tectónica que represó el valle.

Para la fecha de la investigación, ya citada, el sitio en que se encuentra el lago se describe como cubierto por una vegetación natural de bosque premontano húmedo, rico en especies altas, que daba refugio a una fauna significativa de mamíferos y que parecía no haber sido impactado recientemente.

Aplicando la misma metodología usada en la Yeguada, Piperno alcanza resultados muy importantes, que ayudan a esclarecer las relaciones entre el devenir histórico del hombre, la naturaleza y el medio ambiente.

Los datos paleobotánicos logrados en el lago Wodehouse por la investigación, tienen fecha de alrededor de 4.000 años a.p. Indican la existencia en el área de una prolongada vida humana que había desarrollado una primitiva agricultura de corte y quema y que cultivaba principalmente el maíz. Todo parece indicar que la población indígena había alterado considerablemente los bosques mediante el uso constante del fuego y la remoción de ciertos árboles, para aclarar espacios que se usarían en agricultura.

Los fitolitos de maíz, aparecen en forma continua desde los 10.4 metros de profundidad, lo que corresponde a alrededor de 4.000 años a.p. Al mismo tiempo se daba una drástica disminución de señales de la presencia arbórea que había existido con anterioridad en forma abundante. No obstante, a los 2.0 metros de profundidad, los fitolitos de maíz desaparecen para no volver a verse más. Una situación similar ocurre en el pantano de Cana, a unos 15 kilómetros de distancia del lago en estudio.

Resulta evidente la similitud de los resultados obtenidos en las investigaciones del lago Wodehouse con aquellos de La Yeguada: La existencia de una agricultura de roza y

quema, el cultivo preferente del maíz, el deterioro de los suelos como consecuencia del largo período de tiempo de la aplicación de este tipo de agricultura, la paralización de los cultivos en un momento dado muy similar en ambos casos, al igual que la súbita y rápida regeneración de los bosques.

Pero, contrario a lo que se dio en La Yeguada, el bosque reinstalado no desapareció nuevamente en Wodehouse. Esta evidencia sugiere que a más de que la región fue abandonada por la población primitiva hacen unos 350 años coincidiendo al igual que en La Yeguada, con el inicio de la ocupación europea y la declinación de la población indígena señalada inicialmente como muy abundante, se dio en Darién, tal como lo señalan los datos históricos, un comportamiento posterior de esta población, diferente al que ocurrió en la sección central del Istmo. En efecto, los repetidos levantamientos indígenas, frecuentemente apoyados por incursionistas europeos de otras nacionalidades, tuvieron como resultado el abandono del Darién por parte de los españoles y el consecuente resurgimiento de los bosques. A diferencia de lo que ocurrió en La Yeguada, la ganadería colonial no llegó a desarrollarse en estas tierras. Olga Linares¹¹ explica que “Esto se debió en parte al uso discontinuo que los españoles hicieron del Darién a partir del siglo XVI. Los españoles penetraron el Darién vía el golfo de San Miguel. Sin embargo dejaron una ancha barrera cubierta de densas florestas, en el centro de la región. Esta zona era poblada por indígenas hostiles, quienes por años cooperaron con piratas europeos, con colonos franceses, escoceses y otros, para tratar de desalojar o por lo menos contener a los enemigos españoles.” Esa no ocupación al norte del Golfo, que se extendía hasta las playas del Caribe, facilitaba tal cooperación y los respectivos ataques contra los españoles.

Tal como indica Piperno en su informe, “la floresta local alrededor de Wodehouse tomó menos de 350 años..... para alcanzar la presente riqueza de bosques que lo rodea. Los bosques húmedos aparentemente pueden sobrevivir las alteraciones que el hombre provoca siempre que no resulten en la remoción y extinción total de las especies.” Lección digna de aprenderse. Pareciera que aún nos queda salvación.

Algunos comentarios sobre el trabajo de Dolores Piperno

Sobre el excelente trabajo desarrollado por la investigadora Dolores Piperno en nuestro país podría hacerse comentarios de la más diversa índole; como panameña prefiero iniciarlos indicando lo mucho que significan para nuestro propio reconocimiento.

Brevemente podría señalarse además que Piperno:

Nos indica con la certeza de lo demostrable, la fecha aproximada del inicio de la presencia del ser humano en Panamá.

Señala con claridad el nivel cultural de ese individuo.

Nos presenta por primera vez una secuencia única del poblamiento prehistórico en dos regiones del Istmo del sector del Pacífico: las características con que se dio su evolución a lo largo de los milenios, y las formas de sobrevivencia que sus individuos fueron adoptando en el transcurso de ellos.

Hace patente el medio ambiente al que debieron adaptarse y la manera como lograron hacerlo.

Los resultados ambientales de su lucha por lograrlo.

Con la colaboración de otros distinguidos investigadores, liderados por Richard Cooke, nos ha permitido apreciar las características con que se asentaron en este territorio esos primitivos pobladores.

Piperno nos ha develado al hombre prehistórico panameño en una dimensión tan humana que nos permite sentirlo vivo y actual en su lucha por su sobrevivencia, que lo obliga a enfrentar con armas muy rudimentarias el medio donde ha de encontrar las formas que le permitan sobrevivir. La afectación del ambiente que provocó y que debió enfrentar es, en buena parte, el resultado de los medios primitivos con que tuvo que hacerlo, y su limitado desarrollo cultural. Cuando se le advierte en estas dimensiones no queda más que reconocer qué poco se diferencia ese individuo del actual estado del indígena panameño, más de 500 años después de la hecatombe que le significó la llegada a sus tierras de los europeos. Su sobrevivencia después de aquel momento es el resultado de su persistencia en vivir, pues “el desarrollo”, “la cultura” y el espíritu del panameño actual, bien poco ha contribuido a que lo logre plenamente.

Notas

1. *Fitolitos*: “pequeños granos de sílice presentes en las hojas y en otros tejidos de muchas plantas. Cuentan con formas elaboradas y muchas especies de plantas pueden ser identificadas con seguridad por las formas y el tamaño distintivos de sus Fitolitos”. *Polen*, “pequeños granos producidos por las plantas florales para asegurar la polinización, también son muy resistentes. Los granos de polen de diferentes especies de plantas muestran gran variedad de adornos superficiales... La mayoría de las especies de plantas pueden ser identificadas únicamente por sus granos de polen”. Tomado de, Linares, Olga, “Poblaciones humanas y medio ambiente: pasado y presente”. En, *Naturaleza Tropical* No. 6, *La Prensa*, 1994.
2. *Diccionario geográfico de Panamá*, vol. II, Editorial Universitaria, Panamá 2001.
3. La doctora Piperno, al igual que muchos otros investigadores actuales de la prehistoria, utiliza la datación *Antes del presente* (a. p.) Como su nombre lo indica, se refiere a hechos que ocurrieron años atrás utilizando como base de cálculo el momento actual, a diferencia de la costumbre de otros investigadores que usan como base la fecha del nacimiento de Cristo (A. C.)
4. Cooke, Richard, “Panamá precolombino”, en, *Dimensiones de la Historia de Panamá*, p. 20. Club Unión de Panamá, 2004.
5. Cooke, op. cit.
6. Piperno, Dolores y Deborah Pershal, *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*. Academic Press, 1998, pp. 294-295.
7. Piperno, Dolores y otros. “Paleoecological perspectives on human adaptation in central Panamá. The Holocene Geoarchaeology”, en *International Journal*, vol. 6, No. 3, 1991, John Wiley & Sons, Inc.
8. Linares, Olga. Op. cit.
9. Piperno, Dolores R., *Phytolith and charcoal evidence for prehistoric slash-and-burn agriculture in Darien rain forest of Panama*. Smithsonian Tropical Research Institute, Panama.
10. Traducción libre hecha por Ligia Herrera J.
11. Linares, Olga, op. cit.

CARTA DE INTENCION DEL GOBIERNO AL BANCO MUNDIAL*

Carta de Política Económica del Préstamo de
Desarrollo de Política Institucional y de Finanzas Públicas

Carlos Vallarino
Ministro de Economía y Finanzas

8 de septiembre de 2006
PP-D-N°140

Señor
Paul Wolfowitz
Presidente, Banco Mundial
Washington, D. C.

Estimado señor Presidente:

Desde el inicio del ejercicio de las funciones de la actual administración, se anunciaron las prioridades en la gestión pública; saneamiento de las finanzas públicas, la reducción de la pobreza, la generación de empleos a través del crecimiento económico, la ejecución de un programa de inversiones públicas que sirviera de sustento al crecimiento econó-

*Versión tomada de la página de internet del Ministerio de Economía y Finanzas (MEF).

mico, la transparencia en la gestión pública y el combate a la corrupción .

Nuestro diagnóstico de la situación económica estableció que la continuación del modelo dual de desarrollo, por un lado, con un moderno y competitivo sector de servicios y por el otro, con un sector productor de bienes con bajos niveles de productividad, no genera suficiente impulso para lograr reducir los niveles de informalidad y desempleo. Este modelo económico dual no facilita el mejoramiento de la mala distribución del ingreso y hace más difícil lograr una reducción significativa de la pobreza, especialmente en el interior de la República.

I. Objetivos estratégicos cuyos objetivos y medidas se presentan a continuación:

1. La Estrategia del Gobierno

El Programa de Gobierno de la actual Administración está basado en cinco pilares:

1. Reducción de la pobreza y mejora de la distribución del ingreso mediante un Programa de subsidios directos, focalizados a los más necesitados, y la ejecución de programas que fortalezcan la capacidad productiva de la economía con la inserción al mercado de grupos excluidos.

2. Una política de crecimiento económico para la generación de empleos fundamentada en (i) el desarrollo de un modelo de apertura comercial, que incluye la firma de Tratados de Libre Comercio, especialmente con Estados Unidos de Norteamérica y otros bloques importantes; (ii) la promoción de una economía de mercado, con neutralidad de incentivos; y (iii) potenciar el desarrollo de la posición geográfica, con la ampliación y modernización del Canal de Panamá, (iv) la desregulación de los mercados y la eliminación de las barreras de entrada a los mismos, para asegurar igualdad de oportunidades para todos los ciudadanos, reducir la presencia de concentraciones y monopolios, y de esta manera fomentar la competencia en busca de una baja generalizada de precios.

3. Saneamiento permanente de las finanzas públicas, acción

que es una precondition para el desarrollo económico sostenible, con un manejo responsable de las finanzas públicas a corto plazo y reformas estructurales para el largo plazo. Estas reformas estarán acompañadas de un control estricto del gasto corriente, donde se tiene como objetivo la generación de ahorro público que permita financiar una porción importante de la inversión pública.

4. Desarrollo de Capital Humano por medio de la reforma y modernización del sistema educativo que incorpore el estudio del idioma inglés, tecnología de cómputo y técnicas empresariales, con el fin de brindar un entrenamiento adecuado a la fuerza laboral.

5. Reforma y Modernización del Estado que garantice la transparencia y ayude a erradicar la corrupción en el Sector Público. Además se busca reestructurar el sistema de planificación de la acción del Gobierno, incrementando la participación del sector privado dentro del componente de inversión en infraestructura,

II. La Conducción Macroeconómica

Al inicio de esta administración se enfrentaron graves problemas financieros inmediatos y de mediano plazo, entre los que podemos citar en alto nivel de endeudamiento, un déficit fiscal insostenible, ahorro público corriente negativo y serias dificultades en las finanzas de la Caja del Seguro Social (CSS). Así tenemos que el déficit del Sector Público no Financiero (SPNF) pasó de B/.623 millones en 2003 a B/.691 millones en 2004, llegando a representar casi el 5% del Producto Interno Bruto (PIB) en ambos años. Por su parte, el deterioro de las finanzas de la Caja del Seguro Social se puso de manifiesto cuando el déficit actuarial del Programa de Invalidez, Vejez y Muerte (IVM), según la norma legal, pasó de B/1,800 millones en 1999 a B/3,900 millones en 2005; mientras que el déficit actuarial total se estima entre 81.7 mil y 10 mil millones. Lo anterior puso en peligro la sostenibilidad financiera del Estado, e incidió en el riesgo país, situación que se agravó dada la falta de transparencia en el manejo de las cuentas fiscales, durante la administración pasada.

Nuestras metas a largo plazo

Las metas de la Administración son las de reducir paulatinamente el déficit fiscal, lograr un mayor ahorro público para financiar el programa de inversiones, disminuir el peso relativo de la deuda pública y tener un sistema tributario con mayor elasticidad y equidad.

Principales Medidas Fiscales

- Solucionar la crisis fiscal ha sido prioritaria Las acciones de nuestra

- Administración, se han centrado en restaurar la disciplina fiscal, sincerar las cuentas fiscales y sanear las finanzas públicas. Esto se ha logrado mediante la ejecución de varias acciones, entre las cuales se incluye el control del gasto, en particular el corriente, y el aumento en los ingresos. Estas medidas lograron reducir el déficit fiscal del SPNF a 3.2% del PIB en 2005. Para mejorar el balance fiscal, en febrero de 2005 el Gobierno introdujo una reforma fiscal a través de la Ley 6 de Equidad Fiscal, la cual incluye un programa de reducción de gastos y una reestructuración del sistema tributario. Por el lado de los ingresos, la ley implantó, entre otros, un sistema de cálculo de impuestos los ingresos brutos de las empresas, como pago mínima anticipada del *impuesto* de la renta corporativa y eliminar un número significativo de regímenes preferenciales.

También se eliminó la exoneración del pago de impuesto sobre la renta a los ingresos personales de fuente extranjera que no cumplen ciertas condiciones. Se estima que la nueva ley redundará en un *aumento* significativo de los ingresos tributarios, habiendo ya contribuido a un incremento de 0.9% del PIB de los ingresos corrientes del gobierno central en 2005, comparado al 2004.

Por el lado del gasto público también se está haciendo fuertes esfuerzos para contener el excesivo crecimiento observado en los últimos años. Para lograr y mantener un futuro balance de las cuentas del Estado, se ha establecido: (i) reducir el empleo público, en los sectores no prioritarios, a los niveles de 1999, en base a lo que dicta la ley 6 del 2005 y (ii) limitar los gastos corrientes y administrativos para que esté en línea con los incrementos en la recaudación fiscal. Como primer resultado de estos esfuerzos, el empleo público total se ha reducido en 6,651 personas (o sea 4% del total) entre finales de 2004 y finales de 2005.

Se aprobó la reforma de la Ley de la Caja del Seguro Social (CSS) con la

finalidad de reducir su déficit. En diciembre del 2005, después de un amplio diálogo con la sociedad civil, se logró un consenso sobre los cambios necesarios para restaurar la sostenibilidad financiera y actuarial de los programas de la CSS, resolver duplicaciones e ineficiencias en los servicios de salud y aumentar la productividad en dicha institución. Actualmente, se trabaja en la reglamentación de esta Ley, con el propósito de completar los instrumentos legislativos necesarios para su correcta aplicación.

Durante estos últimos dos años que acaban de concluir, la economía ha

respondido a las medidas de reforma y a los estímulos en las políticas públicas, logrando un crecimiento de 7.6% en 2004, 6.4% en 2005 y para 2006, dado el fuerte crecimiento de 7.4% experimentado durante el primer semestre de este año, se espera un crecimiento superior al obtenido en 2005. Estos niveles de crecimiento se han fundamentado, primordialmente en el sector externo, a través del fuerte incremento en las exportaciones de los sectores ligados a los servicios, tales como: la banca, turismo, puertos, el Canal de Panamá y la Zona Libre de Colón, así como el crecimiento en el sector doméstico, en particular la construcción. Las perspectivas para los años venideros son muy favorables, debido al inicio de megaproyectos de inversión en el sector construcción entre los cuales se encuentra la modernización del Canal, el desarrollo de un Megapuerto en la costa Pacífica, la construcción de modernas torres y empleos inmobiliarios de alto costo, así como, buenas perspectivas en las exportaciones. Por otro lado, se ha logrado una reducción en el índice de desempleo abierto, el cual paso de 7.6% en el 2005 y a 6.8% en el 2006.

Buscamos disminuir el riesgo y la importancia relativa de la deuda pública.

Con estas políticas se espera, a mediano y largo plazo, mejorar la calificación de riesgo soberano de la deuda pública y del país, así como consolidar las condiciones macroeconómicas que faciliten el crecimiento y desarrollo de Panamá conjuntamente con las acciones tomadas, y con la finalidad de acelerar la disminución de la deuda, estamos explorando me-

canismos financieros para utilizar los activos del Estado en la reducción de los pasivos públicos.

Nuestra visión estratégica de desarrollo Económico y de Empleo hacia 2009 constituye el marco programático de nuestra inversión.

Para 2006 se estructuró el Presupuesto General del Estado con énfasis en el programa de inversiones dado su efecto en el crecimiento económico y mayor generación de empleo. El presupuesto de inversiones alcanzó la suma de B/.836.9 millones, lo cual sumado a los más de B/.150.0 millones de la Autoridad del Canal de Panamá, lo convierten en uno de los más elevados de los últimos años. Como hemos señalado, el presupuesto se fundamenta en los objetivos delimitados en los cinco pilares de la política económica, así tenemos que el “Saneamiento y Fortalecimiento de las Finanzas Publicas” se refleja en: (i) un aumento en el ahorro corriente del gobierno por el orden de B/.232.0 millones; (ii) el énfasis en las inversiones; y (iii) una reducción del déficit del SPNF del 3.2% en 2005 y al 2.9% del PIB en 2006 (4.9% en 2004). La orientación del presupuesto se manifiesta hacia los objetivos estratégicos o pilares de la política pública, lo que también se percibe claramente en el presupuesto de inversiones. En efecto, el 47% se destina a inversiones ligadas al crecimiento y generación de empleos (infraestructura e inversiones sectoriales), a su vez, un 24% se dedica a programas sociales y de reducción de la pobreza, mientras que un 23 % se orienta a inversiones en capital humano.

Las logros fiscales alcanzados por la Administración durante sus primeros 22 meses son muy importantes, pero aún quedan acciones para mejorar, y retos para ampliar el espectro de oportunidades de desarrollo para Panamá. En particular, se requiere un marco legal consistente con las metas de reducción de la deuda y mantenimiento de la estabilidad fiscal. En este contexto, se trabaja en una propuesta de reformas a la Ley de Reactivación Económica y Responsabilidad Fiscal (Ley 20 de 2003 con la finalidad de adaptarla a la estrategia fiscal y financiera del Gobierno y que define en forma clara las metas y objetivos de reducción de la deuda, los resultados y la metodología apropiada para la medición del déficit fiscal, así como aspectos cualitativos relacionados con la

transparencia basados en las sugerencias del informe sobre la Observancia de Códigos y Normas (IOCN) presentado por el Fondo Monetario Internacional y otras entidades especializadas.

También el Estado cuenta con activos que potencialmente pueden ayudar a reducir la deuda. Por consiguiente, se están evaluando alternativas y estudios, incluyendo la posibilidad de venta, concesión y apertura al sector privado en ciertas actividades actualmente reservadas para el Estado.

Metas fiscales de corto y mediano plazo. El Gobierno ha establecido las siguientes metas de corto plazo para 2006; i) Déficit esperado del SPNF será de 2.9% respecto al PIB (B/484.4 millones); ii) Déficit Operacional presupuestado de la CSS es de 0.7% del PIB (B/117.0 millones); iii) el nivel de Deuda Pública Consolidada respecto al PIB será de 61%; y a mediano plazo, es decir 2009, se espera tener un déficit fiscal menor al 1% del PIB, la relación Deuda Pública Consolidada del PIB estará alrededor del 54.4% y el Balance Operacional de la Caja de Seguro Social estaría reflejando un superávit de 0.3% del PIB nominal de 2009. Para alcanzar estas metas de mediano plazo, el Gobierno espera lograr aumentar el total de las recaudaciones tributarias por lo menos al 9% del PIB para 2009, y lograr reducir el número de los empleados públicos en aquellos sectores que no están regidas por leyes especiales al nivel que prevalecía en 1999.

III. Desarrollo de la Política Institucional

Con la finalidad de hacer más transparente la gestión fiscal el Gobierno ha adoptado un nuevo sistema en las compras del Estado. En 2005 la Administración lanzó *PanamáCompra* (Decreto Ejecutivo N°98 - Gaceta Oficial N°25378) mecanismo diseñado para facilitar las contrataciones del sector público y herramienta para reducir la corrupción a través de mayor transparencia en las compras y contrataciones gubernamentales. Bajo el nuevo sistema, todas las instituciones del Gobierno Central y Entidades Autónomas y Semiautónomas, estarán obligadas a publicar la información relacionada con los procesos de contratación pública para ser transmitida por medio del sistema electrónico de contrataciones públicas. También se ha aprobado la Ley N°22 del 27 de junio de 2006 “que regula la Contratación Pública y dicta otras disposiciones”.

Esta ley lleva la intención de modernizar y transparentar las contrataciones y compras, además, haciéndolas más ágiles.

También con el fin de lograr mayor transparencia fiscal y la modernización del estado, el Gobierno ha empezado la implementación de un programa para mejorar los sistemas de gerencia financiera pública. Entre las principales medidas tomadas hasta mediados de 2006, el Gobierno ha iniciado (i) la publicación trimestral por parte del MEF y de la CGR de los balances fiscales del sector público, y (ii) un programa para reducir los atrasos fiscales en cuentas por pagar. En este respecto, se han logrado importantes avances: los atrasos en cuentas por pagar, que representaban un 13.1 por ciento del gasto total del gobierno central en 2004, fueron reducidos al 5.8 por ciento del gasto total en 2005. Otra importante iniciativa de Gobierno se refiere a la modernización del sistema de presupuesto público. El Gobierno está en proceso de modernizar su sistema de presupuesto mediante la introducción de un marco presupuestal de mediano plazo (para los años 2007-2010) que formará parte del Presupuesto Nacional a partir de 2007.

En cuanto a las metas de corto y mediano plazo, en este campo, el Gobierno está en el proceso de finalizar un plan de acciones basadas en el informe “CFAPAR” elaborado conjuntamente por el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo.

Entre las acciones planeadas, el Gobierno tiene la intención de continuar la publicación trimestral de los balances fiscales y de reducir los montos de los atrasos en cuentas por debajo del 5 por ciento del gasto total del gobierno central en 2006 y cerca del 2 por ciento del gasto total en 2009. Por otro lado, en la medida que se obtenga mayor experiencia con el nuevo marco presupuestal de mediano plazo, el Gobierno espera evolucionar en el mediano plan hacia un sistema de presupuesto en base a resultados con el fin de mejorar el impacto y eficiencia del gasto público.

IV. Acciones Complementarias

En este contexto, y para fortalecer el proceso de implementación de reformas, estamos solicitando el apoyo a la institución que Usted preside, para la consecución de un Préstamo de Desarrollo de Políticas, que brindan apoyo para reestable-

cer la sostenibilidad fiscal y ayudar a mejorar la efectividad y productividad del gasto público.

Adicional a las acciones contempladas, la Administración se compromete a realizar las siguientes acciones complementarias que profundizan la sostenibilidad de la agenda de reforma y darán apoyo a los objetivos de la operación solicitada.

1. Se requiere un plan integral de acciones complementarias para la adaptación al libre comercio. Para apoyar la formulación de políticas públicas que promuevan la inversión y las exportaciones, será necesario un plan para la elaboración de una agenda complementaria, estructuras e instrumentos necesarios para su ejecución y mecanismos de consulta con el sector privado y la sociedad civil.

2. Compromisos del Estado para mejorar el clima de inversión. Para fortalecer el clima de inversiones y la mayor competitividad internacional, la estrategia de la Administración, en el mediano plazo, hace hincapié en: (i) la provisión de servicios de infraestructura marítima (incluyendo la ampliación del Canal) y aeroportuaria; (ii) la promoción de la inversión y las exportaciones; (iii) ampliar la competencia en los mercados locales; (iv) la reducción de costos y barreras de transacción; (v) la innovación tecnológica; y (vi) la gobernabilidad y transparencia.

3. La Administración ha puesto énfasis en la apertura comercial con la negociación de tratados de libre comercio. Con este objetivo, la Administración tiene el compromiso de fortalecer el Ministerio de Comercio e Industrias (MICI) en sus funciones de negociación y administración de tratados y formulación de políticas públicas que apoyan el fomento de la inversión y las exportaciones.

4. Se requiere modernizar el marco institucional y jurídico que promuevan el sistema de mercado y mejoren su funcionamiento. Específicamente se trata de ampliar y asegurar la competencia y de bajar costos de transacción. La Administración se compromete a llevar a cabo los estudios sectoriales y legales que permitan eliminar barreras a la entrada y la falta de competencia, así como promover la defensa del consumidor.

V. En resumen

Considerando la visión estratégica de esta Administración que contempla un marco macroeconómico conducente al desarrollo sostenible, la reducción de la pobreza, y una apertura comercial en conjunto con los cambios de política de sostenibilidad y transparencia fiscal efectuados, tal como han sido resaltados en esta carta, consideramos importante el apoyo del Banco Mundial a través del Préstamo de Desarrollo de Política Institucional y de Finanzas Públicas.

Por lo anterior, el Gobierno de la República de Panamá solicita la aprobación del préstamo citado.

Con las muestras de mis más alta consideración y estima le saludo

Atentamente,

Carlos Vallarino R.
Ministro

TRAGEDIA E IMPUNIDAD EN EL SISTEMA DE SALUD*

Buscando Camino

El envenenamiento por medicamentos fabricados en el laboratorio de la CSS, utilizando para ello el tóxico dietilene glycol que le fue vendido fraudulentamente a la institución en sustitución de glicerina pura, ha cobrado ya más de 40 víctimas mortales. Proporcionalmente hablando, más del doble de los fallecidos en la catástrofe de las Torres Gemelas de Nueva York. Y el listado sigue engrosándose día tras día, sin contar con las sospechas razonables de que los fallecimientos por tales causas se vienen produciendo desde el mes de junio y que el número de muertos ha sido manipulado por las autoridades de salud. Por si fuera poco, a los afectados que escaparon milagrosamente de la muerte se les tendrá que dar seguimiento médico por no menos de diez años. Se trata, a no dudarlo, de la más grande tragedia sanitaria de la historia de nuestro país.

*Editorial tomado de *Buscando Camino* (Camino Alternativo), año V, N°133, 23 de octubre al 19 de noviembre de 2006.
<http://www.nodo50.org/caminoalternativo/>

Pese a lo anterior, el gobierno nacional no decretó ni un solo día de duelo nacional, no organizó un funeral de Estado, no ha destituido a ninguna autoridad de las que son cuando menos administrativa y políticamente responsables de esta tragedia. Sólo se ha detenido a dos vendedores de frituras que habían prestado sus nombres para conformar la sociedad anónima Medicom S.A., empresa responsable de la venta del veneno a la CSS.

Preguntas sin respuestas

En primer lugar la ciudadanía quiere conocer con certeza la fecha exacta en que se iniciaron las muertes como resultado del envenenamiento, y si el miedo a un resultado adverso en el pasado referéndum influyó o no en el atraso en dar la alarma sanitaria. De igual manera habrá que aclarar si las caravanas clientelistas de salud, impulsadas por el ministro Camilo Alleyne y el despacho de la Primera Dama, repartieron gratuitamente, tal como se afirma, miles de frascos del expectorante envenenado entre la población no asegurada, lo que ha hecho difícil y extremadamente lenta la recuperación o devolución del medicamento.

De igual manera habrá que aclarar cómo fue posible que Medicom S. A. pudiera vender a la CSS tales insumos sin disponer de la certificación necesaria de la Dirección Nacional de Farmacia y Drogas del Ministerio de Salud. Como también habrá que informar a la opinión pública sobre por qué los controles de laboratorio de la CSS no pudieron establecer que lo vendido a la institución no era glicerina pura. Y así innumerables preguntas que habiendo pasado casi dos meses no han obtenido respuesta.

Está claro que detrás de esta compraventa se encuentran los verdaderos dueños del “negocio”, que no son otros que aquellos que financiaron la importación y disponían de las relaciones políticas necesarias para tal vez corromper a funcionarios que hicieron la vista gorda. Sea como sea, el peligro de que el manto de la impunidad arrope a políticos, empresarios y funcionarios corruptos está presente, y de ello da fe la lentitud y opacidad de las investigaciones llevadas a cabo por el Ministerio Público.

Impunidad política y desprecio de la opinión pública

Contrariando a la totalidad de la opinión pública que exige a gritos la destitución del Ministro de Salud y del Director General de la CSS, el señor Presidente se ha reafirmado en su decisión de blindar de impunidad a ambos funcionarios. Al grito de *aquí no pasa nada*, el Presidente ha llegado al extremo de nombrar una “comisión de garantes” que tiene un plazo de 120 días para presentar un proyecto de unificación de los servicios médicos que brinda la CSS y el Ministerio, y cuyos coordinadores son nada más ni nada menos que ...el Ministro de Salud y el Director de la Caja de Seguro Social. Evidentemente, se trata de una burla inaceptable y un desprecio inaudito de la opinión pública.

Por otra parte, las medidas anunciadas por el Presidente nada tienen que ver con la crisis que enfrentamos. Por el contrario, todas ellas ponen de manifiesto el más absoluto fracaso de la impuesta Ley del Seguro Social reformada. La creación de una Defensoría de la Salud Pública, la construcción de un nuevo cuarto de urgencia y la constitución de una Autoridad Nacional de Medicamentos y Tecnología Médica, son decisiones que debieron ser tomadas mucho antes y que no guardan relación alguna con la crisis abierta por el envenenamiento colectivo.

Lo que la ciudadanía está exigiendo es la separación inmediata de sus cargos del Ministro Salud y del Director de la Caja de Seguro Social, para dar paso entonces a la creación de una Comisión Independiente que esclarezca las responsabilidades técnicas y administrativas que le corresponden a los funcionarios que fueron encargados de velar por la salud de todos los panameños. Mientras ello no ocurra, los integrantes de la comisión nombrada por el Presidente, al margen de las buenas intenciones que pudieran tener, no cumplen con otra función que no sea la de legitimar la impunidad de la que descaradamente gozan los altos cargos que son políticamente responsables de la actual tragedia.

Hegemonía y nación

“El concepto de hegemonía es aquél donde se anudan las exigencias de carácter nacional y se comprende por qué determinadas tendencias no hablan de ese dicho concepto o apenas lo rozan. Una clase de carácter internacional, en la medida en que guía a capas sociales estrictamente nacionales (los intelectuales) y con frecuencia más que nacionales, particularistas y municipalistas (los campesinos) debe en cierto sentido “nacionalizarse”; pero este sentido no es muy estrecho, ya que antes de que se formen las condiciones de una economía según un plan mundial, es necesario atravesar múltiples fases donde las combinaciones regionales (de grupos de naciones) pueden ser variadas. Por otra parte, es preciso recordar que el desarrollo histórico sigue las leyes de la necesidad mientras la iniciativa no haya pasado netamente del lado de las fuerzas que tienden a la construcción, siguiendo un plan de división del trabajo basado en la paz y la solidaridad”.

Antonio Gramsci, 2003, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires: Nueva Visión, p. 140.